

3000
A

La protección de un sastre

Por MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ

(NOVELA ROMANTICA)

30
cts.



G-F 14391

Revista literaria "NOVELAS Y CUENTOS"
Publicación semanal

t. 118392

Revista literaria

NOVELAS Y CUENTOS

PUBLICACION SEMANAL

LARRA, 6. APARTADO 4.003. MADRID

Dirac. telef. y teleg. JOSUR-MADRID. Telf. 30906
Número suelto, 30 céntimos.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España } Semestre, 7,50 pesetas.
Año, 14,50 pesetas.

Portugal y América: Año, 20 pesetas.

Demás países: Año, 25 pesetas.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ

Nació en Valladolid el año de 1817, donde realizó sus primeros estudios y donde dió a conocer las primeras muestras de su talento y de su genio poético.

A los veinte años era una de las figuras más salientes de los poetas románticos españoles, gran amigo de Zorrilla y de Espronceda, al que profesaba un gran cariño.

Miguel de los Santos Alvarez, como la mayoría de los escritores de su época, sirvió al Estado en una de sus dependencias, en la Administración de Rentas, y más tarde ingresó en la carrera diplomática.

Durante algún tiempo prestó servicios en las Legaciones del Brasil y de la Argentina, siendo más tarde ministro de España en Méjico.

De regreso en la metrópoli, desempeñó el cargo de consejero de Estado, jubilándose el año de 1888.

No abandonó por esto sus actividades literarias; antes al contrario, puede decirse que su mayor actividad la constituyó el cultivo de las letras. Colaboró en diversas publicaciones y con mayor asiduidad en "La Ilustración Española y Americana". Como hemos dicho anteriormente, le unió una gran amistad con Espronceda, al que quería entrañablemente y al que admiraba de un modo sincero, hasta el punto de que, muerto Espronceda, apenas volvió a escribir Miguel de los Santos Alvarez.

Entre sus obras más destacadas merecen especial mención "La protección de un sastre", con la que damos a conocer a los lectores de NOVELAS Y CUENTOS al notable poeta y gran prosista español Miguel de los Santos Alvarez; "Dolores", "El hombre sin mujer", "Principio de una historia que hubiera tenido fin si el que la contó la hubiera contado toda", "Negocios de Méjico", "Tentativas literarias" y numerosas fábulas y poesías.

NOTAS CRITICAS

LA FILOSOFIA DEL QUIJOTE, por *García Arrieta*.—Seis pesetas.—Espasa-Calpe, Madrid.

A la copiosa crítica que ha merecido la obra del gran ingenio Miguel de Cervantes hemos de añadir el nuevo libro "Filosofía del Quijote", del Sr. García Arrieta, cuyo trabajo, por su importancia documen-

tal y su interés filológico, merece propagarse como uno de los estudios más inteligentes que se han hecho acerca de las páginas cervantinas.

En éstas se hallan esparcidas con abundancia la más sabias y acendradas máximas para el gobierno civil del hombre y conocimiento de sus semejantes, sin omitir la crítica y censura de los vicios y ridiculeces del mundo literario.

El propósito del Sr. García Arrieta se ha cumplido en toda su extensión crítica, el cual no era otro, según declaraciones del autor, que recopilar aquellas sentencias y máximas, que son una verdadera riqueza filosófica y una firme orientación para el conocimiento de la lengua castellana. "Por ellas—afirma el Sr. García Arrieta—se verá que Miguel de Cervantes no sólo fué el escritor más ameno e ingenioso, sino también el más sabio de España, y que la lectura de sus obras es y será siempre tan útil como agradable."

A los que estudian la literatura española, y sobre todo la lengua castellana, se les ofrece en este libro una colección de frases y documentos verdaderos modelos del más brillante estilo y de fondo intensamente humano. En cada página se leen reflexiones las más juiciosas e importantes, al lado de agudezas y escenas cómicas. Como decía un crítico francés, es de admirar cómo en boca del hombre más loco de la tierra halló Cervantes medio de mostrarse el más cuerdo y entendido y el mejor conocedor del mundo que puede imaginarse.

Si para los cervantistas el trabajo del Sr. García Arrieta es una aportación valiosa, para todos los demás que sólo han leído las obras de Miguel de Cervantes, sin estudiar la filosofía de su estilo y el concepto tan elevado de su reclusa prosa castellana, este libro, decimos, les descubre la riqueza de una expresión literaria unida a la más profunda y humana filosofía.

ROSARIO DE ACUÑA EN LA ESCUELA, por *Regina Lamo*.—Seis pesetas.—Editorial Ferreiro.

Se ha exaltado el recuerdo de Rosario de Acuña dando su nombre a un grupo escolar madrileño. Nada más justo, teniendo

NUESTRO NUMERO PROXIMO

La vida no tiene una directriz conocida para el mortal, que es movido siempre por fuerzas que escapan a su percepción. Así, unos amigos que proyectan un almuerzo en un pueblecito pintoresco, aprovechando unas vacaciones, encuentran hechos que hacen variar el curso de lo que ellos creían su vida con insospechadas incidencias e interesantes aspectos como se recogen en

UN ALMUERZO EN SOUSCEYRAC

de Pierre Benoit, que publicamos en nuestro número próximo.

en cuenta no sólo su labor literaria, sino también las calidades profundamente humanas que contiene su obra. Ahora, Regina Lamo ha seleccionado varias de aquellas páginas, con el propósito de que nos sirvan para lectura de los niños. La selección está hecha inteligentemente, y, por tanto, el libro cumplirá los deseos de su recopiladora.

NOTICIAS LITERARIAS

El nuevo humanismo.

Máximo Gorki acaba de lanzar una especie de manifiesto en el cual define las líneas de una educación verdaderamente colectivista y soviética. "Es preciso—dice—afrontar el problema de la educación infantil de tal manera que desde la más tierna edad se procure romper con la fuerza de atracción consciente e inconsciente del pasado." Para este cometido técnico y científico, Gorki reclama que se organicen inmediatamente "grupos de escritores."

Las cruces gammadas.

La "Revue des Lectures", que dirige el abate Bethlehem, ha suprimido, desde el triunfo del racismo en Alemania, las cruces gammadas que servían de separación de artículos, y las ha sustituido por soles nacentes, que vienen a simbolizar lo mismo, si se admite que la svástica es la rueda de fuego que hace andar al mundo.

Se dice también que Rudyard Kipling ha suprimido la cruz gammada que ornaba hasta ahora las ediciones inglesas del "Libro de las selvas virgenes".

El museo Stendhal.

En la capilla de la escuela Vacauson, que data del siglo XVIII, en el corazón del viejo Grenoble, han dado comienzo los trabajos para instalar los recuerdos del gran escritor Enrique Beyle, que inmortalizó el pseudónimo de "Stendhal". La inauguración tendrá lugar en la primavera próxima. Entre las más importantes adquisiciones que deben formar el fondo de este museo figura un magnífico retrato del escritor pintado por el príncipe Demidoff.

Un raro ejemplar del "Decamerón".

El Ministerio de Educación Nacional ha adquirido en estos días uno de los libros más famosos que existen: el "Decamerón", de Bocaccio, impreso en Venecia por los hermanos De Gregori de Forti en 1492, y del que hasta ahora no se conocían más que cinco ejemplares completos.

El tomo, célebre especialmente por las ciento trece incisiones en madera que le adornan, ha sido destinado a la Biblioteca Nacional Central de Florencia, que es el mayor centro de estudios sobre Bocaccio, del que guarda los documentos históricos más importantes.

Propaganda literaria.

Decididamente, los ingleses son gentes prácticas. Un gran librero de Londres publica actualmente en los diarios los siguientes anuncios: "¿No sabéis qué libro elegir para hacer un buen regalo? Dejad el cuidado de la elección a lady X (aquí el nombre de una dama conocida) y al señor Z (escritor notable). Escribanos indicando la edad y el sexo de la persona a la que deseáis obsequiar; su profesión, sus aficiones y el dinero que pensáis gastar en el regalo, e inmediatamente recibirá el libro que ella misma hubiera elegido."

La protección de un sastre

Por Miguel de los Santos Alvarez

I

Hacia el año de mil ochocientos treinta y tantos, amados lectores míos, y esto, que puede muy bien ser tan sólo un cumplimiento para los varones, es la verdadera expresión de mis sentimientos para todas las mujeres bonitas que me lean; hacia el año de mil ochocientos treinta y tantos vino a Madrid un tal Rafael de yo no sé cuántos, muchacho de unos veinte y pico de años de edad, de no malas disposiciones intelectuales ni tampoco mal dispuesto corporal y mecánicamente. Puede que con el tiempo sepamos de dónde venía este muchacho; yo, por ahora, tampoco sé de esto una palabra. Lo que sí sé de cierto es que no tenía parientes en la corte, y que con la intención, sin duda, de no estar en ella falto de "protección", traía consigo un compañero, con quien podría estar casado o no estarlo, porque era el compañero una mujer. Yo no sé cuáles serían los primeros pasos que este hombre y esta mujer darían en la corte, pero supongo que serían los necesarios para buscar casa, porque apenas llegados estaban ya viviendo en una muy decente habitación de una decentísima casa de pupilos, fonda o cosa parecida.

La primera vez que yo puedo dárselos en retrato a los lectores estaban los dos hablando, sentados el uno enfrente del otro. Tenía Rafael, al parecer, una proporcionada estatura, era más flaco que gordo, pero bien hecho y elegante en sus modales.

Pintábase en su fisonomía toda la fuerza y toda la nobleza que acompañan a la juventud algunas veces en esta nuestra época de decaimiento físico y adelanto moral, y que debían acompañarla siempre en siglos más felices, cuando la juventud no vivía más que con el corazón, que, noble y generoso como lo es siempre al principio de la vida, la separaba del mezquino y suspicaz espíritu de examen, adorno, encanto y regalo de los jóvenes aún más que de los viejos en este siglo de verdad embustera, de egoísmo y de infamia.

Tenía nuestro Rafael dos ojos serenos y valientes, negros y rasgados, bajo unas cejas apenas arqueadas, tan negras como ellos y que se dibujaban con fuerza en la elástica y blanquísima frente, espaciosa y marcada con varias protuberancias que hubieran podido hacer pensar a un frenólogo principiante que estaban allí indicados grandes talentos y otras zarandajas. El pelo era también negro y ligeramente rizado; la na-

ríz, más agulleña que otra cosa; la boca, más chica que grande, expresiva y simpática; las mejillas, sonrosadas y frescas; la barba, regular, y para concluir bien y a propósito, las orejas eran como todas las orejas, que por muy cucas que sean, como éstas lo eran, siempre son feas y ridículas, miradas sin pasión y a la luz del sano juicio.

La mujer con quien hablaba interesaba desde luego por la delicadeza, gracia y proporción con que estaban en ella colocados todos los pedazos que componen este pobre cuerpo humano, que era en esta mujer todo lo rico que puede ser de belleza y de agradabilidad. Esta palabra, "agradabilidad", no está en el diccionario. Tendría unos tres años menos que Rafael, o dos, o uno; al fin, era más joven, y quédese esto aquí y vamos adelante con nuestra historia.

Estaban los dos vestidos como para salir de casa, sin un excesivo lujo, pero con muchísimo gusto y a la moda, aunque no sé si a la última, porque en Madrid apenas hay última moda; lo que a muchos les probará atraso y a mí me prueba otra cosa.

Sobre los muebles de la habitación en que se hallaban, que era, por más señas, nuevos y bonitos, había aquí unos guantes, allí una sombrilla, más allá un sombrero, y por este orden esparcidos, una porción de objetos de estos de que se echa mano en el momento crítico de salir a la calle.

—Aquí nos tienes—dijo por fin Rafael.

—Sí—respondió la joven con aire distraído—, aquí estamos.

Sonrióse nuestro muchacho de la indiferencia con que fué pronunciado el "aquí estamos".

—Sí, Luisa mía, aquí estamos, y día vendrá en que pierdas la desconfianza con que aquí has venido.

—Desconfianza... no; estando contigo, Rafael, y teniendo tú esperanzas, de nada desconfío.

—Bien, Luisa. Así; bien esperanza en mí, y allá verás.

—Y además tenemos dinero—dijo Luisa, mirando a Rafael con una expresión entre triste y maliciosa.

—De sobra—respondió éste de muy buena fe y como quien decía una verdad—. Antes de gastar los catorce o quince mil reales que tenemos verás cómo he logrado mi objeto.

—Por supuesto, que nos haremos económicos, ¿no es verdad?—y pronunciaba Luisa estas palabras con cierto tono de burla

benigna, en que bien a las claras se conocía que en todo podía tener fe menos en la economía de Rafael.

—Por más despilfarrados que seamos, ceñidos a un tan triste capital, Luisa mía, no malgastaremos mucho dinero. Pero gasta todo lo que quieras, Luisa, porque ya te he dicho que antes de que se acabe ese dinero ya habré yo visto realizadas mis esperanzas.

—Bien, Rafael; pero como hasta ahora, de tantas veces como me has hablado de tus esperanzas, ni una sola me has dicho nada de positivo, ni de su fundamento, ni del fin a que caminan...

—¡Ea!—la interrumpió Rafael—. Ya tenemos al mezquino espíritu mujeril queriendo poner puertas al campo. Las esperanzas mías tienen su fundamento yo no sé dónde..., y ¿quién va a adivinar adónde pararán? Pero, querida Luisa, si tú no concibes más que lo que te puedes explicar lógica y razonadamente, a mí me sucede todo lo contrario: concibo yo no sé cómo todo lo que no puedo explicarme y me ha sido casi siempre imposible concebir lo que me explican.

—¡Talento peregrino!—exclamó Luisa con una recalcada, cariñosa y burlona admiración, al mismo tiempo que, levantándose, empezó a colocarse en los sitios a que cada uno correspondía una porción de baratijas, que la pusieron, después de un rato que pasó tarareando indiferentemente, mientras se adornaba con ligereza, en disposición de coger el brazo a Rafael y salir con él de casa.

II

Las mujeres, lector mío, son una cosa muy rara.

Ni tú ni yo sabemos lo que son.

Acaso lo sabrá la amabilísima y amabilísima lectora.

Yo creo que tampoco lo sabe.

Pero sápolo enhorabuena: tú y yo nos quedamos como antes, sin saber una palabra en la materia.

Ignorante, pues, como lo estoy de todo lo que tiene relación con la parte intelectual del ente humana, o séase racional, nada tendrá de particular que me engañe en lo que creo, y lo que creo es lo siguiente:

Yo creo que las mujeres no tienen juicio, así como creo que tienen muchísima formalidad, y de aquí creo yo que nace la es-

casez de mujeres calaveras, lo que puede ser muy bueno, y la abundancia de mujeres insípidas, lo que es muy malo; y de aquí creo yo que nace la casi imposibilidad en que se encuentran los hombres de topár con la mujer en punto.

Sexo querido, no vayas, por Dios, a atribuir a desamor estas ligeras observaciones, sino al contrario: míralas como hijas de mi mucho amor y de mi acendrado cariño, que me fuerza a andar siempre caviloso y discurrendo el medio que habría para quererte más a mi gusto y para, si posible fuera, enmendar la plana al Criador y añadirte algunas perfecciones más de las que tienes, que, a mi corto entender, no habían de estar de más.

Quedamos, pues, en que, salvo error, a las mujeres les falta juicio y les sobra formalidad, y aquí añadiré que les sobra otra cosa, que con un poco más de juicio y un poco menos de formalidad haría, sin disputa, no toda, porque no puede ser, pero, al cabo, la posible felicidad del género humano, y que hace ahora, por lo general, o su ridícula infelicidad o, ya que vaya por bien, su tontísima distracción.

Esta cosa de que voy hablando es el amor.

No hay ser en la Naturaleza que encierre más amor que la mujer, ni hay otro a quien se le conozca menos.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, así como lo que en adelante pueda decirse en la materia, debe entenderse dicho y pensado generalmente y salvo algunas afortunadísimas excepciones con que algunas afortunadísimas gentes se encuentran porque se empeñan en ello y a costa de su trabajo lo consiguen.

Generalmente hablando, puede asegurarse que no hay cosa que menos se las conozca a las mujeres que el amor.

Se las conoce, sí, cierta atolondrada preferencia en el principio y cierta preferencia a secas en el medio de las relaciones entre ambos sexos; pero preferencia que no da ningún derecho al hombre a creerse bien querido y que le tiene tan en el aire después de ocho o diez mil protestas de amor. es decir, después de una porción de conversaciones que se necesitan para hacer tantas protestas como en los primeros días de coqueteo. Verdad es que esta inseguridad es un paraíso de dudas que proporciona al hombre el inefable placer de estar siempre en ridículo consigo mismo y expuesto a cada momento a caer en el de los demás.

Y—¿quién lo diría!—al mismo tiempo hay en las mujeres instantes sublimes de amor, manifestado a sus amantes, y que el diablo me lleve si no son sublimes todas las horas de amor que ellas tienen a sus solas.

¿Cómo no ha de haber entusiasmo y abnegación de sí mismo en un ser espiritual, delicado y volátil, que ama, que necesita amar, que no puede hacer bien ninguna cosa sino amar, porque para amar sólo vive y que del amor y sólo del amor se alimenta y saca todas las satisfacciones de su vida?...

Yo no sé si esto será bastante; pero, por lo menos, a primera vista parece que hay razón suficiente para creer, a pesar de todo, que las mujeres aman con delirio cuando están ellas solas, pensando... ¿en qué pueden ellas pensar sino en sus amores o en sus vestidos o en otras cosas así, muy enlazadas con sus pasiones?

Todas estas reflexiones las hago aquí, acaso sin venir a pelo, a propósito de que en este paseo que Rafael dió por la corte se enamoró de él una joven y lindísima muchacha que, puesta a un balcón de una calle por la cual nuestra ya conocida pareja a la sazón pasaba, tuvo la fortuna de encontrar en Rafael todo lo que necesitaba para enamorarse. Cuenta, pues, que le vió, y que al punto de verle se prendó de él; pero dicen que se guardó muy bien dar a entender de ello ni la más mínima cosa, y que antes de dar a Rafael la pequeñísima satisfacción de mirarle con buenos ojos, que no era mucho hacer, atendiendo a que ella estaba frita en pasión y rebozada en

deseo de resultados de esos súbitos bofetones de Cupido, se retiró ella con muy buen cuidado del balcón, con más muestras de enfado que de gusto, apenas notó que Rafael, de muy distinta manera y con muchísimo interés en el semblante, la flechaba sus dos ojos negros, que con tanto placer se hubieran estado contemplando cuatro o seis días la enamorada niña.

¿Y quién se lo impidió?... Nadie. En su mano estaba el cumplimiento de su deseo, que era bueno, generoso, social, filantrópico y otra porción de cosas más, sin que al mismo tiempo faltara ni en el canto de un duro a la debida compostura y honestidad. ¡Vamos, es cosa de desesperarse!

¡Pues ven acá, mujer de Satanás, nacida y criada para nuestro daño! ¿Qué hubieras perdido, criatura desacordada, en mirar al que tanto querías? ¿No era lo que deseabas mirarle y volverle a mirar? Pues hubiérasle mirado, con mil diablos, y él hubiera tenido otra, y los dos hubierais quedado mejor que quedasteis: él hubiera quedado con su amor propio un poco satisfecho, y no hubieras quedado tú, como dicen que quedaste, pesarosa de lo que habías hecho, sin poderlo ya remediar, enfadada, triste y hasta contigo misma emberrenchizada y llena de rabieta para todo el día.

Eso que te ha sucedido a ti en esta cosa pequeña os suele suceder a todas vosotras en cosas pequeñas y grandes, y esa maldita falta de voluntad y hasta de lógica... ¿de lógica, Dios mío, de lógica! ¿Qué falta! Pues señor, eso es purísima tontería que enfada y cansa.

Dicen, pues, que se retiró del balcón esta buena señorita con un amor con que no había salido a él. Entonces fué cuando empezó ella a amar de veras y con todo el entusiasmo con que hemos dicho que parece que deben amar las mujeres a sus solas. Tenía apenas diecisiete años, y por el calor con que tomó aquella repentina y traidora pasioncilla naciente se conoce que era una muchacha de muy buen fondo, de esperanzas y de sensible y generosísimo corazón. Yo tengo para mí que había de ser ésta la primera vez que se había enamorado, pues dicen que nunca había estado tanto tiempo sentada en una silla como aquel día ni nunca había ejecutado con tanta maestría de sentimiento en su piano algunos nocturnos y otras piececillas melancólicas a que siempre había sido muy dada.

III

Andaban Rafael y Luisa muy entretenidos por las calles de la corte, sin dirección ninguna, como aquel que, encontrándolo todo nuevo, todo lo encuentra a su gusto. Las elegantes tiendas que al paso veían, presentándoles una multitud de objetos preciosos, tanto por su subido precio como por lo agradables, convidaban no menos al uno que al otro a hacer frecuentes y costosas paradas en su incierto paseo, que se concluyó cuando se concluyó el dinero que a mano llevaban, que, ciertamente, no era haber gastado poco para quien había salido de casa sin intención de comprar. Guiados, pues, por el muchacho a quien habían cargado con las compradas frioleras, volvieron a su casa, no descontentos de lo que de la corte hasta entonces habían visto. Ni faltó tampoco quien hasta la puerta los siguiera, con el objeto solo de saber dónde vivía la hermosa mujer que no había dejado de llamar la atención de más de cuatro ociosos, de estos que en busca de no se sabe qué andan siempre discurrendo por las calles concurridas de las grandes capitales. Hay en este mundo gentes que nacen de una manera tal organizadas, que no parece sino que en un palacio, cuanto más en una corte, han sido nacidas y criadas. De estas gentes eran los jóvenes de nuestra historia, a quienes ni en lo más mínimo se hubiera conocido que eran recién llegados de una provincia. Como consecuencia inmediata de este su buen porte, por aquello de que Dios los cria y ellos se juntan, eran también dos

elegantísimos jóvenes los que les habían cobrado la suficiente afición para seguirlos hasta su casa. Después que entraron en ella Rafael y Luisa, quedáronse nuestros dos manebos a la puerta, siguiendo su conversación de conjeturas acerca de quién pudiese ser la mujer, que uno de los dos interlocutores comparaba a todo lo hermosos que se ha conocido en el mundo en todos sus tres reinos: animal, vegetal y mineral.

—Por lo visto—le decía el otro—, ya has hallado mujer a quien querer.

—Falta me hacía—respondió éste—, porque no parece bien un hombre sin amores, y hace tres meses lo menos que yo no los tengo.

—¿Conque éste viene con trazas de amor?

—Chico, yo no sé; pero enamoradillo me siento.

—¿Y quién será ella?

—¿Y a mí qué me importa?

—¿Y él?

—El... él... Tienes razón; él... Pero ¿a mí qué me importa él? No le he mirado bien, pero te juro que, por hermoso que sea, no ha encendido en mí una pasión tan vehemente que me prive del placer de ofrecérselo, para que tú le enamores a tu sabor.

—¡Ríete...! pero si acaso es su marido...

—Peor sería que fuera su amante. ¡Ojalá, Dios mío, hayas permitido algún día la unión de estos dos esposos, que tú permitirás también su desunión, y sea, sobre todo, lo que tú quieras! Ea, ven acá; pongámonos en la acera de enfrente, porque puede salir al balcón, y no quiero andar perezoso en estos amores. ¡Oh, ésta es una mujer!...

—Bien, Carlos, bien; pero cada uno a sus quehaceres; de mujer a mujer no va nada; voy a ver si doy aunque no sea más que medio paso en ese otro coqueteo de ahí a la vuelta.

—Adiós, Luis. Sí, sí, procurémonos mujeres, porque está visto que ellas no se vienen a las manos sino a fuerza de sudores, de gestos y de palabras. Ya he pasado por ésta los sudores del seguimiento; estoy en la época de los gestos si sale al balcón. ¡Como yo llegue a las palabras!... ¡Divina mujer!... Adiós.

Y pasóse nuestro joven a la acera de enfrente y marchóse el otro en busca, sin duda, de otra mujer, que no se vendría a las manos tampoco sin muchos malos ratos adelantados por el hombre.

—¡Oh mujeres, mujeres, y cuántos jóvenes pierden por vosotras momentos preciosos, que pudieran, con más provecho, dedicar al estudio de alguna ciencia exacta! Sin embargo, no es mi intención reprenderos, pobres mujeres, porque, en medio de todo, no van tan mal las ciencias exactas que haya motivo para quejarse.

Yo no sé si es que muchas veces el corazón le dice a uno que haga una cosa, o si se asomó por casualidad, es lo cierto que Luisa se asomó al balcón.

Asomarse, reparar en Carlos y hacerse la desentendida, todo fué uno.

No era éste, sin embargo, tan poco experimentado que no pudiera apreciar en sus tres verdaderas partes aquel todo uno, y aun le gustó que se hiciera la desentendida después de haberle mirado, por ser ésta una inocentada de mujer que suele agrandar mucho.

Clavó, pues, los ojos en ella, y aguardó pacientemente a que ella hiciera otro tanto; pero como ésta también era mujer joven, ya podía haber estado Carlos esperando una semana, que lo mismo que ahora le sucedió, hubiera tenido que marcharse sin una mirada franca y generosa, porque la franqueza y la generosidad no llegan a ser prendas de las mujeres hasta que han llegado a ellas, con los años, otra porción de cosas.

Y eso que Carlos tenía una interesante figura, pues aun cuando desde el balcón en que estaba Luisa no se pudiera distinguir, por ejemplo, de qué color tenía los ojos, y ya sabe todo el mundo que el color de los ojos hace mucho en la belleza del animal

hombre, y nosotros sabemos que los ojos de Carlos tenían buen color, llegaba su imagen, sin embargo, bastante linda a los recelosos ojos de Luisa, que bien hubieran podido mirarle con gusto y sin recelo.

Túvose, pues, nuestro amante que contentar con saber que Luisa le había visto y con conjeturar que puesto que, habiéndole visto, había puesto cuidado en no mirarle, más bien le había gustado que otra cosa.

Si no fuera por el gran don del raciocinio, que nos hace conocer el fondo de las cosas, sin reparar en una porción de enemi-guillos de que siempre anda cercada la verdad, todos estábamos muy mal en este mundo; pero sobre todos, los infelices que aman, porque los pobres, aun con su raciocinio y su lógica correspondientes, de ciento una vez cazan una verdad en los semblantes, palabras y movimientos de sus queridas.

Pensó, pues, Carlos, como íbamos diciendo, que más había gustado que disgustado a la hermosísima desconocida, y así, aun cuando ésta se retiró del balcón a poco rato sin haberle mirado derecho ni tres segundos, como había hecho otra porción de cosas, y como nuestro Carlos no era mal raciocinador, marchóse de allí contento, aunque murmurando entre dientes.

¡Son tan fastidiosos los principios en amores! ¡Pero no importa! Y se fué tan alegre como había venido.

IV

Excusado nos parece decir que Rafael y Luisa comieron, después de lo cual, como eran gente desocupada, y como el tiempo en que entonces estábamos era el de verano, salieron otra vez de casa y fueron al Prado, paseo que no es malo, pero que podría ser mejor, como otras cosas de este mundo. Dieron allí la primera vuelta en el "salón", pero bien pronto notaron que la gente, si no más escogida—porque ¿quién va a escoger entre la gente?—, por lo menos de mejor tono y más aristocrática no paseaba por donde ellos, sino por una calle contigua al "salón" y mucho más estrecha que él.

Este paseo es el que hemos dado en llamar París, como podríamos haber dado en llamarle berenjenas, que bien ricas las cría nuestra buena España. Rafael y Luisa, con su buen instinto, pusieronse bien pronto en el paseo de buen tono y abandonaron el otro, de lo que no les pesó cuando conocieron las ventajas que de andar por el paseo estrecho se seguían. No hay en él, con efecto, la confusión que en el otro, porque siendo más reducido el terreno, encajonase la gente de manera que se ven todos los que pasean y todos se ven muy de cerca. Gustóles más la sociedad más íntima de este paseo que la sociedad más rara del otro, y a nosotros nos sucede lo mismo, por más que haya gente que no piense así, porque está en el error de que puede uno divertirse en este mundo con comodidad y a sus anchuras.

Como es de suponer, estaba en el paseo Carlos, que apenas vió a Luisa cuando, después de haberla mirado con lo que otro llamaría descaro y yo llamo amor, trató de tomar posición detrás de ella, para ver de ir la manifestando poco a poco su mucho cariño. Para conquistar a las mujeres en el paseo, llamémosle campo de batalla, creo que no es necesario, como en otros campos de batalla para conquistar algún punto fortificado, tomar ninguna altura ni cosa que lo valga, sino perseguir muy de cerca al enemigo mujer, llevándole siempre delante y al alcance de las descargas de palabras del que ataca. No dejó de notar Luisa ni la mirada ni el movimiento de Carlos; conociólo éste, y creyó, y muy bien creído, que había dado un gran paso. En efecto, hacerse ver en pocas horas dos veces de una mujer a quien no se ha visto nunca es el principio innegable de hacerse ver una porción de veces al día, y esto, si va unido con la satisfacción de la que ve, es

verdad que puede ser otra porción de cosas, pero también puede ser amor. Colocado, pues, ya nuestro Carlos detrás de Luisa, trabó con el que le acompañaba una de esas conversaciones que se tienen para que sean oídas, en la que trató de lucir toda la ligereza y toda la gracia que Dios le había dado. Alguna debía ser, pues logró que más de una vez se sorrisen tanto Rafael como Luisa; con lo cual, animado, dicen que aquella tarde tuvo más talento que nunca. Afortunadamente para él, húbosela de caer a Luisa el abanico o el pañuelo, o yo no sé qué, y como quien estaba decidido a no perder ripio, ingenióse de modo que pudo levantarle del suelo antes que Rafael, afectando al mismo tiempo cierta fría indiferencia, por si era marido, para con él, y mirando a Luisa cuando puso en su mano la cosa caída de una manera tan poco indiferente, que ella, entre asustada y hermo-seada las mejillas con un súbito y mágico carmin, y hermo-seados los ojos con una indecible expresión, pronunció, en vez de gracias, un "¡Ay, Dios mío!", tan lleno de coquetería, que es, entre paréntesis, la buena educación de las mujeres, que hubiera bastado por sí solo a prender a Carlos si tan prendado no se hallara.

Feliz, sin duda, fué esta tarde Carlos, y por el mismo estilo podía haber sido feliz otro corazón que, encerrado en su cuerpo correspondiente, por allí andaba paseando si este corazón no hubiera tenido la desgracia de caer en cuerpo de mujer. No se habrán olvidado los lectores todavía de aquella niña que desde aquel balcón había visto Rafael aquel mismo día. Pues esta niña también le había visto esta tarde en el paseo, también se hubiera puesto detrás de él y también le hubiera alcanzado cualquier cosa que se le hubiera caído, pero no es costumbre. Y como si no bastaran todos estos obstáculos, que a estas cosas puramente materiales se oponen, otro motivo había venido a oponerse hasta a la secreta expansión del cariño en este corazón mujeril. Como Rafael iba con la misma mujer a quien acompañaba por la mañana, era de suponer que estuviera casado. Ya hemos visto cómo se había portado Carlos, a pesar de que la misma idea le había asaltado con respecto a Luisa; pero el amor del hombre es más espontáneo y menos razonado que el de la mujer. Las mujeres tienen una conducta admirable y digna de envidia en esta parte. Es verdad que no están seguras las esposas de que no las arrebatará su esposo otra esposa mal desposada o alguna viuda honesta; pero aun cuando su marido sea el hombre más hermoso, más amable, más cabal del mundo, con dificultad podrá inspirar amor a una virgen, a menos que esta virgen sea deshonestísima (1).

Estos son apuntes para una "consideración general sobre el amor de las mujeres" que pienso escribir, si Dios me ayuda.

Íbamos, pues, diciendo que se la ocurrió a la niña aquella, que, de paso, dicen que se llamaba Inés, que Rafael estaba casado, y que con motivo de habérsela ocurrido esto, empezó a padecer lo que nadie sabe. Pero como no lo sabía de cierto, conservó aún el bastante amor, o mejor diríamos afición, para ver con gusto que Rafael, siempre que pasaba, la miraba con la más decidida expresión de amor. Ella, por de contado, que era la misma mujer de aquella mañana, y así, seguía con su mismo carácter, conteniendo contra todo el torrente de su voluntad sus dos hermosísimos ojos, que, a no ser tan hermosos, feos hubieran parecido cuando, siempre que pasaba Rafael, tomaban, o querían tomar, cierta expresión de dignidad despreciadora, que quita toda la belleza a las mujeres, y que las aconseja que nunca usen, porque en estos momentos todas ellas tienen algo, y más que algo, de la doncella de labor, honrada, valiente, trabajadora y de buenos padres.

No dejó, sin embargo, Rafael de conocer, por alguna mirada que a su pesar se la escapaba a Inés, que había en aquellos ojos

alguna cosa que pensaba en él. En esto de amores hay, indudablemente, un misterioso lazo entre los que se han de querer que nadie puede descubrir, pero cuyos efectos se sienten. Inés había visto por la mañana a Rafael, y había desde entonces pensado en él; Rafael, desde que por primera vez había visto a Inés, pensaba también en ella, y no dejaba pasar una vuelta sin hacer todo lo que puede hacerse en tales casos por dárselo a entender. Ella estaba contentísima con esto, pero no se daba por entendida, por el deber que se había impuesto de hacerse la indiferente; obligación necia que no la atormentaba menos que el pensamiento de que aquel hombre estaba casado.

Haciéndose, por fin, el distraído, nuestro Rafael cortó de repente una vuelta y se colocó detrás de Inés, que, advirtiéndolo, yo no sé si se puso un poco colorada y se cortó en la conversación que con otra joven como ella y una vieja muy bien conservada y en estado aún de merecer llevaba.

Sorprendió, y no poco, esta vuelta brusca a Carlos, que creyó desde luego que había sido aquél un movimiento peculiar en la especie del animal marido; pero no tardó mucho en dar también la vuelta, diciendo al amigo con quien iba:

—Este ya se escamó. No importa; me alegro. Vamos a ponernos otra vez detrás, y salga lo que salga. Ella no es él: si a él le incomoda, a ella le gusto, eso es. ¡Adelante!

La juventud es irreverente, y ¡qué le hemos de hacer! Advertimos que no son buenas las ideas que manifiesta Carlos. El escritor más moral se ve a veces precisado a contar cosas que nada tienen de morales; haga una advertencia como ésta cuando esto suceda, y duerma tranquilo, porque él ha hecho lo que ha podido por sus lectores.

Íban, pues, por el paseo Inés, la otra y la otra: tres; detrás, Rafael y Luisa: cinco, y detrás, Carlos y su amigo: siete personas en rosario. Y había entre aquellas personas, y sobre todo, podía haber, relaciones estrechísimas. Es de suponer que no sería éste el solo rosario ni las solas relaciones futuras que habría en el paseo. Ingeniosísimo ha sido el Supremo Hacedor en todos los medios que hace discurrir al hombre para procurar ir viendo si se relaciona con sus otros hermanos, hermanos que han perdido la costumbre de saludarse por las mañanas y hablarse con cariño siempre que se encuentran por lo numeroso de la familia, por lo ocupado que cada uno anda en sus negocios y, sobre todo, porque el padre verdadero no parece, si se le busca con cien luces, y el que en la confusión la echa de padre, ni conoce a sus hijos ni deja que ellos le conozcan ni habla él tampoco con cariño a nadie ni nada. Pues uno de estos ingeniosísimos medios es el de andar el pretendiente de relaciones, delante o detrás, y dale que dale, siempre cerca de la persona apetecida, y aunque puede suceder que ande ochenta años un hermano tras otro hermano infructuosamente, es lo más general que al fin adquirirán uno y otro el derecho de menear la cabcita y sonreírse siempre que se encuentran, y esto, que es lo que se llama saludos, es prueba tal de cariño, que debe economizarse mucho.

Digestión es ésta que por inoportuna y oscura debiera borrarse. Bórrase enhorabuena, y adelante.

Como no había sido la intención de Rafael la que Carlos suponía, ni aquél echó de ver que éste le seguía otra vez ni éste notó en aquél la más mínima cosa que le convidara a hacer alguna calaverada, que otra cosa mejor no era de esperar de quien tan poco respetaba los conyugales lazos, no supo él a qué atribuir la total indiferencia de Rafael, que, ocupadísimo con Inés, así se curaba de toda la demás gente que en el mundo había, verbigracia, como un mal rey de sus vasallos.

Pero como parece que no había la misma indiferencia en Luisa, avinola bien, y no se metió en más averiguaciones.

De lo que pasó desde aquí hasta el día

(1) Lo cual no es de suponer, siendo soltera.

siguiente no sé ni una palabra, pero no debió andar Carlos ni perezoso ni desgraciado, porque, contra toda su costumbre, se levantó aquella mañana muy temprano, hablando solo y diciendo: "Si esa mujer no me quiere, no entiendo yo una palabra de mujeres. Es necesario no perder tiempo; si el torpe del marido no está en casa, ahora mismo la veo", y empezó a vestirse, cantando y aturdiendo a voces a un muchachuelo rubio y bien dispuesto que le servía de ayuda de cámara.

Vistióse de prisa, al descuido, pero sin dejar de verse en el espejo, que no le disgustó, reflejándole una figura suelta, derecha y noble, y ya iba a salir cuando, pensándolo mejor, se puso a escribir una carta, y concluido este negocio en dos minutos, salió de casa murmurando entre dientes: "Si no la puedo ver, no importa: carta al canto."

Dirigióse con esto a casa de Luisa, llamó a la puerta, salió a abrirle una criada, la preguntó si se podía hablar con el ama de la casa; la criada le respondió que sí, y fué introducido, después de atravesar un largo callejón, en un aposento irregular y medianamente amueblado, donde, sentada en una desvencijada y antigua silla poltrona, y teniendo a los pies un gran cesto de labor, se hallaba el ama de la casa cosiendo a la sazón unos calcetines.

—Señora, muy buenos días—dijo al entrar Carlos.

—Muy buenos los tenga usted, caballero—respondió la señora, colocando al mismo tiempo, en forma de guante, en su manó izquierda, un calcetín—. ¿Y qué se le ofrecía a usted?

—Señora, yo sé que ésta es la casa más decente en que se alquilan cuartos amueblados en todo Madrid.

—Gracias, caballero, gracias, y a buen seguro que sí, porque mi marido, que Dios haya, era un empleado en las rentas de su majestad, y tiempo ha habido en que he tenido abono de cazuela en el teatro y...

—Pues bien, señora—interrumpió Carlos—, yo quisiera ver algún cuarto, porque...

—¡Ay, hijo mío! Si usted hubiera venido antes, y tan buen cuarto como hubiera usted hallado. Pero ahora justamente, tres habitaciones, que son una gran sala con dos gabinetitos, y en cada gabinete su alcoba, me los tienen ocupados un joven y una señorita que parecen ser muchas personas, porque el uno duerme en un gabinete y el otro en el de enfrente: matrimonios de señores. ¡Jesús, y qué mal gusto!

—¡Voto va!—exclamó Carlos—. El cuento es que yo quisiera hablar a esa señora, porque la conozco, y puede que me cediera un cuarto. El marido no estará en casa, y...

—Sí, señor; no se levantan hasta las doce; puede usted volver, que ahora no son más que las diez y media, y si ustedes se arreglan...

Columpióse en la silla nuestro Carlos sin decir una palabra, hasta que, después de haber hecho cuatro gestos de hombre que todo lo deja a la fortuna, dijo a la patrona:

—Señora, voy a darla a usted una prueba de confianza tan grande, que por imposible tengo que una persona de la educación de usted no correspondiera a ella.

Sacóse ella maquinalmente el calcetín de la mano, prendió en él la aguja, todo lo dejó sobre la silla inmediata y con los brazos cruzados siguió oyendo a Carlos, que decía:

—Yo estoy ciegamente enamorado de esa señorita que duerme en ese gabinetito; yo podía haberme valido de una de las criadas de usted para entregarla un billete...

—¡Quite usted de ahí, señor caballero!—exclamó la buena ama de casa—. Las criadas son mujeres sin principios y torpes, que comprometen a cualquiera, y...

Llenósele a Carlos el semblante de júbilo, y viendo seguro el logro de sus deseos, y entusiasmado, no pudo menos de apretar con las suyas una de las manos de la amable viuda, mano que tendría ya sus cincuenta años, y que tembló con todo.

Las manos de las mujeres tiemblan con facilidad, por un efecto de la irritabilidad de sus nervios, según parece.

Desde aquí en adelante, todo fué efusión de sentimientos y franqueza por ambas partes. Pidió dinero la vieja, dióselo Carlos, dijo que era poco, y que bien podía darla más, contentóla Carlos dándole, la entregó la carta, la encareció su amor, su agradecimiento, ella le encareció su fidelidad, su desinterés, maldijo la pobreza, la avaricia y los siete pecados capitales, y ofreciéndose a servir a Carlos como si fuera cosa propia, le acompañó hasta la puerta.

Y ahora digo yo: ¡Con que está ya visto que en este mundo el vicio halla siempre acogida! ¿Quién será el que se niegue valerosamente a contribuir a una mala acción, cuando hasta la esposa de un antiguo empleado en rentas mira el adulterio con cierta indiferencia de buena sociedad?

¡Adiós, virtud, adiós! ¡Descansa en paz, que aquí descansanemos como podamos!

V

En una mala habitación de una mala casa de un mal barrio, que apenas hay cosa mala que vaya ni venga sola, estaban sentados alrededor de uno de estos muebles de barro que llaman copas, y que sirven para lo mismo que los braseros, es decir, para tener lumbre en las habitaciones alrededor, pues, de una copa, estaban sentadas, en una noche de las más frías de invierno, tres personas bien distintas en verdad, porque el uno era hombre, la otra mujer y la otra persona era una hembra fea y, por tanto, ni hombre ni mujer ni cosa que lo valga. Tenía la habitación en que se hallaban todo el carácter que tienen todas las habitaciones pobres, que consiste en cierto aspecto desentonado y en cierta desnudez de todo género de adornos, que, sin duda ninguna, no echan de ver los ojos de la gente pobre, pero que afecta de un modo particular y desagradable a los ojos de la gente que no es pobre, que están acostumbrados a cierta proporción y cierto orden en el arreglo de sus "jaulas". La chimenea francesa da muchísimo carácter a una habitación; una habitación con chimenea francesa casi, y sin casi, puede tener usia entre las demás habitaciones aquí en nuestra España, y puede tratarse de usted a una habitación que tenga en medio, o aunque no sea en medio, uno de nuestros clásicos braseros. Pero ni la chimenea ni el brasero sirven para dar una idea exacta acerca de si habrá o no habrá dinero en la casa en que se encuentran: esta ventaja tiene la copa de barro, que es signo inequívoco de que entre todas las personas que a su derredor se calientan no hay ahorrados arriba de dos duros.

Y esto es tanto más cierto cuanto más decentes son las personas sentadas al amor de la copa. Y de aquí se infiere que sabe Dios lo que se habría hecho de los catorce o quince mil reales que tenían Rafael y Luisa, porque los dos, ni más ni menos, acompañados de su feísima ama de casa eran las personas de que estamos hablando.

Yo, que con tanto cuidado y prolijidad supe lo que les sucedió un día, según me parece, sin saber por qué, que es gran razón a falta de otra, no volví a saber de ellos ni una palabra en una porción de tiempo, hasta que ahora vuelvo a contar lo que buenamente sé. Desde entonces hasta ahora han pasado dos meses, o uno, o menos, o cosa así. A fe que no es mucho tiempo; tú, lector, tengas o no talento, puedes llenar este hueco con lo que mejor te pareciere, que lleno quedará.

Cicerón también, o porque él no escribió o por otra causa cualquiera, dejó un libro todo lleno de vacíos, huecos o lagunas, como también se llaman. Para llenar las lagunas de Cicerón, lector amigo, necesitarías ser un sabio; feliz tú, que para llenar esta laguna de nada necesitas; feliz yo, que para verla llena de nada tampoco necesito, y desgraciado Cicerón, que por necesidad de sabios verá, cuando más, llenas

sus lagunas no de agua clara, sino de caldo de sabio, que, aunque más espeso que el de pollo, contiene menos sustancia, alimenta menos y empalaga más.

Estaba, pues, Rafael, más que sentado echado en una silla, que, algo distante de la pared, tirada hacia atrás, se apoyaba en ella, con un codo puesto en una mesa cubierta con un tapete de damasco rojo que a su lado derecho había, fumando pacíficamente un cigarro puro. Luisa estaba sentada más cerca del fuego, enfrente de la mesa, leyendo a la luz de un beloncillo en un libro nuevo, pero impreso y encuadernado mezquinamente, lo que me hace creer que sería edición hecha en Madrid de alguna obra moderna. La buena de la patrona, sentada casi encima de la copa, estaba cabeceando, y más que durmiendo, matando algo del mucho sueño que tenía. Por fuera zumbaba el viento, que es bien seguro que hacía tiritar a más de cuatro infelices, porque hay más de cuatro mil en Madrid cuyo único amparo, mientras piden limosna en noches como ésta, es el caritativo rincón de alguna puerta, que siente impasible los movimientos convulsivos con que los helados miembros de estos desgraciados se golpean en ella, y tan impasible los siente, que en pago bien merecía esta puerta dejar de ser materia bruta y convertirse en la Humanidad personificada, que apenas es un poco más firme de corazón que ella. El frío es un enemigo horrible del pobre, para quien no hay calor en ninguna parte, porque hasta la llama de su corazón se ha apagado, y no se ha apagado ella sola por falta de vida, no; la ha apagado el frío soplo... ¿de quién? De todos nosotros, que nada hacemos que sea bueno; de todos nosotros, que somos tan dignos de ser ahorcados por malos como de otra cualquier cosa.

Por fuera zumbaba el viento, pero la habitación en que estaban Rafael, Luisa y su patrona estaba abrigadísima y caliente, porque era chica y había en la copa muchas y bien encendidas brasas. Fumaba, pues, Rafael, leía Luisa y la patrona dormía, y los tres, en calma, oían los silbos del aire al amoroso calor de la lumbre. Reinaba allí un agradable silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por un gato que, de poca edad aún para pensar en cosas serias, disfrutaba de la felicidad que proporciona la poca reflexión, retoyando alegremente con cada mendrugillo de pan o cosa semejante que por el suelo topaba.

¡Oh vosotros, los que, envueltos en el movimiento del mundo, seguís con él el rumbo que él sigue, que no puede ser bueno, porque el mundo es uno de los pocos enemigos del alma! ¡Vosotros que, sentando cada pie en un placer, seguís el camino de la vida, y que aun así le encontráis áspero y penoso, lo que tiene forzosamente que suceder, porque no hay placer en esta tierra que valga tres caminos para andar sobre él a gusto, ni aun el día en que, el que los tenga, se corte los clavos de los pies! ¡Vosotros, en fin, infelices que no tenéis un momento de calma, que os fastidiáis divirtiéndolos y que procuráis divertirlos más y más, para más y más cansaros, fastidiaros y aburriros ciertamente! ¡Y, por último, yo también con vosotros, porque de vosotros he sido, hasta que ahora me ha tocado en el corazón la santa verdad! ¡Vámonos todos juntos a buscar la felicidad donde ella está indudablemente, que yo os lo diré con amor de hermano!

La felicidad está en la silenciosa y caliente habitación y en las bien avenidas personas que he descrito. ¿No presta la paz de este hogar doméstico el más suave colorido al aislamiento de ese mundo que tan empalagados nos tiene? ¿No es su reposo el amigo más dulce, en cuyo seno puede dormir el cansado corazón mientras el alma se entretiene con blandos y no ambiciosos pensamientos?...

Rafael, cuando acabó de fumar, arrojando la punta del cigarro a la pared de enfrente, exclamó con una voz llena de verdad y tan fuerte que asustó a Luisa, y, asustándola, despertó a la patrona:

—¡Maldita de Dios sea mi suerte!

¡Oh vosotros, a quienes iba yo a enseñar dónde estaba la felicidad! Ya lo veis: esta horrible blasfemia me fastidia, quitándome la honra de ir a vuestra cabeza a tan importante cacería; por lo visto, no está la felicidad en esta madriguera. ¡Chasco como él! Y, no hay duda, aquí se maldice como en todas partes.

Separémonos, pues, amigos míos, y buscadla por donde mejor os pareciere; yo, ahora, no puedo ir con vosotros, porque estoy ocupado; así que acabe de escribir pienso también buscarla. Muchos siglos cuenta el mundo, y todos los hombres que en él han vivido, que han sido, por supuesto, infelices desde el vientre de su madre han tenido nuestra misma intención. Sin embargo, ni aun en cecina nos han podido dejar tantos antepasados nada que pueda llamarse felicidad. No importa, queridos compañeros; no hay que desesperar de encontrarla; la desesperación es gran pecado y no tiene perdón de Dios, porque es pecado de ingratitud a sus paternos beneficios.

—¡Alabado sea el nombre del Señor!—tartamudeó con voz somnolienta y desagradable la patrona, de tal modo, que a nadie sino a Dios podía lisonjear una alabanza articulada por tal boca, y prosiguió diciendo: ¡Vaya que tiene este caballero un modo de maldecir, que ya me río yo!

—Pues riase usted y riame yo, y ojalá nos riamos tanto, que reventemos de risa—la replicó Rafael en tono descompuesto, colérico y maldiciente, y se levantó de la silla y comenzó a pasear a pasos largos por el cuarto.

Sublime, aunque pecadora figura, hubiera hecho nuestro joven midiendo con el desconcertado compás de sus piernas un campo que hubiera sido tan grande como el de su dolor. Probablemente, dado el primer paso, hubiera dado tantos y tan largos en la misma dirección, que el espectador le hubiera perdido en el horizonte y se hubiera quedado encomendándole a Dios o al diablo o a quien tan de prisa se le llevaba; pero para desesperaciones grandes suele haber cuartos chicos, que obligan a la mismísima desesperación, desbocada en su viaje al infierno, a dar la vuelta y quedarse por acá, oponiéndola no una grande montaña, sino un miserable tabique de delgadísimo y frágiles ladrillos. Contra todas las cosas hay una cosa; contra todos los venenos hay antidotos; contra los siete vicios que envenenan el alma hay siete virtudes correspondientes, que harán vomitar al alma más terca y de más fuerte complexión; contra la desesperación andariega de Rafael hubo esta vez un cuarto chico que la forzó a pararse a las pocas vueltas con la estrechez de sus dimensiones. Paróse delante de Luisa, que, sin decir una palabra, pero con la marca elocuentísima de una lágrima que cruzaba su ovalada y pálida mejilla, le miraba con esa ternura simpática que es en el rostro de una mujer hermosa la prueba de que hay alma, de que hay Dios y de que hay todo lo bueno que se desea que haya.

¿Y por qué esa misma ternura no será prueba de lo mismo en el rostro de una mujer fea?

Esto debe consistir, a mi entender, en la diversa proporción geométrica de las facciones, especialmente de las principales, como las narices, etc.; satisfacción filosófica y razonada que enteramente aclara mi misteriosa duda.

—¡Pobre Luisa mía!—dijo Rafael, contemplándola largo rato sin decirle más palabra—. ¡Pobre Luisa mía!—repitió al fin con un acento salido de lo íntimo de su corazón, y besándola en la frente, ya no rabioso, sino tierno, se separó de ella, yo creo que por no llorar como ella lloraba, y volvió a su paseo, aunque no ya con sus descomedidos pasos.

A esta sazón llamaron a la puerta; salió la patrona a abrir, y a poco rato entraron en la habitación ella y un hombre emboza-

do en una mediana capa azul con embozos y cuello corto de terciopelo encarnado.

—¡Caramba si hace frío!—dijo al entrar el recién venido, y desembozándose después y acercando una silla a la copa se sentó en ella, colocando con mucho cuidado sobre sus rodillas los dos extremos de la capa, que estaba ceñida a su cuello por unos corchetes de plata de figura de leones coronados. Después de esto desempaquetó sus manos de unos guantes no muy sucios, fortísimos y anteaños, frotóselas suavemente, aproximándolas al fuego, y por fin, diciendo a Luisa: "Luisita mía, yo siempre galante con las damas", se quitó el sombrero y le dejó sobre la mesa—. Pero ¿qué es esto?—prosiguió—. ¿Ha llorado usted? ¡Voto va al chapiro verde, que siempre hemos de estar así! Bien es que con ese hermano que Dios la ha dado a usted, que en vez de alegrarla no hace más que pasarse y fumar, necesitando él también consuelo, no es extraño que suceda esto. Vamos, Luisita mía, vamos, no hay que afligirse así; mire usted que las lágrimas ponen en remojo la cara y acaban con la hermosura. Ea, Rafaelito, venga usted acá; siéntese a la lumbre y fumemos mientras nos disponen la cena.

Hizolo así Rafael, y apretándole la mano le dijo:

—De veras, señor don Ramón, que cada vez le quiero a usted más.

No estaba mal colocado el cariño de Rafael, porque era don Ramón un hombre que con sus cincuenta y tantos años y su cara blanca, enjuta y arrugada, a la que prestaban aún más bondad unas patillas casi blancas, como el pelo, convidaba a cualquiera a quererle a primera vista.

—Y hace usted muy bien en quererme así—le replicó don Ramón—, porque yo también les quiero a ustedes mucho. Pero vamos a ver—prosiguió—, yo quisiera saber a qué vienen estas tristezas. Hoy hace ocho días que vinieron ustedes a vivir aquí; desde que somos compañeros de casa, maldito si les he visto a ustedes pasar un día sin lágrimas. Los primeros días les aseguro a ustedes que esto me daba rabia; como yo no los conocía a ustedes, no tenía confianza para decirles nada, pero ahora mismo maldito si sé a qué viene tanto lloro.

—Si usted supiera qué desgraciados somos!—dijo Rafael.

—¡Toma!—replicó el viejo—. ¿Y qué tiene que ver el ser desgraciado con ser llorón? No digo yo que estén ustedes todo el día bailando; pero, hombre, estar como yo. Pues qué, ¿tan feliz soy yo? Y, con todo, ¡qué diablo!, vamos pasando. Que son ustedes pobres...; también lo soy yo, después de haber seguido la carrera de las armas y haber llegado en ella al grado de coronel. Es verdad que ustedes, al parecer, están solos y sin amparo de parientes. Yo, en este punto, tengo aquí un hermano riquísimo, que me da una peseta todos los días y me convida a comer un domingo sí y otro no. En eso tienen ustedes razón: no sé cómo se puede vivir en este mundo sin un hermano rico. Un hermano, un pariente cualquiera, son una gran cosa; por lo menos, si ellos son ricos y uno es pobre, puede pedirles limosna sin vergüenza.

Calló por un momento nuestro buen militar, se sonrió como quien suspira, o suspiró como quien sonríe, y prosiguió en tono de dulce reprensión:

—Vamos, vamos, señoritos, que no hay por qué suspirar tanto; la juventud es gran cosa, y aun rodeada de males, ella por sí es fuente de bienes y de esperanza. ¡Pobre de mí! Mi vejez es mala, y si pudiera tener esperanzas, irían a parar o a la muerte o a la decrepitud, que es peor que las esperanzas y que la muerte. Además, yo he vivido bien en el mundo, y ahora vivo mal.

—También nosotros—dijo Rafael con cierta expresión que más era de orgullo que de otra cosa, y como picado de que el buen viejo pudiera creer que ellos habían sido siempre pobres.

Flaqueza es ésta que siento confesar en Rafael, pero la tuvo. Verdad es que todos

los hombres de cierta educación, olvidándose de que no hay mayor pobreza que la de ser hombres, educados o por educar, miramos con cierta repugnancia y vergüenza la falta de recursos pecuniarios. Y para esto hay una razón de economía política, o yo no sé de qué ciencia, que consiste en decir: —la verdad consiste en ser, pero la razón consiste en decir—que el hombre sin caudal numérico y sonante da más que medianos indicios de no tener tampoco caudal de talento, cuyo caudal, además del talento, está compuesto de la honradez, de la laboriosidad, etc., etc., etc., y de otra porción de cosas morales e impalpables que faltan a muchos ricos herederos sin que se note, pero que deben sobrar al que, sin serlo, quiera tener esperanzas, aunque no sea más, de ser en la república lo que son los herederos ricos.

Tentado estoy de dejar mi cuento y ponerme a hablar, no en derecho, porque ni le sé ni me hace al caso, pero si contra todo derecho, ya sea romano, germánico o patrio, acerca de los testamentos y de las herencias, de los señores y de los esclavos, de una porción de cosas y de otra porción de cosas; pero aunque se me pasan muy buenas ganas, considero que esto había de disgustar a los lectores mucho más aún que el cuento, y considero, además, que el mundo tiene derecho a seguir mal, derecho que ha adquirido con una posesión de buena fe de muchos años, sin que nadie, por tanto, pueda legalmente perturbarle en la pacífica posesión de su malestar. "Beati qui possident".

Quedamos en aquello de que dijo Rafael que él y su hermana no habían sido siempre pobres.

—Eso es lo que yo no sabía—respondió don Ramón—, porque aunque es verdad que yo veía en ustedes algo de extraordinario, como la buena educación, sin embargo, no teniendo la suficiente confianza para pedirles a ustedes explicaciones acerca de su situación, no les había hecho a ustedes ninguna pregunta, porque, como casi todos los desgraciados, tengo un carácter muy poco investigador.

—Pues yo, señor don Ramón, le contaré a usted, sin que usted me lo pregunte, todo lo que nos ha pasado en muy poco tiempo, que es todo lo que nos ha pasado en toda nuestra vida.

—Y yo se lo agradeceré a usted mucho, Rafaelito mío.

—Y puede usted agradecermelo, porque ésta es, en mi carácter, una gran prueba de amistad.

En esto entró la patrona, trayendo en un cesto de paja todo lo necesario para poner la mesa para cenar. Pusieronse con este motivo en movimiento Luisa, Rafael y don Ramón, y entre todos colocaron la mesa en medio de la habitación, precisamente sobre la copa, que no venía mal para dar calor a sus pies, entretanto que el de la cena ponía en acción el de sus estómagos. Sacó del cesto la patrona un mantel no muy limpio, cubrió con él la mesa, después de haberla despojado de su estropeado tapete, y colocó sobre ella hasta tres platos de Talavera, y no fina, acompañados de sus correspondientes cubiertos, que, por ser de plata, no necesitaban de las iniciales de los huéspedes, que tenían grabadas, para ser declarados libres del dominio de la dueña de todas las demás alhajas que componían el aparador. Sentáronse a las dos cabezas nuestros dos hermanos, teniendo en medio a don Ramón y dejando libre el otro lado de la mesa para colocar en él una jarra, también de Talavera—ciudad famosísima—y una botellita de cristal, blanca, larga y delgada, que podía haber sido bote de agua de colonia y que contenía ahora la ración de vino del pobre viejo, porque nuestros jóvenes no lo bebían. Entró otra vez la patrona y les puso de un golpe toda la cena en la mesa: con una mano, un plato casi grande de guisado de vaca con patatas, y con la otra, los postres, que se reducían a manzana y media, cuestión gramatical—¿colocada o colocadas?—en una

frutera de China, famosísimo imperio, que sabe Dios cómo habría venido a aquella casa.

Si los postres eran escasos, estaban servidos con cierta decencia (con razón dice el refrán que Dios aprieta, pero no ahoga.)

En fin, después de haber pedido pan y vasos, que era lo único que se le había olvidado a la señora Petra, y lo que faltaba para que la mesa estuviera completa, hubo, como se echará de ver, todos los instrumentos necesarios para que las personas racionales coman.

—Conque vamos, Rafaelito—dijo don Ramón—, cuénteme usted lo que le ha sucedido.

—Cenemos—respondió Rafael—, y después yo le contaré a usted lo que usted quiera cuando se haya ido a dormir esta buena mujer, que para nada necesita saber quién soy yo.

—Recelo de niño—dijo don Ramón.

—No es sino orgullo de una especie muy rara.

—Pues a ese orgullo, de una especie muy rara, es a lo que yo llamo recelo de niño, porque sólo le tienen los desgraciados principiantes, que todos son pudorosos, orgullosos o lo que usted quiera, con la gente más baja que ellos; pero viene un tiempo, amigo mío, en que la desgracia toma cierto carácter clínico y franco, y entonces el desgraciado que ha tenido esto que llamamos "clase" se olvida de ella, y se le da tres pitos de que sepan su desgracia todos los hombres del mundo, más altos o más bajos que él.

Al oír estas palabras, que salían de los labios de don Ramón con cierta tranquilidad amarga, sonrojose ligeramente el postro aristocrático de Luisa; pero nadie lo notó, y como entonces entraba la vieja Petra, dió otro giro Rafael a la conversación, que no fué muy viva porque comían todos con bastante apetito. Acabaron por fin de cenar, separaron la mesa, dejando libre la copa, y sentáronse los tres a su alrededor, escarbando el fuego con una llave vieja que servía de paleta. Encendieron don Ramón y Rafael sus cigarros y se pusieron a fumar, y después que la patrona recogió todos los chismes de la mesa y trajo dos velones, a manera de candiles, apagados, les preguntó si querían algo, y dándoles las buenas noches, se fué por la cocina a su camaranchón:

—Pues señor—dijo Rafael—, mucho siento tener que recordar tiempos mejores, pero ¡qué diablo!, yo tengo la culpa de todo, y bien merezco no tenerme lástima a mí mismo. ¡Pobre Luisa! Por ti sola estoy afligido. ¡Te he envuelto en mi desgracia!

—No, Rafael, no; si yo no hubiera querido seguirte, no lo hubiera hecho; no estás triste por mí; yo te quiero lo mismo ahora que antes. ¡Ingrato! ¿Crees que puedo yo culparte de nada? No crees en mi cariño, que te disculpa de todo?

—¡Luisa mía, yo...!

—A un lado todo eso, señoritos. Créanme ustedes: si empiezan a echarse culpas y descargarse de culpas, de palabra en palabra se enternecen ustedes, y empezarán a llorar y hacer otras tonterías.

Había en estas palabras bruscas, al parecer, cierto cariño candoroso y paternal que, aunque los lectores lo tomen a broma, suavizó un poco la situación de Rafael y de Luisa, infundiéndoles el buen viejo cierta energía que les hizo suspender el ternerisimo diálogo, que, sin duda ninguna, empezaba así para concluir en lo que él llamaba llorar y hacer otras tonterías.

—Conque vamos, Rafaelito, a nuestro cuento.

—Nosotros, señor don Ramón, somos de un pueblo de Andalucía; nuestro padre era de Asturias, y habiendo sido militar en la guerra de la Independencia, cayó prisionero, y después de haber estado en Francia algunos años volvió casado con una francesa noble y rica a recoger la herencia de su padre cuando éste murió; su madre había muerto hacía ya mucho tiempo, y no tenía en su país ningún pariente. Redujo

a dinero todos sus bienes y volvióse con su mujer a Francia, donde estuvo hasta que murieron nuestros abuelos maternos, y muerto también un hijo que allí habían tenido, disgustóse del país, y como mi madre no tenía allí más que parientes lejanos, se volvió con ella a España y se estableció en Andalucía, en un pueblo no muy grande, pero colocado en una deliciosísima posición. Allí nacimos nosotros y allí hemos vivido hasta hace muy poco tiempo. Mi padre, que había sido militar, más que por afición, por la honrosa obligación de defender su patria, en vez de entretenerse ahora en la caza y otros ejercicios semejantes, que son el recurso de los militares viejos, se dedicaba, en el retiro del pueblo en que vivíamos, al estudio de las ciencias físicas. Tenía una mediana biblioteca y un bien provisto gabinete de historia natural. Mi madre era una angelical mujer, que debía haber sido en su juventud muy bonita y que conservaba aún cierta belleza delicada. Había recibido una esmeradísima educación, y las distracciones que la música y la pintura la proporcionaban, unidas al mucho amor que a mi padre y a nosotros nos tenía, la compensaban del aislamiento en que pasaba su vida.

"Y he dicho aislamiento porque, efectivamente, aislados vivíamos en el pueblo. Mi padre, aunque tenía un carácter bastante dulce en su casa, no le tenía sino muy agrio para todas las personas del pueblo, que le incomodaban, como él decía, con sus sandeces y groserías. Mi madre, como extraña a todas las costumbres del país, no encontraba tampoco diversión en lo que allí la gente se divertía, que era en reunirse en sociedad por las noches; pero como esta sociedad no tenía nada de amable y era muy diferente de la en que mi madre se había criado, no la sirvió sino para fastidiarla los primeros días y para criticarla cuando después, aburrida de ella, la abandonó. No le chocará a usted, después de esto, que mi familia fuera poco menos que aborrecida en el pueblo, por orgullosa, intratable y oscura.

"No se les daba de esto ningún cuidado a mis padres, que pasaban su vida dulcemente entretenidos educándonos a mi hermana y a mí.

"Mi padre dejó que mi madre educara a Luisa como mejor quisiera, y él se encargó de educarme a su modo. Me hizo estudiar una porción de cosas, y yo, aunque holgazán, era, sin duda, el muchacho mejor educado que había en muchas leguas a la redonda. Mi hermana, al lado de mi madre, de día en día adelantaba prodigiosamente en todo lo que puede adornar y embellecer a una mujer. Tendría yo unos diecisiete años cuando mi padre tuvo que hacer un viaje a París, y me llevó consigo. El tiempo que duró este viaje ha sido el más feliz de toda mi vida, porque mi padre, condescendiente conmigo, me daba bastante libertad, para que yo, como él decía, fuera conociendo el mundo. Yo no dejé de aprovecharme y de hacer por mi parte todo lo posible para conocerle. Mi padre me decía que yo tenía un gran defecto, que era la irreflexión, y yo creo que no se equivocaba. Volvimos, al fin, de nuestro viaje. Yo no podía acostumbrarme a mi primera vida, y estaba disgustado de todo hasta el punto de que muchas veces se me pasó por la imaginación el suicidio.

"Yo hubiera querido mejor escaparme de casa y marcharme a cualquier parte, pero a esto se oponía, más que el amor, la compasión que yo tenía a mi padre, que estaba tristísimo porque, de resultados del negocio que le había llevado a París, había perdido una enorme suma de dinero. En este estado estaba yo cuando murió mi madre. La tristeza que me causó su muerte me hizo olvidar mis inquietos deseos.

"Vivimos así tristemente una porción de tiempo, hasta que a esta tristeza vino a unirse otra de otro género, pero grande también. Un día que volvíamos a nuestra casa después de haber pasado dos en el campo hallamos la puerta cerrada; en va-

no nos cansamos en llamar; no había nadie dentro; por fin se descerrajó la puerta y entramos. Los criados habían desaparecido; corrió mi padre al momento a su cuarto y halló abierta una puertecilla imperceptible que en un tabique había.

"—¡Os han robado la vida, pobres hijos míos!—exclamó, abrazándonos convulsivamente.

"No quiero acordarme de lo que entonces padeció mi padre. Nosotros olvidamos por él todo lo demás, y al fin logramos que no le matara el dolor que por nosotros sentía.

Mientras contaba esto Rafael, brillaban sus ojos, humedecidos por dos lágrimas que el recuerdo de su padre le arrancaba, y lloraba Luisa en silencio, con ese llanto que hilo a hilo sacan de nuestro corazón los recuerdos de amor y de ternura. Don Ramón no lloraba, porque no le presentaba con viveza su imaginación al padre infeliz que ve muerta la esperanza de sus hijos; pero estaba todo lo enternecido que podía estar, y componiendo su cigarro con un increíble esmero, se hacía el distraído, sin atreverse a mirar a los dos hermanos. Hubo un momento de silencio, y prosiguió Rafael:

—Un criado antiguo de mi padre, que le había servido lo menos veinte años y que tenía más de sesenta, sabía el secreto para donde tenía mi padre todo su dinero; éste fué el que, haciendo cómplices suyos a todos los demás criados, nos robó y huyó con ellos adonde hasta ahora nadie los ha hallado. Mi padre, yo no sé por qué, tenía el capricho de que el mejor caudal es el que consiste en dinero contante; todo el suyo estaba encerrado en una arqueta de hierro que creía suficientemente guardada, porque no era avaro, en un nicho sigilosamente cerrado, y cuya puerta estaba blanqueada como lo restante de la pared. Yo no sé cómo sabía el secreto el infame viejo, que, para decir verdad, quitada esta falta, no había cometido otra mientras había estado en casa, distinguiéndose por el amor que nos tenía y por su religiosa fidelidad.

—Tentóle el diablo, sin duda—dijo don Ramón.

—Podía haberle destentado Dios—prosiguió Rafael—, y a todos nos hubiera venido bien; pero no sucedió así, sino que consentió que pasara a manos de un viejo para condenarse la fortuna de dos jóvenes, que acaso por ser pobres se condenarán también.

Reflexión es ésta que no podemos dejar pasar de ninguna manera sin censura. ¿Quién eres tú, miserable hombre, para meterte en cuentas con el Hacedor? ¿Sabes tú, acaso, lo que te conviene? ¿Te has olvidado de que no hay mal que por bien no venga?

Algunos hay que dicen que con la misma razón puede asegurarse que tampoco hay bien que no venga por mal. Si esto fuera verdad, el mal, padre del bien, sería abuelo del mal y bisabuelo de otro bien y tatarabuelo de otro mal, y así sucesivamente; de lo que resultaría que no habría ni bien ni mal estables y duraderos. No va esto muy descaminado de lo que en la vida se observa. Pero, entonces, ¿no hay bien absoluto, no hay felicidad? Pues ya se ve que no la hay, y aunque es verdad que no nos vendría mal a nosotros, peregrinos que peregrinamos en romería por éste al otro mundo, hacer el viaje alegremente y con gozo, o no hacerlo, sin embargo, ¿qué sabemos nosotros de eso?

Paciencia y barajar, que no se hizo Zamora en una hora. Pues qué, ¿no hay más que irnos al cielo los que a él estamos destinados, sin haber hecho nada para ganarlo? Quien quiera truchas, que se moje las bragas. Y perdónese me el mal tono del refrán en atención a que aquí encaja como de molde.

Y en cuanto a vosotros, los que os habéis de condenar, ¿de qué os quejáis? Sabed, pobres tontos, que estos males de acá son tortas y pan pintado comparados con los que habéis de padecer en el infierno, y

que el más agudo dolor, aunque sea de muelas, que padezcáis aquí, le habéis de llorar allí con ternura, como un placer pasado, hasta en los momentos que en el infierno están destinados al regocijo y sabroso entretenimiento de las almas. Y así, ni los que nos salvamos ni los que os condenáis podemos ni debemos quejarnos de este mundo, y si alguno se queja, será un bruto testarudo e incapaz del precioso don del raciocinio, porque si no, a poca lógica que tuviera, daría con estas razones, y... y al fin daría con estas razones y con otras y probaría que era un hombre hecho y derecho, con su alma correspondiente para pensar.

Peró volvamos a Rafael, que seguía diciendo:

—Desde este maldito día no volvimos a tener uno solo bueno. Mi padre yo no sé si se hizo más áspero de carácter o si a mí solo me lo parecía, porque desde entonces empezó a hablarme todos los días acerca de la necesidad en que yo estaba de dedicarme a algo. Como hasta entonces no había entrado en mis cuentas la de que algún día tendría que trabajar para sostenerme, no era de esto de lo que con más gusto hablaba con mi padre, que se desesperaba al ver mis pocos ánimos y se echaba a sí mismo la culpa de no haberme destinado a ninguna carrera fija. Al fin, ayudado por sus consejos, y más que por nada por la crítica posición en que nos hallábamos, porque ya estábamos manteniéndonos con el dinero a que se habían reducido todos los muebles de lujo y alhajas que en mi casa había, hubiera yo, sin duda ninguna, dedicádome a trabajar; pero a esta sazón mi padre cayó enfermo. Durante la enfermedad, que fué larga y peligrosa, no se pensó en nada sino en su vida. Cuando se levantó de la cama, donde había padecido tanto moral como físicamente, estaba mi pobre padre completamente enajenado, y había caído en un estado de imbecilidad en que ni tenía memoria ni aun conciencia de la vida.

Luisa lloraba, ahogando los suspiros dentro de su pecho. Rafael procuraba separar los ojos de ella, y hablaba con cierta valentía, queriéndose hacer superior a la amargura de sus recuerdos.

—En esta situación — prosiguió — pasó una porción de tiempo, en el cual, como mi padre estaba reducido al estado de un niño, fui yo el jefe de la familia. Cada día pensaba mil veces en tomar una resolución y ver el modo de asegurar nuestra vida; pero, a decir verdad, nunca lo pensé seriamente porque nunca, por más que he querido, he pensado seriamente en nada ni he podido concebir cómo el porvenir puede labrarse en el presente. Así, pues, día tras día, se pasaron todos los que me podían haber servido para arreglar mi vida. A este tiempo ya se había vendido la casa en que vivíamos.

—Desde que yo estaba a la cabeza de la casa se había gastado un dineral, porque en la parte económica no se ha conocido un padre de familia peor que yo: en limosnas solo he gastado un ojo de la cara. Yo creo que las leyes dicen algo de curador, o cosa así, para los hijos de un padre demente, menores de edad; pero el juez de primera instancia era enemigo de mi padre, y no se había acordado de tal cosa. Yo me alegro de esto todavía, aunque acaso debiera sentirlo, porque aborrezco de muerte todas las leyes escritas y necesito de toda mi fe para no aborrecer también las reveladas.

Siento en el alma que Rafael no sea un modelo de virtud; pero, por lo visto, según tres o cuatro cosas que le hemos oído decir desde que está hablando, no es su corazón ni todo lo blando ni todo lo sencillo que nosotros quisiéramos. Nosotros, es decir, los lectores y yo, que todos en general y cada uno en particular somos, indudablemente, todo lo virtuosos que podemos ser, aunque no perfectos, que es nuestro gran sentimiento, y debe serlo mucho mayor con respecto a las mujeres, porque quitan toda esperanza de perfección en ellas, aquellas palabras de las sagradas letras que di-

cen: "¿Mullerem fortem quis inveniet?" (¿Quién dará con la mujer fuerte?) Yo he dado con muchas mujeres fuertes, y la mayor parte de ellas lo son; pero no es, sin duda, de esta fortaleza de la que se habla.

—Mi padre murió—siguió diciendo Rafael—, sin que yo me hubiera determinado a nada, y nos quedamos Luisa y yo solos en el mundo. Pasamos dos o tres meses en la mayor tristeza, y aunque muchas veces nos parecía mentira que nuestro padre había muerto, su sitio vacío en la mesa y otra porción de tristes verdades venían a desgarrarnos el corazón, y entonces llorábamos juntos al principio, y después, cuando ya el tiempo iba cicatrizando nuestra herida, no llorábamos, pero sentíamos un amor tan grande a la muerte, que era la que únicamente podía reunirnos con nuestros padres, y una especie de imposibilidad de vivir sin ellos, que yo no sé cómo ni por qué no nos perdonó entonces la vida los crueles martirios que nos daba. Todavía no puedo yo concebir cómo un hijo no muere al mismo tiempo que su padre. Siempre que pienso en esto caigo en una especie de enajenamiento en que no sé ni qué soy yo, ni qué es este mundo, ni qué es el otro, ni qué es Dios; al fin, no sé sino que padezco horriblemente y que hay en mí tal impotencia y debilidad, que si alguno me atormentase así, con voluntad de atormentarme, tendría que ser cruel, y bárbaro, y cobarde, y...

—Ea—dijo don Ramón, que veía que los ojos de Rafael se iban animando con una energía amenazadora—, sígame usted contando su historia. ¿Qué hizo usted después que murió su padre?

—Después—dijo Rafael, a quien esta ligera interrupción había cortado el revésino—, después que pasó este tiempo, un día, después de muchos que habían pasado lloviendo, amaneció tan claro, tan hermoso, el sol bañaba con una luz tan alegre los verdes campos cercanos y las azules crestas de las montañas que se perdían en el horizonte, que estando yo asomado al balcón de mi cuarto empecé a respirar envuelto con el aire suave y aromático que besaba la más delicadas flores del jardín, sin moverlas apenas, una alegría, una confianza en mí mismo, una cosa, en fin, que no sé lo que era, que se apoderó de mí y, llenándome de esperanzas vagas, me hizo concebir la idea de entregarme a la suerte. Ese sol, ese aire, ese cielo, todos estos pensamientos, más hermosos aún que el sol, el aire y el cielo, ¿no son míos?, me decía yo a mí mismo. La suerte, ¿podrá menos de ser madre amorosa de quien tanto y tan inocentemente goza? Yo he nacido para ser feliz; mi felicidad no está aquí. ¡Corramos en pos de ella!

"La consecuencia que yo saqué de esta felicidad que me había hecho sentir la hermosura de la Naturaleza y de la soledad, porque desde mi balcón tenía a la vista un tranquilo y solitario campo; la consecuencia que yo saqué, sin que después haya podido adivinar el porqué, cuando he pensado en ese día, fué que la ventura mía estaba en la sociedad y en el tumulto. Fija ya esta idea en mi imaginación, no me costó mucho trabajo convencer a Luisa de que era buena. La hablaba yo con un convencimiento tan íntimo, con una verdad tan grande, que logré inspirarle mi misma confianza, y consintió en acompañarme a Madrid, desde donde, la decía yo, iríamos a visitar otros países; porque yo así lo creía, aunque no sabía el cómo. No teníamos nadie que nos estorbara o que nos aconsejara, que entonces hubiera sido lo mismo; por consiguiente, en muy poco tiempo estuvimos en disposición de emprender nuestro viaje. Vendimos los muebles que nos quedaban, y entre el dinero que nos produjeron y el que teníamos vinimos a reunir unos dos mil duros. Desde luego, nos pareció poco dinero, pero el bastante, según mis cuentas, para lo que necesitábamos.

"Teníamos también una casuca con una huertecilla, pero no la quisimos vender, y se la dimos a una pobre mujer que la habitaba, que era viuda y tenía una porción

de hijos. Aquello no valía más que cuatro o cinco mil reales, pero era para la pobre mujer la felicidad de toda la vida y a nosotros nos aumentaba bien poco el caudal. No hay dinero en el mundo que pague la sensación que experimentamos al ver las lágrimas de agradecimiento que derramaba aquella pobre gente. Desde el umbral de esta casa montamos en nuestro carruaje, porque no quisimos dar esta buena nueva a aquellos pobres hasta el último momento. En esto hubo en mí cierta especie de superstición, porque creía yo que la bendición de aquella familia en el principio de nuestro viaje era de buen agüero y valía tanto, por lo menos, como una bendición papal. Llegamos, después de un corto viaje, a Madrid, y aquí ha sido donde yo he aprendido que las bendiciones no sirven de nada si no van acompañadas de otras muchas cosas. Los primeros días no dejé de ocurrírseme algunas veces que nada tenía de bueno nuestra posición, pero esto sólo se me ha ocurrido en dos temporadas de nuestra estancia aquí: al principio, en que la falta de relaciones me hacía considerar temblando nuestro aislamiento, y ahora, al último, cuando he visto que todas las relaciones contraídas no se oponen de ninguna manera a que uno pueda estar aislado tanto como guste. Ya me cansaba yo de estar solo en medio de tanta gente, cuando, a los cuatro o seis días de nuestra llegada, encontré, afortunadamente, a un teniente coronel, muchacho de excelente carácter, que había parado en una de sus expediciones quince días en nuestro pueblo, donde nos habíamos hecho muy amigos. Uno y otro nos alegramos mucho de encontrarnos, y desde aquel día empecé para mí una vida nueva. Tenía mi amigo más de trescientos, y bien pronto tuve yo otros tantos. Entonces ya no me acordé de otra cosa sino de divertirme, y aunque no me olvidaba de nuestra crítica situación, sin embargo, siempre que esta idea me venía a las mientes me decía yo a mí mismo: "Ya destinaré yo un rato a pensar seriamente en esto", y lo que es seriamente nunca llegué a pensar.

"Luisa me preguntaba muchas veces qué tal iban mis asuntos, y yo la respondía que perfectamente, y se lo probaba contándole una por una todas las carreras que un hombre de mi talento podía emprender cuando le diera la gana. Mucho me quitaron el tiempo para pensar en otra cosa unos amores que tuve, y que todavía tengo, con una hermosísima mujer de quien me enamoré — ¡me acordaré toda mi vida! — la primera tarde que fuimos a paseo al Prado. Lo primero que hice, así que tuve amigos, fué buscar uno que me llevara a casa de mi querida, que vive con una tía suya, porque han muerto sus padres. No se pasaron cuatro días cuando ya nos queríamos los dos con todo el amor que hay en el mundo, con un amor...

Calló aquí Rafael, y estuvo largo rato embebido en sus pensamientos. En medio de toda su ligereza, yo tengo para mí que aquel muchacho había de amar con todo su corazón y que el pobre padeció con el recuerdo de sus amores, lo que sólo sabe el que haya padecido de este achaque. Yo no sé si he padecido, y me guardaré muy bien de decir una palabra de lo que yo me figuro que sentiría Rafael, temeroso de descubrir la mucha frialdad o el mucho calor de mi corazón o mi poca experiencia.

Y ya que se habla aquí de experiencia en amores, quiero decir que me parece a mí que esta experiencia entre todas las experiencias del mundo, siendo la más amarga, es la que más ingrato sabor deja en el corazón.

¡Feliz tú, amante no experimentado, es decir, aún no engañado ni vendido! Estate quieto y no te apures. ¡Feliz tú si siempre fueras inexperto! Pero, amigo, no será así, porque la experiencia es muy necesaria, sin duda, a los hombres, y no te ha de querer tan mal lo que tú quieras bien, que engañándote y vendiéndote no te regale esa cosa tan necesaria. Especialmente, ¡oh tú, amante a quien me dirijo, si eres

hombre, pierde cuidado, que a cargo de las mujeres queda el colmarte del precioso don de la experiencia! Ellas te harán probar los encantos de su inocente falsedad, las delicias de su infantil ligereza, la suavidad de su cándida y amable hipocresía y los gozos de su pueril malicia. Ellas te enseñarán las reglas de su buena fe y te acostumarán poco a poco a la inseguridad de sus palabras, que no son de caballero como tú podías acaso pretender contra la voluntad de Dios, que ha hecho a los hombres para caballeros y a las mujeres para mujeres; ellas harán contigo, en fin, una porción de cosas que no están escritas, y con esto, amado amante, te hallarás tan experimentado que no podrás, gracias a tu experiencia, volver a los pasados momentos de inexperiencia y de felicidad.

Pero dejemos esto y volvamos a nuestro cuento, que me interesa más que todo.

Después de haber suspirado profundamente siguió diciendo Rafael:

—Me amaba Inés, y su tía me quería mucho y se divertía oyéndome hablar. En su casa pasaba yo las noches cuando no iba a otras sociedades o al teatro. Estas últimas íbamos también al teatro Luisa y yo. Las otras noches andaba yo por ahí, de salón en salón, detrás de Inés, y la pobre Luisa se quedaba en casa, porque para presentarla en sociedad aguardaba yo a tener coche y una casa donde pudiera mi hermana recibir las aristocráticas visitas de mis amables amigas. Esta fué mi vida durante algún tiempo; pero no duró mucho, porque empezó a hacérseme sentir la necesidad de dinero, y entonces fué cuando traté de veras de hacer algo. Pero yo, con mi carácter orgulloso, a nadie dije mi verdadera posición, y eran, además, mis pretensiones algo elevadas para que pudiera conseguir pronto lo que deseaba. En esto cayó mi hermana gravemente enferma, y crecieron mis apuros, de manera que me vi precisado a vender todas nuestras alhajas, que valían bien poco, a los quince días de su enfermedad, porque se había ya concluido nuestro dinero. La enfermedad hacía cada día nuevos progresos, y como yo no perdonaba gasto ninguno, bien pronto vi que nos íbamos a ver otra vez sin un cuarto. Creo que no necesito decirle a usted los dolores que entonces pasé y los arrebatos de desesperación que bajo mil formas me acometieron. Yo fuí entonces un loco, y en vez de acudir a alguno de mis amigos, que acaso hubiera partido conmigo su caudal, cegado por mi orgullo, me decidí a todo antes que pedir a nadie un ochavo.

—Desde un principio había dicho a todos mis amigos que no fueran a mi casa hasta que tomara una en la que mi habitación estuviera absolutamente independiente de la de mi hermana; por consiguiente, durante la enfermedad de Luisa nadie fué a vernos, y yo estaba enteramente separado de todo el mundo, menos de Inés, a quien solía ver alguna otra noche. En fin, aún no estaba Luisa en estado de levantarse de la cama cuando se nos acabó el dinero; entonces, lo primero que se me ocurrió fué vender casi toda nuestra ropa. Yo me quedé con esta levita que tengo puesta, y mi hermana con dos vestidillos miserables. A mí ya se me había acostumbrado el corazón a penas, y, por consiguiente, aunque nuestro estado no podía ser peor, tenía la energía suficiente para esperar que se mejoraría, aunque sin saber a punto fijo cómo. Mi hermana se puso, por fin, buena, pero a este tiempo iba en horrible decadencia nuestro pobre bolsillo, en el que se encerraban nuestras onzas. Fuése disminuyendo este caudal, hasta que llegó un día en que, pagada la casa, pesaba nuestra fortuna, sin contar con la preciosa bolsita en que estaba metida, entre una onza de oro y ocho de plata, las mismas nueve onzas que antes pero con alguna diferencia en su valor. Yo no había dejado de tener voluntad de dar algunos pasos, pero como cuando vendí la ropa no había vendido con ella los lujosos atavíos de mi alma, que entonces era más orgullosa que nunca, sentía una invencible

repugnancia a presentarme mal vestido porque esta levita era la peor de mi baúl, y esto me hacía casi hasta huir de mis amigos, entre los cuales, los que podían servirme, que no eran muy íntimos, tenían mucho en qué pensar para acordarse de mí, a menos que yo mismo no les obligara a ello, siendo acaso importuno. Al fin, ni yo era grande amigo de nadie ni nadie era grande amigo mío.

—Tanto me ataba la pobreza de mi equipaje, que apenas veía a Inés, con quien me disculpaba como mejor podía alguna noche que, haciendo un gran esfuerzo sobre mí mismo, iba a su casa. Ella padecía con esto muchísimo, pero yo padecía mucho más.

—Al fin, para acabar pronto, un día que Luisa y yo estuvimos hablando largo rato acerca de nuestra posición, viendo que si estábamos así, sin hacer nada, no sólo se nos iba a acabar el dinero, sino que íbamos a endeudarnos en la casa en que vivíamos, que nos costaba mucho, determinamos buscar una casa en un barrio cualquiera, que fuera malo, con lo que conseguiríamos no vivir en Madrid hasta que la suerte mejorara y vivir muy barato, y cuanto más barato mejor, porque no teníamos más que veinticuatro duros, y ésta era toda nuestra vida. Entonces, yo, que he adquirido cierto valor con tan repetidas desgracias, busqué casa, y encontré ésta, donde, según mi ajuste, podemos vivir sin temor de deudas, a las que temo yo más que a la muerte y más que a Dios y más que al diablo, unos tres meses. Antes de venir aquí me despedí de Inés y de su tía, diciendo que asuntos de familia me llevaban a mi país por una temporada. Aquella noche ha sido una de las más felices de mi vida, al mismo tiempo que de las más penosas. Llena de pesadumbre Inés y ansiosa de despedirme sin la fría y atormentadora indiferencia que delante de su tía tenía que fingir, halló medio, sin que nadie lo notara, de darme un billete, y en él una cita para aquella misma noche. Nos despedimos los dos tiernísimamente y jurándonos una y mil veces un eterno amor.

—¿Desgraciado de mí, que acaso tendré que renunciar a él para siempre!

Calló Rafael, y encendiendo un cigarro, se puso a fumar, aparentando mucha tranquilidad y sangre fría. Don Ramón, con una sonrisa entre áspera y cariñosa, dijo entonces:

—¿Cuidado, amiguito mío, si ha hecho usted disparates y tonterías! Si no viera en usted una porción de cosas que me prueban lo contrario, creería que era un loco rematado. Y dígame usted, ¿a qué há venido esa despedida y ese viaje supuesto?

—Eso lo he hecho—respondió Rafael—porque no he hallado otro medio de ocultar mi verdadero estado. Ahora pienso estarme encerrado en casa hasta ver si la suerte se enmienda.

—¿Y hace usted ánimo ahora también de aguardar a que la suerte venga sin llamarla siquiera?

—No, señor; estoy ya corregido; ahora voy a trabajar, voy a traducir del inglés algunas obras, y me parece imposible, según el mérito que ellas tienen, que no me produzcan lo suficiente para salir poco a poco de aquí, y una vez fuera, cosas he aprendido que no se me olvidarán, y que me servirán de mucho.

—Hágalo Dios—dijo don Ramón.

Y en éstas y otras palabras estuvieron largo rato entretenidos, hablando de los sucesos que había contado Rafael, hasta que cada uno se fué a su cuarto: don Ramón, a dormir, y los dos hermanos, a padecer despiertos o a soñar padecimientos dormidos, que es casi lo mismo.

VI

Por quien soy te juro, amado lector, que nunca me hubiera podido entrar en la cabeza que pudiese existir un hombre tan desatinado como Rafael. En el simple modo

de contar su historia se echa de ver, sin más exámen, que es el tal joven un bellitre, cabeza de chorlito con menos sesos que un grillo.

Por quien yo siento todas estas cosas es por su pobre hermana, aunque también tiene su parte de culpa por haber confiado en las locas palabras de su hermano. Pero por más que lo sienta, no dejo de conocer que los dos tienen bien merecida su suerte.

¿Qué plan de vida tenían estos muchachos? ¿En qué pensaban?

Ni tenían plan de vida ni pensaban en nada, sino en imposibles.

¿Y habrá un solo hombre sensato que no condene esta conducta y que no se alegre de ver el escarmiento que como consecuencia inmediata trae? No, hombres sensatos, no; no os separéis ni por un momento de vuestra sensatez, que tanto valdría simpatizar con esos desgraciados. Nosotros, los hombres sensatos, antes de tener lástima a un infeliz, debemos discurrir de esta manera:

Hay dos géneros de desgracia: una, voluntaria, por decirlo así, y otra, forzosa; aunque los desgraciados de ambos géneros padecen las mismas penas y los mismos dolores, sin embargo, hay que tener gran cuenta con el origen de su desventura. Si el desgraciado tiene la culpa de su desgracia, está en el caso de la desgracia voluntaria, y entonces allá se las haya con sus tormentos, que bien merecidos los tiene; si está en el caso de la desgracia forzosa, o, por mejor decir, inevitable—porque la desgracia fuerza tanto a unos como a otros desgraciados, sin que haya ejemplo de que nadie se haya dejado poseer por ella sino cediendo a una bestial violencia—; si está en el caso de la desgracia inevitable, entonces es otra cosa: ya podemos interesarnos por él con sensatez.

Así es que en el caso, y vaya un ejemplo, de un pobre baldado que pida limosna, el hombre sin cálculo le dará acaso, guiado por su corazón y sin examen, si es muy generoso, cuatro o seis cuartos; pero el hombre sensato, para darle limosna, procurará primero saber el origen de la desgracia de este pobre impedido. Por lo pronto, ya sabe que está baldado, y que no hay baldado que le gane en cuanto a padecer. Pero no se contentará con esto, y averiguará:

Primero, si este hombre tenía o no precisión de salir de su casa en el día y a la hora en que corría el viento que causó su enfermedad.

Segundo, si la causa por que salió fué causa admisible o no.

Si este pobre, pues, salió de su casa a trabajar, pero pudo no haber salido, ya el hombre sensato puede tener menos lástima de él, porque, hasta cierto punto, tiene la culpa de su desgracia; pero si la causa que le sacó de casa no fué el trabajo, sino una mala causa, como, por ejemplo, el juego o cosa así, en este caso, el pobre, lejos de merecer limosna, no merece sino la indignación del hombre sensato. Si después de este exámen resulta, por el contrario, que la desgracia del baldado ha sido inevitable, entonces el hombre sensato es verdad que ha gastado algún tiempo en sus investigaciones, pero también, en cambio, si el otro le daba al pobre cuatro o seis cuartos, él le da seis o siete.

Y volviendo ahora a Rafael y a Luisa, ¿quién ha tenido la culpa de sus desgracias, sino ellos mismos? Pues qué, ¿me quieren decir a mí que no hubieran podido ser felices si ellos se hubieran arreglado? ¿No habían llegado a Madrid con catorce o quince mil reales? Pues con esto podían haber vivido lo menos dos años, y en este tiempo haber trabajado uno y otro, que es bien seguro que no hubieran dejado de hallar en qué.

Y para probar que podían haber vivido dos años, voy a echarles yo la cuenta, y veremos si tengo o no razón.

En primer lugar, quito de sus gastos la enfermedad de Luisa, porque estoy seguro de que no la hubiera tenido si hubiera he-

cho una vida menos regalada y poltrona, y en seguida paso a decir lo que debieron hacer y cómo debieron vivir.

Así que llegaron debieron alquilar un cuarto amueblado, que como ellos hubieran traído sus camas correspondientes, les hubiera costado, echando por largo, seis reales. Bueno. Esto ya arreglado, echando siempre por largo, yo les sacaré la cuenta diaria, y sabremos lo que les hubiera costado su manutención.

Empezaré por el desayuno, y se le dará de chocolate, que es al que estarían acostumbrados. En esto no quiero yo que sufran privación ninguna. Yo quiero que tomen su chocolate correspondiente, si no tan bueno como el que hasta allí habían tomado, por lo menos arreglado a su posición. que no era ya la de antes. Pues bueno, en este supuesto, dos onzas de chocolate, a ocho reales libra, importan un real.

Pero mejor será poner aquí la cuenta diaria como ellos debieron haberla arreglado:

	Cuartos.
Chocolate	8 ½
Bollos	4
Pan	12
Carne	25 ½
Tocino	8 ½
Garbanzos	5
Verdura	2
Huevos	3
Aceite	10
Velas	2
Postres	4
Para especias, sal y otros gastos	3
Suma total.....	87 ½

Importa todo ochenta y siete cuartos y medio, que unidos a los seis reales de cuarto, hacen dieciséis reales y dos cuartos y medio todos los días, que yo quiero que importen al mes, por el pico de los dos cuartos y medio, que bien podría economizarse, quinientos reales justos.

He aquí demostrado matemáticamente, y cuidado que en las matemáticas no cabe engaño; he aquí demostrado que pudieron haber vivido Rafael y Luisa el tiempo que yo he dicho, aun cuando no hubieran ganado un cuarto, cosa imposible si ellos hubieran trabajado, como debían haberlo hecho.

Ellos, probablemente, hubieran respondido a estos sanos consejos míos que no habían nacido para esta vida miserable. Pero yo les hubiera contestado que nadie ha nacido para nada sino para vivir, y que el vivir se consigue comiendo, y que el comer es por sí necesidad tan grosera, que ni la pueden ennoblecen los más regalados manjares de los reyes ni la pueden humillar los deslavazados potajes de los pobres.

Ellos me hubieran replicado que, dejando aparte la comida, ellos habían nacido para gozar de otras satisfacciones; en una palabra, para hacer otro papel en el mundo. Y yo les hubiera vuelto a contestar que esos papeles vienen ya repartidos, yo no sé por qué primer galán, a este teatro del mundo, y que puesto que a ellos, por lo visto, no les había tocado buen papel, no tenían otro remedio que seguir representando el que tenían, porque la comedia estaba ya empezada, y el director ése de escena no se curaba del gusto o disgusto de los representantes, sino de que siguiera la función.

Ellos, entonces, jóvenes, llenos de deseos, de esperanzas, de ambición, considerándose y siendo, en efecto, capaces de desempeñar el papel que apetecían mejor que el que les habían dado, o no me hubieran creído, y entonces, de cien veces, noventa y nueve les sucede lo que ahora, o me hubieran creído, y entonces, viendo cara a cara la verdad, hubieran empezado por quejarse del director de escena, y después de mil pasos que hay para llegar a esto último, me hubieran pedido una soga para ahorcarse, y yo se la hubiera dado, y ellos hubieran hecho lo que hubieran querido, aunque yo

creo que habiendo tenido la fortuna de olvidarse nada más que un momento de estas verdades secas, no hubieran hecho nada en contra de sus almas.

Por supuesto, que todas estas cosas no vienen aquí a pelo, y mucho menos cuando yo sé ya todo lo que les sucedió de aquí en adelante a Rafael y a Luisa; pero, a mi entender, la moral siempre viene a pelo, de donde yo saco en consecuencia que la inmoralidad, su contraria, por ser en todo de ella diferente, ha de montar en silla, y no muy dura. Pero, fuera de broma, y dejando aparte estos juguetes de palabras, que no son más que despropósitos, yo creo que el que escribe, dondequiera que le venga bien, debe, sin detenerse, arrojar todo lo que de bueno se le ocurra concerniente a la buena moral, porque—y vaya una digresión—hay también moral mala, que es peor, si puede ser, que la inmoralidad, y tantos menos evitada cuanto menos conocida. Lo bueno, por supuesto que en todo tiempo es bueno, y a la moral buena le sucede lo mismo.

Hay, sin embargo, un codiguillo de recetas para hacer o no hacer, decir o no decir una porción de cosas, y a estas recetas quieren llamarlas moral, y a esta moral quiero yo llamarla moral vieja, y quiero tenerla tanta rabia, que se la tengo, y no me falta más que ayuda para echarla a puntaplés a los infiernos con todos los empíricos menguados que, armados de su receta, andan por ahí, molestando y ahullando, y no mordiendo a todo el mundo porque para el valor no hay receta, y ellos no tienen corazón para hacerle. Y si no tienen corazón, ¿quién inspira a esa gente las buenas acciones? Nadie se las inspira, y por eso no las ejecutan, y si no obran mal, que es la única bondad que en ellos tal vez se encuentra, a la debilidad de su miserable organización se lo debemos: el miedo sólo, no la virtud, los contiene, los embaraza y los sujeta. Su cabeza calculista les inspira, en cambio, infinidad de buenas palabras; pero estas palabras salen de su cabeza heladas, porque su cabeza, privada del amoroso calor del corazón, no es más que una sucia cobertera de un vaso tan sucio como ella, no es más que el remate de un mueble cualquiera, el remate de una estufa sin fuego.

Las estufas sin fuego, los órganos sin aire, los hombres sin corazón y otra porción de muebles por este estilo, a los que falta lo que esencialmente les hace servir de algo, son los más inútiles de todos. Yo, teniendo frío, daría la más rica estufa sin fuego por unos guantes de lana; daría el mejor órgano del mundo sin fuelles por un pito, y daría treinta hombres sin corazón por cada perro de estos que hay cariñosos y tratables.

Si todo esto que voy diciendo pareciera inoportuno, incoherente y desatinado, quisiera que los lectores me lo perdonasen, y para interesarles a mi favor quiero decirles yo mismo que, por todo lo demás, soy un buen muchacho, y que bien sabe Dios que soy capaz de morirme de sentimiento si dan en ponerme faltas. Ni puede ser de otra manera, porque yo escribo sólo para ganar gloria, y por ver logrado este devorador deseo que se ha engendrado en el sitio más caliente de mi alma, causándome desvelos notables y otros perjuicios, sería capaz de poner cualquier empeño con mis lectores para que yo les gustase.

Con algunos ya he puesto yo, a costa de una porción de pasos que he dado, buenas recomendaciones por medio, y han quedado en servirme.

En cuanto a los que yo no haya podido obligar con mis buenos modos, no puedo hacer otra cosa sino ofrecerme como su más agradecido ahijado y decirles que soy capaz, por atraerme su benevolencia, de ser amigo suyo, que no es poco sacrificio, atendiendo a que entre ellos habrá mucho hombre inaguantable y fastidioso a más no poder, aunque, por otra parte, de grandes prendas.

¿Y quién más afortunado que yo si qui-

sieran ser amigas más todas mis lectoras? ¡Por ellas sí que estoy yo dispuesto a dar más pasos que por mi gloria! Y puesto que tengo esta proporción, sea testigo todo el mundo a cuyos ojos lleguen estas letras de cómo me ofrezco por amigo de todas las mujeres mis contemporáneas, desde los nueve años hasta los noventa inclusive, descontando sólo un treinta y tres y medio por ciento que podré aceptar o no aceptar, pues para ello me reservo este derecho. No faltará quien no conciba por qué hago el sacrificio de ser el amigo de tanta niña y de tanta vieja; yo echo mis cuentas, y cargaría gratuitamente, después de la rebaja que el uso de mi derecho me concede, con las viejas, las feas y las niñas que pudieran entrar aun en el ciento; con las viejas, para aconsejarme; con las feas, para echarlas como perros a mis enemigos, y con las niñas, para educarlas de manera que al ser yo viejo, tuviera todavía amigas lindas que, ya que no con amor, suavizaran con cariño la rabia que yo deberé tener de no haberme muerto, si la vida se empeña en divertirse conmigo, haciéndome pasar por todos sus fastidiosísimos estados. Al fin, háganse amigas más todas mis contemporáneas, que lo demás corre de mi cuenta.

¡Oh mujeres! Yo bien conozco que me ha de perder el demasiado amor que os tengo; pero no lo puedo remediar, porque sois la única cosa casi buena que encuentro por acá abajo, y acaso—¡desgracia lamentable y digna de toda atención!—acaso el único lazo que me ata a la vida.

He observado, en algunos ratos de ocio en que paso el día; he observado con bastante disgusto que todas mis pocas esperanzas de felicidad, tanto las alegres y ligeras como las concienzudas, graves y profundas, como las de todas clases, cantan y danzan o hablan y se pasean por la cabeza o por el corazón, o yo no sé por dónde, hasta que, ya cansadas, aduérmense siempre entre faldas, y protegidas y arrulladas y acalladas por una mujer. Esto me da a mí muy mala espina, porque mucho me temo que el mejor día del año, en alguno de esos súbitos y ligeros movimientos tan peculiares a la mujer, deje caer al suelo la que las tenga dormidas en su regazo mis pobres esperanzas y me las estrelle. Quiere decir que cuando esto suceda me desesperaré, y éste es un gran trabajo para mí; pero desde ahora hasta entonces, sabed, hermosas mías, que soy vuestro más atento, fino, reverente, rendido servidor, amigo, esclavo, amante, todo lo que queráis, menos tercero, quitado el cual encargo, y algunos otros, me tenéis siempre complaciente y a vuestra disposición. Vivo en la calle de..., pero será mi mayor placer decirselo de palabra a cualquiera de vosotras que quiera saberlo.

Ahora, disculpado ya de mi inoportunidad, incoherencia, etc., etc., volveremos con gusto a mis reflexiones, que—¡es necesario desengañarse!—nunca están de más las reflexiones juiciosas para inculcar en los ánimos, sobre todo de los jóvenes, el amor a la vida metódica y arreglada y el odio al desarreglo y al poco juicio, moralidad que se saca del sucedido de Rafael y Luisa.

Pero a fe que me canso ya de escribir, y voy a dejarlo, porque me parece que no vale esto la pena de estar aquí encerrado por el bien del género humano, que es lo que yo aquí me propongo, cuando lo mismo le da al género humano que yo le corrija después que ahora.

Voy, pues, a distraerme de mis profundas meditaciones, entregándome a los placeres con que convida esta excelente corte de Madrid, centro de toda diversión inocente, contando entre ellas el divertido Liceo Artístico y Literario, extremo de civilización y de buen gobierno y medio de irse un hombre, viviendo en ella, o al infierno derecho y desesperado, o al cielo también derecho, si muere con todos los sacramentos y ha llevado con paciencia una porción de cosas. Corte es ésta, en fin, que si se quemara... se quemaría y nada más.

VII

Cuatro o seis días después de la noche en que Rafael contó su historia a don Ramón entró éste un día muy contento en casa, fuese derecho al cuarto de Rafael y le dijo:

—Amiguito mío, que el diablo me lleve si antes de muy poco tiempo no es usted feliz.

—¿Pues qué hay?—dijo Rafael con una expresión de anhelo infantil, dejando la pluma en el tintero y levantándose de la mesa en que el pobre estaba traduciendo.

—¿Qué ha de haber?—respondió don Ramón—. Nada, sino que se me ha ocurrido un medio por el cual puede usted salir de esta situación.

—No le veo—dijo Rafael, perdiendo toda su alegría al oír que no había nada de positivo, sino un medio de salir de su situación, es decir, una esperanza. La esperanza era una cosa que desde que había visto tantas burladas le causaba más dolor que placer, y si hubiera podido hacer, aun cuando hubiera sido con sangre suya, una esperanza material y sensible, la hubiera hecho para tener el placer de patearla y escucharla.

—Pues yo sí le veo—dijo don Ramón—. Ante todas cosas, dígame usted, Rafael, ¿está usted seguro del cariño de Inés?

—¿Y qué tiene que ver Inés ni su cariño con mis desgracias? ¡Ah! Ese mismo cariño es la mayor de todas ellas... mi corazón...

—Vamos, dejémonos de corazones; responda usted a mi pregunta. ¿Está usted seguro del cariño de Inés?

—Sí, señor. Bien, ¿y qué?

—Allá voy, señorito, allá voy; vamos por partes. Y dígame usted, si usted quisiera casarse con ella, ¿querría ella casarse con usted?

Quedóse un rato suspenso Rafael, y por fin dijo:

—Hasta ahora no se me había a mí ocurrido otra cosa más que amarla.

—Nada tiene eso de particular, porque a usted no se le ha ocurrido nada bueno en toda su vida; pero ahora que se me ha ocurrido a mí, dígame usted, ¿se casaría usted con ella?

—Eso es imposible, señor don Ramón.

—Pero si fuera posible, ¿se casaría usted con ella?

—Yo la quiero con todo mi corazón...

—Pues bien, ahora es necesario que la quiera usted también con la cabeza, y trate usted con mucho juicio de casarse con ella. Ella es rica, ¿no es verdad?

—Señor don Ramón, eso es indigno de mí; yo jamás...

—Pues señor don Rafael, quede usted con Dios, y puesto que es usted un niño incorregible y empeñado en ver otro mundo del que hay, con su pan se lo coma, y no vuelva usted a fastidiarme con sus quejas.

Hizo un movimiento para marcharse don Ramón, y Rafael le detuvo diciéndole:

—Pero ¿no conoce usted que, por más que yo quisiera seguir su consejo, me es absolutamente imposible en mi estado actual?

—¿Y cuál es ese estado, criatura?—le dijo con cariño don Ramón.

—¿Cuál es?—respondió Rafael, echándose a sí mismo una ojeada—. Mi estado actual es éste: el de no tener más que este traje, el de no tener nada de lo necesario para salir de casa, como no sea por la noche, y aun así hay momentos en que al ver mi sombra se me enciende la cara de vergüenza bajo el embozo sucio de mi capa raída. ¡Mi estado actual es éste, éste, éste! El de estar desesperado ahora que usted me le recuerda. ¿Y quiere usted que así vuelva a ver a Inés? Quiere usted que así la pida en matrimonio, para que me den, en lugar de eso, una limosna, y tenga yo que aceptarla, porque a eso voy, a pedir una limosna, y nada más que una limosna. Nunca, nunca lo haré; no puedo hacerlo; mi corazón, que la adora, es un corazón bueno, generoso; un corazón que me haría seguirle si ella fuera desgraciada, pasando por todas las miserias de la vida; pero un

corazón que jamás la seguirá en su felicidad a costa de tener que olvidar sus sentimientos purísimos, para acordarse ni por un momento de la más despreciable de todas las cosas: de la riqueza.

—Usted es un niño que se exalta por cualquier cosa—le dijo don Ramón con cierta severidad desdeñosa—. Nada de todo eso que está usted ahí diciendo viene al caso, y estoy yo tan lejos de aconsejarle a usted eso, que, por el contrario, sólo en gracia a los sentimientos nobles que usted ha manifestado le perdono la ofensa que me ha hecho suponiendo en mí ideas que ni joven ni viejo he tenido, ni tengo, ni tendré jamás. Pero dejemos esto, que ha sido en usted un olvido de que yo soy también un caballero, y hablemos sin acalorarnos.

—Señor don Ramón—le dijo Rafael, que había escuchado con una satisfacción indecible las sposedadas palabras del buen militar—, nunca he creído yo que usted pudiera aconsejarme nada indigno de usted: mis palabras iban dirigidas a mí mismo, a mi mala suerte, y quisiera poderle a usted probar en lo que le estimo para...

—Ea, dejemos eso—dijo don Ramón, volviendo a su estado de calma benigna y apretando la mano de Rafael—. Usted es un joven bueno, noble, todo lo que usted quiera; pero tiene usted un defecto, y es que, por falta de experiencia, no mira usted por todos sus lados las cosas antes de juzgarlas buenas o malas. En este caso estamos ahora precisamente. Lo que yo le he propuesto a usted, tomado como usted lo ha tomado, es todo lo malo que puede ser, pero hay otros lados por donde mirarlo, por los cuales no se presenta con tan suicio aspecto. Escúcheme usted, y verá cómo tengo razón. El amor que usted tiene a Inés es generoso, es grande, es todo lo que usted quiera; pero todo esto está a mi favor, porque no sé yo qué es lo que va usted a hacer de tanto y tan buen amor, si usted no se casa con la mujer a quien así ama. El simple amor, amiguito mío, es decir, el amor no mezclado con una porción de cosas de que se hace el matrimonio, es acaso el amor menos simple, pero le sucede lo que a los perseguidos por la justicia, que siempre tiene que andar ocultándose si no quiere ser molestado por los varones justos. Hay, además de esto, en este amor una parte muy grande de pecado, y no creo yo que a sabiendas, y por quitarme allá esas pajas, vava usted a indisponerme con la corte celestial, cuando tan fácil le es a usted hacerlo todo bien, con arreglo a las leyes divinas. El mejor modo, pues, de dar giro a ese amor es el que yo le propongo a usted: es el de casarse con Inés. Para esto no necesita usted humillarse ni cometer ninguna bajeza ni cosa que lo valga; no necesita usted sino decidirse a acometer una de las más grandes empresas que el hombre acomete: decidirse a tener una mujer por inseparable compañera. Esto, además, es para el mal de amor de usted un remedio como otro cualquiera; enfermo hay que tiene que llevar toda su vida una cataplasma en el estómago. Siento mucho que le repugne a usted este lenguaje, pero esto lo digo porque pudiera muy bien suceder que usted tuviera alguna repugnancia al matrimonio. Desengáñese usted, Rafaelito mío: éste es el único medio de que usted consiga ser feliz, tanto espiritual como corporalmente. Es necesario que, dejándolo todo a un lado, se case usted. ¿Qué diablos! ¿no quiere usted a esa muchacha? Si usted no la quisiera, entonces habría bajeza en casarse con su dinero; pero amándola de todo corazón, ¿tiene usted más que no acordarse de nada, sino de su amor? Dígame usted, si usted fuera rico y ella pobre, ¿no se casaría usted con ella?

—¡Mil veces!—respondió Rafael con entusiasmo.

—Pues entonces—continuó don Ramón—, ¿dónde está la bajeza?

—Pero, bien—dijo Rafael, mordliéndose las uñas—, aun cuando mis sentimientos sean los más nobles, en el estado en que es-

toy, ¿no tendría razón el mundo para desconocer su pureza?

—Del mundo, querido mío, espere usted de todas maneras mil injusticias, y haga usted todo lo posible por no ser pobre, porque si no, no solamente será con usted injusto, sino que añadirá a su injusticia la crueldad más refinada.

—Al fin, señor don Ramón—dijo Rafael, como queriendo terminar la conversación—, hay, además de todo esto, una razón que será pequeña y todo lo que usted quiera, pero que me sujeta y que me forzaría a renunciar a todas las felicidades del mundo. Antes de presentarme yo a Inés con esta facha me dejaría ahorcar cien veces. Para llevar amor a una mujer es necesario que vaya rodeado de ricas telas, elegantemente perfiladas, y envuelto en una nube de delicadísimas esencias; pero así como estoy, lo que se inspira a una mujer es desprecio, y nada más que desprecio, porque no estoy bastante destrozado para inspirar compasión.

—Yo quiero—dijo don Ramón—que sea verdad lo que usted dice, que también puede ser mentira; pero, dígame usted, ¿y si pudiera llevar su amor envuelto en todas esas zarandajas?

—Eso es imposible.

—Pues no hay nada más fácil. Oígame usted. Si yo tuviera dinero, desde luego se lo daría a usted; pero no lo tengo, y lo único que puedo darle es buenos consejos y un medio que se me ha ocurrido para salir de todas estas dificultades. Pues señor, al pasar hoy por una calle vi que se apeaban de un lindísimo landó una lindísima mujer y un barbarote de un muchacho de unos veintiséis años, más feo que Píclo y más innoble que los lacayos. Desde luego me chocó el contraste que hacían con las delicadas formas de la mujer los abultados y torpes miembros del hombre, que iba echando a perder con su sudor un riquísimo traje que perdía toda la elegancia de su forma, inutilizando los desvelos del desventurado sastre al caer sobre el molde antisocial de aquel zoque. Figuréme que aquella desigual pareja serían marido y mujer, y siguiendo mi camino, iba pensando en una porción de cosas concernientes al matrimonio y al amor y a la brutalidad y a la fealdad que van en coche con la elegancia y con la hermosura. Como siempre que pienso en el trastorno de la sociedad, me acuerdo de ustedes desde que sé su historia, se me vinieron al momento a la imaginación ahora también sus aventuras. Empecé comparando la figura de aquel bruto con la de usted, y de aquí fui sacando consecuencias, hasta que vine a parar en la consideración de que llevándole usted a aquel bárbaro feliz todas las ventajas que puede llevar un arcángel a una rana, estaba usted, sin embargo, condenado a enviar su coche, su mujer y sus galas. ¿Es posible—me decía yo a mí mismo—que mientras el pobre Rafael está metido en casa muriendo de fastidio y de inacción ande por ahí un bárbaro como éste, autorizado con su frac para parecer caballero? Esta idea del frac me trajo a la memoria el amor que usted tiene al lujo y el odio con que mira a esa desgraciada levita. Y, en verdad, que el mayor disparate que usted ha hecho ha sido vender toda la ropa,

—Cuando la vendí—dijo Rafael—, mi único pensamiento era el dinero, y aunque después conocí que la ropa es poco menos necesaria para andar por el mundo que las piernas, y pude haber mandado hacer más al mismo sastre que me había hecho aquella, con quien ya tenía yo derecho para contraer una deuda, por haberle hasta allí pagado puntualmente, sin embargo, no lo hice, por temor a las trampas, que son cosa opuesta a mi carácter. Pero, volviendo a nuestro asunto, a la verdad que no sé en qué puede venir a parar todo eso que usted me cuenta.

—Paciencia, señorito, que a mí me gusta mucho ser ordenado en todas mis cosas, y por nada de este mundo cambiaría yo mi lógica. Todo esto viene a parar en que, de

resultas de haber visto a aquel hombre tan feo y de tan mal tono, que, merced a su dinero, tenía, sin duda, en la sociedad todo lo que en ella se puede tener, es decir, trato de gentes, una mujer bonita y medios de trasporte, cosas todas despreciables para mí, que tengo esto que se llama trato de gentes, por un castigo del cielo, porque no nací para mercader, y en este trato, como en todos, sólo se trata de comprar y vender, como en las ferias donde hay trato de bestias, sin más diferencia que la de ser allí comprados y vendidos caballos, mulas y otros animales, y hacerse todas estas cosas en el trato de gentes con hombres, que para el caso es lo mismo. Para mí, como iba diciendo, que aborrezco el trato de gentes, para quien las mujeres, feas o bonitas, no pasan de ser unos chismes inútiles, no valen nada todas estas cosas, que son una especie de antojo de embarazada para algunos hombres, como usted, por ejemplo. De resultas, pues, de haber visto a aquel hombre que tenía todas estas cosas contra todas las leyes de la Naturaleza, vine a deducir que usted podía tenerlas con justicia, y que para ello no le faltaba a usted más que dinero. Al momento me acordé de los amores de Inés, que tenía lo que a usted le faltaba. "Si logra casarse con ella—pensaba yo—, cosa que no es difícil, puesto que ella le quiere y es casi dueña de su voluntad, porque a una tía y a un tutor, o se les compra o se les da un puntillón en caso necesario, ya tenemos a Rafael fuera de todas sus desgracias y en su puesto. No crea usted que dejé de pensar en todos esos inconvenientes que usted ha encontrado, porque le conozco a usted y le quiero de veras. Me puse, pues, a pensar en el medio de que en todo esto no hubiera para usted más que amor. Después de mil reflexiones, hallé que lo peor de todo era que usted estaba separado de la sociedad en que se había colocado al principio, sociedad que, por lo mismo que era alta y poderosa, no le servía a usted de nada, ahora que usted estaba muy bajo y muy débil, porque es la sociedad una especie de cuerda tirante, que cuanto más alto está, más fuerzas necesita el pobre titiritero para bailar en ella. Medité un poco sobre esto, y hallé que en la sociedad de usted la fuerza más poderosa, el balancín indispensable para guardar el equilibrio eran unos cuantos trapos cortados de éste o del otro modo y acomodados sobre el pobre cuerpo humano, que desnudo y por sí parece que no vale cosa. Entonces me di a mí mismo la razón de cómo usted, a pesar de todas sus disposiciones y facultades, había venido a caer, rompiéndose el alma, desde su tablador, habiéndose imprudentemente quedado sin ropa, sin balancín para guardar el equilibrio y seguir haciendo sus piruetas en la cuerda en que bailaba. Lo mismo le sucedió a un aprendiz de volatín de que nos habla una fábula. Los aprendices de todas las cosas siempre son confiados, como ignorantes que están de lo que una causa mezquina puede valer en su arte.

"No hay cosa en este mundo que no esté enlazada esencialmente con alguna pequeñez, y si así sucede, ¿qué se ha de hacer? ¡Paciencia y barajar! Razón tiene usted para impacientarse; verdad es que estoy un poco pesado, pero éste es mi carácter, y además quisiera yo enseñarle a usted a meditar un poco más sobre todas las cosas y a no ser tan ligero de cascos.

"Pues señor, como iba diciendo, al momento conocí que estaban enteramente cortadas todas las comunicaciones entre usted y su sociedad, vea usted, ¿quién lo diría!, por la simple falta de ropa. A este muchacho, me decía yo, no le falta ni carácter, ni querida, ni amigos, ni protectores le faltarían tampoco, si su orgullo no necesitara ir protegido por un frac para no estar ni un punto más abajo, a su parecer, que aquel que le protegiera. ¡Maldito orgullo! Pero al fin le tiene, y es necesario ver como, con él y todo, le sacamos adelante. Me parece que no puede usted pedir de un viejo como yo, sino que transija con las faltas que hay

en el carácter de usted. Pues, señor, sabido ya todo esto, me di el parabién de haberlo averiguado, y al momento se me ocurrió que era sencillísimo el medio de que usted volviera al mundo a tentar fortuna, pues aun cuando le falten a usted todos sus amigos, tiene usted la otra esperanza de su querida, y si le falta a usted todo, entonces quiere decir que está usted predestinado a ahorcarse, y en ese caso se ahorca, y Cristo con todos, que para eso no le ha de faltar a usted protección; al contrario: la tierra, el cielo y, sobre todo, los hombres le convidarán a usted amablemente a hacerlo del modo que usted encuentre más suave y más blando y más regalado. Pero yo tengo esperanzas de que hemos de lograr nuestro objeto. No hay más que hacer sino ponerse muy majó, y con esto y con lo que su desgracia, que es gran maestra, le pueda haber a usted enseñado, aprovechar el tiempo y no dejar que la cabeza se vaya a pájaros, sino sujetarla a que piense en una sola cosa y obligarla a que aplique toda la energía que pierde en una porción de pensamientos vagos y aéreos a un objeto macizo, con su correspondiente latitud, longitud y profundidad, capaz, por consiguiente, de peso y medida, como lo es el matrimonio, que es en lo que yo quiero que piense usted ahora. Para esto hay la fortuna de que ni aun tiene usted que acudir a su antiguo sastre, que puede que por no mandarle hacer nada sin poderle pagar a tocateja fuera usted todavía tan niño y tan pobre hombre que anduviera dudando, sin pensar en que al bienestar de un hombre como usted pueden sacrificarse sin remordimiento de conciencia de veinte a veintiumil quinientos sastres, con todas sus familias, herederos y sucesores.

"Yo creo que, rebajado el pico, hay justicia en lo que dice don Ramón. Apuradamente, nunca pagarán estos malos cristianos lo que hacen padecer al mundo con sus equivocaciones, con sus enmiendas, con sus mentiras y con sus cuentas, que son tan exorbitantes y tan disparatadas como las del Gran Capitán al rey Católico, que merecía mejor, por su mezquindad y real ingratitud, estas pesadas bromas de su generoso caudillo que no un pobre parroquiano de su sastre, que nada ha hecho por él, sino urgarle, medirle y cincharle y otra porción de judiadas, sin darle reinos ningunos, sino tormentos, rabetas y sinsabores. Estoy de tan buen humor, que si no fuera porque tengo gana de concluir el cuento, que ya me va a mí mismo fastidiando, había de poner aquí una especie de legislación excepcional, con la cual creo yo que se conseguiría que los sastres sirviesen mejor a los hombres.

No quiero personalidades, y así, advierto que si algo malo digo de los sastres, no es de los sastres presentes, sino del ente moral del sastre, pues ni por el pensamiento puede pasarse hablar mal de los sastres vivos, entre los cuales confieso que hay quien tiene tanta y tan merecida reputación que apenas la aumentara aquí mi pluma, entregando los nombres célebres, con mi obra, a quien los quiera coger después de salidos por las yo no sé cuántas bocas de las yo no sé cuántas trompetas de la fama, prostituta indecente que se vende de mil maneras, y que ahora se venderá con el cuerpo de mi cuento, que es este cuadernillo, en las mismas Norerías en que él se venda; y digo el cuerpo, porque el espíritu quedará en mi poder para no venderle nunca, ni con fama ni por separado.

¡Oh tú, Utrilla, querido sastre mío! ¡Recibe la enhorabuena que te doy de tus pocos comunes talentos! ¡Bien sabe el mundo elegante cuánta es tu superioridad en el arte al resto de tus compañeros! Y bien sabe Dios que a ponerte a la cabeza de todos no me mueve a mí el amor de parroquiano; muéveme sólo el amor a la justicia que debe hacerse a tu mérito intrínseco. ¿Quién posee como tú el secreto de que la ropa se cifa al cuerpo como... ¿cómo diré yo? Pero teniendo esta entonación algún carácter poético, creo que no haré mal en decir, et-

cétera, etc., etc., se cifa al cuerpo como la yedra al olmo. ¡Tú, que con esto logras que las piezas salidas de tu taller tengan toda la elegancia que en tus artísticos sueños imaginas, sin el amaneramiento que tanto se opone a la verdadera elegancia! ¡Tú, en fin, tú, a quien yo ahora me dirijo, tú eras casi el bello ideal del sastre! ¡Tú te has hecho superior a este siglo en que se está cerniendo el porvenir del mundo; este siglo que no hace más que prometer sin cumplir, y separando tu causa de la de todos tus compañeros que mienten con el siglo, que los envuelve en su marcha, así como a los gobiernos que también van envueltos, como los malos sastres, en los embustes de la época, separándote del siglo, de los sastres y de los gobiernos cumples tú religiosamente tus palabras, portándote como debes y sin atender a más!

Pero ¿qué puedo yo decir de ti, famoso Utrilla, que no se haya dicho ya en los pocos salones que en la corte tenemos, donde se introduce el delicado y pulcro espíritu tuyo, que reside en todo cuanto corta tu angelical tijera sobre los cuerpos de los pocos elegantes que tenemos en la corte! ¡Allí es donde absolutamente reinas y donde por unanimidad y sin contradicción eres respetado como rey del arte!

Sabe, amigo mío, que no a todos los reyes les sucede lo mismo; pero es, sin duda, porque no presentan al público obras tan buenas y tan acabadas como las tuyas.

Adiós, Utrilla, adiós, que a quien con justicia pueden tributársele las anteriores alabanzas no he de ir yo a ponerle el pequeñísimo defecto de que por vanidad y despreciándole no quiere poner en su corona el florón bellissimo que podía añadirle si cortara él mismo con cuidado los tan necesarios y por él tan desatendidos pantalones!

También de ti me acuerdo, caro y carísimo Rouget, pero sigue vendiéndote caro, que bien lo merecen tus ricas telas, y yo entretanto me vuelvo a mi cuento, que, por desatendido, estoy viendo que me va a salir como los pantalones en que Utrilla no se interesa.

Don Ramón, que hablaba a Rafael de que no necesitaba mandar hacer la ropa a sus sastres, siguió diciendo así:

—Afortunadamente, tengo yo un amigo, a quien nunca hubiera conocido acaso si mi desgracia no me hubiera traído a vivir a este zaquizamí, y éste justamente es el que nos ha de servir más que todos los amigos que hemos usted y yo tenido en nuestros buenos tiempos. En el piso principal de esta casa vive un buen viejo con quien yo he contraído casi intimidad, de resultas de ser vecinos. Es un buen hombre que ha sido sastre, y que cuando se ha hecho rico ha dejado el taller a un hijo suyo, y él se ha retirado a vivir independiente con su buena mujer a esta casa, que es suya, donde están los dos tan a sus anchas y tan contentos como nosotros en un palacio. Yo, con mis tres galones y todo, les he hecho algunas noches la tertulia y me he sentado a su brasero, que, por señas, es mejor que el nuestro. Son unos buenos viejos, muy honrados, muy temerosos de Dios, y yo le aseguro a usted que he pasado muy buenos ratos en su salita abrigada y adornada con sus escapates del niño Jesús y de la Divina Pastora en los rincones, con su mesita de nogal con embutidos en medio, con su reloj de pared sin caja y con su sofá y sus sillas antiguas de damasco encarnado. Algunas veces les he envidiado en medio de la paz que allí reinaba, y sólo me he consolado con el pensamiento de que los tres éramos tan pobres viejos. Pues, señor, con estos viejos, por la parte que tengo de viejo, he hecho tan buenas migas, que todos tres nos queremos como buenos amigos. El señor Lucas y la señora Josefa tienen casi su vanidad en ser amigos del señor coronel don Ramón, que es para ellos un hombre muy llano, y el señor coronel don Ramón les quiere también mucho y habla pacíficamente con ellos del bueno y del mal tiempo, de las cosechas y de otras cosas así. Los niños y los viejos se hacen muy pronto

amigos: los unos emplezan la vida y buscan con quien pasarla; los otros la acaban y se reúnen fácilmente, como buenos compañeros de viaje. A mi buen amigo el señor Lucas pienso recurrir ahora, y estoy seguro de que me servirá. Haré que hable a su hijo, que es uno de los mejores sastres de Madrid, y se hará usted toda la ropa que necesite al fiado. Como tengo tanta confianza en que esto ha de producir buenos resultados, yo salgo por fiador con el señor Lucas de que usted pagará a su hijo fiel y religiosamente cuando tenga dinero. Yo inventaré cualquiera historia y se la contaré, para que usted no haga aquí el papel del pobre. Me parece, amigo mío, que no puede usted desear más. Entre todos los viejos de este mundo, puede que no haya tres que, después de saber lo que usted ha hecho, comprendan tan bien como yo su carácter y su posición. Gran fortuna ha sido la de usted en dar conmigo, que puedo, con todos mis años, ponerme al nivel de usted y prestarle al mismo tiempo toda la experiencia y conocimiento del mundo que a usted le falta. Si usted, después de esto, quiere seguir mi consejo, yo le ofrezco a usted mi ayuda para guiarle en el asunto del matrimonio en el caso de que haya obstáculos que vencer. En los matrimonios, después del amor, intervienen padres, parientes, tutores, escribanos, curas, sacristanes y monaguillos. Usted sólo tiene que entenderse con el amor, que es de lo que puede saber algo; de la otra parte positiva sé yo más, y si fuere necesario, le ayudaré a usted a burlarse de ella con mis buenos consejos de viejo corrido.

Con atención había escuchado Rafael lo que el buen coronel le había dicho, y hablando en todo ello un fondo de verdad y un cariño grandísimo de parte de quien tanto había pensado en su provecho; por convicción y por agradecimiento, adoptó el plan de don Ramón, y se propuso salir con sus esperanzas cuerdas del estado a que le trajeron sus esperanzas locas.

Llamólos a esta sazón para comer Luisa, que tenía la pobre los ojos hinchados de trabajar.

¡Desgraciados cuanto hermosos ojos negros! ¡Vosotros habíais nacido para ser agitados tan sólo por el placer o por el dolor!

VIII

No había pasado mucho tiempo, aunque sí con el irritante paso de tortuga para Rafael, desde que le dejamos, cuando un día, a eso de la una de la mañana, estaba muy afanado al espejo viendo el modo más elegante de juntar en un lazo las dos puntas de su corbata. Pudo lograrlo al fin, y después de puesto un delicadísimo chaleco y un amable frac (1), quedó con su rica camisa de batista, porque lo que es de ropa blanca no había vendido un hilo, quedó nuestro Rafael que no había más que pedir ni de nobleza, ni de elegancia, ni de nada. Apenas se hubo vestido cuando salió de casa y dejó a su hermana leyendo, no trabajando, porque desde que habían empezado todas estas cosas, ni Rafael había vuelto a su fastidiosa traducción ni había permitido que Luisa se echara a perder los ojos atareada en sus labores, a las que se dedicaba la pobre sin melindres, con cierta paciencia y resignación de buen tono, pero que indudablemente la eran odiosísimas y la secaban el alma.

No dejó Rafael de notar, suspirando, el ridículo que había en salir tan elegante de una casa como aquella, siendo la tal casa vivienda del elegante; pero bien pronto su disgusto se trocó en una risita jocosa y amarga, con la cual aceptaba éste y otros muchos ridículos. Tomó con esta risita el camino... ¿Qué camino había de tomar, sino el de la casa de Inés?

No fué poca la inesperada alegría que

ésta tuvo al verle, comparable sólo con el profundo gozo que él experimentó.

Las mujeres no suelen tener gozos profundos; todas sus sensaciones de placer son pura alegría. Esto es lo que a mí me parece, porque lo que es de positivo, ni yo ni ningún hombre sabemos nada acerca de su parte moral. Quiero tanto a las mujeres, que no está en mis manos el dejar de analizarlas y descomponerlas siempre que se me presenta ocasión.

Alegróse, pues, nuestra niña, y mientras ella, en su alegría, no pensaba en otra cosa sino en mirar la bonita figura de Rafael, su tía le preguntaba la causa de su tan pronta vuelta, cómo estaba su hermana, a quien ella no conocía, y otra porción de cosas que en resumidas cuentas nada la importaban. Rafael, que ya había pensado en todas estas preguntas, fué colocando las respuestas que había imaginado en su lugar correspondiente, ensartando una tras otra una porción de mentiras que era un cargo de conciencia, y entre ellas, la de que había venido solo y que su hermana no vendría hasta después de uno o dos meses. Nada más hubo de particular en esta visita, si no se quiere que deje de ser general el que Rafael e Inés, aprovechando un momento en que la tía buscaba yo no sé qué cosa por la sala, se dieron un beso suavísimo y mudo.

Si algo de malo hay en esto, que yo creo que sí, preciso es decir que Rafael tuvo toda la culpa, porque la pobre Inés, cuando quiso recordar, ya tenía los labios del atrevido muchacho sobre los suyos y había soltado el beso.

Salió de allí Rafael lleno de esperanzas y completamente feliz de presente. Al volver a su casa encontró a algunos amigos por las calles. Fué repitiendo a todos sus mentiras, y en cuanto al fatal secreto de su casa, sólo dijo que vivía en la de un compañero de viaje que tenía casa de huéspedes, pero que era muy mala y que se iba a mudar de un día a otro.

Mucho había aprendido Rafael en poco tiempo de desgracia. Yo tengo para mí que si algo de cierto tiene eso que suele decirse de que los hombres de talento son pobres, consiste en que todos los pobres son hombres de talento como quien tan en juego tiene siempre su imaginación para hallar recursos y expedientes de vida. Lo cierto es que Rafael, que no había sido nunca tonto, era ahora discretísimo, y que durante una buena temporada, en que se vió precisado a desenvolver cierto carácter embrollón para salir de una porción de apuros en que le ponía su situación, se portó como si toda su vida se hubiera visto en ello.

Cuando entró en su casa le esperaba con impaciencia don Ramón para preguntarle lo que había sucedido. Le llamó Rafael a su cuarto, porque desde un principio, con la delicadeza de su carácter, no había querido que Luisa supiera ni una palabra de esta trapisonda, y allí le dijo todo lo que había pasado, incluso lo del beso, que tantas esperanzas le daba.

Es verdad que esto se lo dijo muy de paso, así como escapado en medio de su entusiasmo amoroso; pero con todo, fué muy mal hecho, y harto será que no fuera malo, como amante, el carácter de Rafael.

Fueron después a comer, y en la mesa, para engañar a Luisa, habló también Rafael de mil mentiras que ella acaso no creía, pero que la ocultaban la verdad. En esto daba Rafael una prueba de respeto a su hermana que le hace mucho favor, pues conocía que hay negocios que aunque nada de particular tienen para los hombres, no pueden ser explicados a las mujeres sin vulgarizarlas.

Aquella misma noche vió otra vez a Inés en una sociedad, donde Rafael se divirtió todo lo que podía divertirse, porque a pesar de que él se había decidido a cambiar de carácter en una porción de cosas, todavía, sin embargo, sentía de cuando en cuando

sus punzadas de lo que don Ramón hubiera llamado tontería. Pero, en fin, se divirtió, habló mucho, se vió hasta obsequiado por sus antiguas amigas, y no contribuyó esto poco a que Inés se manifestara más amorosa y a que, a pesar de todos los inconvenientes, que no son pocos, para los pobres amantes, delante de gente, tuvieran una conversación que había sido acaso la más positiva que hasta allí habían tenido. Toda la felicidad del amor le estaba entrando a cántaros a Rafael por los oídos, por los ojos y por el olfato, y no por los otros sentidos, porque el gusto y el tacto son más exigentes y no se contentan ni con palabras ni con reflejos ni con aromas.

Mientras de tanta felicidad gozaba Rafael, es de suponer que el buen sastre, que indudablemente se la había dado, estuviera "trrin trrin, tris, tras", con sus tijeras, sin conciencia de lo que hacía ni de lo que podía hacer.

A todos los genios les sucede lo mismo.

Se acabó la fiesta, y volvió nuestro elegante y obsequiado Rafael a su pobre casa, costándole no poco trabajo escaparse a su rincón, contestando a algunos de los que con él salían, que le preguntaban:

—¿Dónde está la casa de usted? ¿Vamos por el mismo camino?

—No—decía Rafael—, no voy ahora a casa; voy...

—Pues—le interrumpían—va usted por ahí, amigo, feliz usted. ¡Quién fuera como usted! ¿Y quién es ella, porque Inés no será? No, pues yo le voy a seguir a usted los pasos.

Y por este orden oía Rafael otra porción de tontísimas bromas, insípidas y sin gracia, que tanto abundan entre la gente que se llama de buena sociedad, en la cual hay cada tanto y cada impertinente y cada hombre sin educación de caballero, que yo no sé cómo puede ser buena. Al fin, lo mismo esta noche que todas las demás, logró Rafael zafarse, haciéndose el indiferente y huyendo como del fuego de las amistades íntimas.

Siguió haciendo esta vida una porción de días, siempre muy elegante y casi casi con lujo, porque con seis o siete mil reales que importaría la cuenta del sastre estaba al nivel del más pintado, pues, afortunadamente, no se acostumbra a llevar puesto más que un traje, y no se ha dado en la moda de llevar los elegantes dos o tres mulos cargados detrás de sí con el resto de su voluminoso equipaje. No llevaba diamantes, ni cadenas, ni sortijas; pero ya tenía él buen cuidado de hablar, siempre que se ofrecía ocasión, muy mal de todos estos enredos, como indignos de la sencillez con que debe vestirse un hombre de buen tono.

No creo yo que los diamantes y otras cosas así, colocadas con buen gusto, estén refidas con el buen tono; pero todo el que no las tenga debe ser de la opinión de Rafael, porque menos le cuesta esto que comprarlas.

Poco a poco, o, por mejor decir, mucho a mucho, fué menudeando nuestro joven las visitas a casa de Inés, y ya lo llevaba todo muy adelantado con ella, y, a decir verdad, sin haberse acordado más que de su amor, cuando un día su tía, que era una de estas tías comunes, aunque con sus pretensiones de aristocracia, le llamó aparte y le preguntó (pregunta formulada para tales casos, lo menos hace ya treinta siglos, entré la gente honrada), le preguntó con cierto aire de reprensión que con qué intenciones iba a su casa.

Amante ha habido que, estando un poco fastidiado de la niña y de su familia, y no pensando en el matrimonio, por no mentir, ha respondido la verdad, y ha dejado helado con su pectoral franqueza al virtuoso preguntante. Pregunta es ésta que ha venido a importunar a mil amantes menos decididos y que no sabían cuáles eran sus intenciones.

Afortunadamente, Rafael tenía sus in-

(1) En aquellos tiempos se iba de frac a las visitas de mañana. ¡Cuánto puede aprender el lector aplicado de novelistas de costumbres!

tenciones correspondientes, y por la santidad de su fin podía confesarlas sin ruborizarse. Así es que respondió con sencillez: —Nuestras intenciones, señora doña Isabel, son las de casarnos.

—¿Conque ella también?... ¡Oh, tonta de mí, que por mi indiferencia tengo la culpa de todo! ¡Pues no, no será, no será! ¡Usted es un seductor!—exclamó la buena de doña Isabel con una rabia que daba risa.

A Rafael, que estaba muy sereno, gracias a las instrucciones que don Ramón le había dado para esta esperada escena, le hizo mucha gracia aquello de llamarle seductor.

¡Oh pasiones, y cómo trastornáis el sentido de los humanos! ¡Seducitor un hombre que trata de llevar al pie de los altares, y desde allí a su casa, a la querida de su corazón! ¡Seducitor un pobre hombre que ha sido seducido hasta este punto por una mujer que sabe Dios cómo le saldrá! ¡Seducitor a quien, por el contrario, le cae la mala suerte de estar siempre velando si no quiere que su mujer sea seducida por un verdadero seductor, a quien todas las mujeres casi se rinden bien sabe Dios que contra su voluntad y contra lo que su obligación les pide, pero a favor de lo que las piden otra porción de cosas suyas! No hay valor para sufrir, ni aun en chanza, esta infernal injuria que doña Isabel arrojó sobre el pobre Rafael, que es bien seguro que, a no haber estado enamorado como un tonto, ni por todos los tesoros del mundo hubiera vendido su libertad, empeñando al mismo tiempo su honra en manos de una mujer, criatura débil, delicada, temerosa, asustadiza, inocente y simplecilla, cualidades todas que se están brindando a que un hombre, criatura, por el contrario, fuerte, grosera, impávida, serena, dañina y compuesta de otra porción de cosas, venga y se lleve por delante la honra y la mujer y todo lo que encuentre.

No se enfadó, con todo, Rafael, sino que suavemente, y guardándola mil consideraciones, trató de convencer a doña Isabel de que aquello no era una seducción, sino todo lo contrario. Hablaba, en fin, con tanto comedimiento, se vio ella tan apurada para dar razones en contra del matrimonio de su sobrina con un muchacho tan guapo, tan atento, tan cortés, tan caballero y, por su porte, tan bien acomodado, que en vez de prohibirle la entrada en la casa, como al principio había dicho, esto quedó reducido a que no volviese tan a menudo, y en cuanto al matrimonio, dijo doña Isabel que ella estaba bien segura de convencer a su sobrina de que era un disparate y de que se dejara de sus amores.

En medio de todo, no deja de ser amable la simpleza de esta buena tía, que sin alejar al amante creía poder concluir los amores de la sobrina. Es verdad que su intención fué la de que Rafael no volviera a su casa; pero éste se portó aquí como un hombre muy pegajoso y muy difícil de echar de cualquiera parte. Hubiera necesitado doña Isabel tener mucho talento o ser idiota para negarse a convenir en una porción de razones suavísimas que el buen joven decía. Sin embargo, esta escena, que no deja de ser interesante en la vida de Rafael, o no se hubiera representado, o hubiera tenido resultados muy diferentes sin el pasaporte de rico que Rafael llevaba en su traje. El sabía lo que pasaba en su casa, pero la ropa, que no tenía nada que ver con esto, hacía y decía por él una porción de cosas que él no se hubiera atrevido a decir por no ser fanfarrón.

Entretanto, el autor de aquella elocuencia, entretanto el bueno del sastre seguía "trrin trrin, tris tras", con sus tijeras, cortando sus fraques, sus levitas, sus chalecos y sus pantalones, cantando tal vez unas seguidillas como quien no se da importancia.

No dejó Rafael de contar a don Ramón, con todos sus pelos y señales, la importan-

te conversación que había tenido con la tía de Inés, y el buen viejo, que era, sin duda, algo grosero, y que en todas las cosas de este mundo, cuando ellas son tan limpias como se puede probar, veía algo de sucio y de indecente, creyó notar en las razones de doña Isabel cierto miedo de perder con su sobrina ciertas cosas que sin duda ella no tenía por sí.

—Pondría las orejas—dijo—a que esa buena tía es pobre, y en ese caso hemos ganado el pleito, porque la sobrina es rica, y bien puede usted ser generoso con doña Isabel y darla lo que quiera. Estoy seguro de que usted haría esto de todas maneras; pero no basta, porque doña Isabel sabrá eso de que no hay que fiarse de nadie, pero tampoco dejará de saber que hay recibos, escrituras y otra porción de obligaciones en que entra el papel sellado, y que son promesas firmes y valederas. Ea, no hay que hacer aspavientos; lo que hay que hacer es ver si es cierto lo que yo digo y asegurarla su parte en la ganancia a esa buena mujer.

Le quemaban estas cosas de don Ramón a Rafael.

—Pero por si esto no fuere como yo lo pienso, es necesario que no deje usted de tener sus citas con Inés. Como ella esté firme, no tenga usted cuidado de nada, porque sin embargo de que los padres o los que están encargados de los menores son personas racionales, como cada hijo de vecino, sin embargo, cuando la gente se quiere casar, suelen adolecer de un achaque que se llama "irracional disenso", y entonces, hasta los hijos, cuanto más los que no lo son, publican la "irracionalidad" de sus padres y se salen con su gusto, porque las leyes protegen a los racionales contra los padres así y otras bestias fieras.

No hubiera necesitado Rafael del consejo de don Ramón para ver a Inés, y así es que no se descuidó y la vio, aunque no muy a sus anchas, como mejor pudo, siempre que ella le proporcionaba una cita por la noche, que fué algunas veces.

Voy ya muy de prisa, y quiero concluir pronto, que sino, había de describir estas citas de tal modo que a todo el mundo le entraran ganas de estar en ellas y de citarse un día sí y otro no, o de tres en tres días, que es más prudente para no perder la salud, perdiendo el sueño tan a menudo.

En cuanto al otro consejo, tampoco dejó de tomarle, por más que le repugnara el suponer sentimientos tan bajos en la pobre doña Isabel. Esta procuraba por todos los medios posibles que los dos amantes no se vieran, y era, desde el día en que la dejamos, casi casi hasta cruel con su sobrina, a quien imponía una porción de privaciones, privaciones que sufría Inés con resignación porque así se lo aconsejaba el mismo hombre de quien su tía quería separarla, que en cambio de tan mal tratamiento se tomaba la incomodidad de verla con peligro y a hurtadillas sólo por aconsejarla que tolerase con paciencia los caprichos de esta tía.

¡Oh tía ingrata, corazón de mármol, compara esta conducta con la tuya! No sabías esto, es cierto; pero si lo hubieras sabido, puede que no hubieras sabido agradecerlo.

El primer día que Rafael fué a casa de Inés le recibió doña Isabel sola. Nuestro muchacho trató de observar si era o no fundado el juicio de don Ramón, y sin embargo de que ella no quería hablar de tal cosa, él la fué poco a poco metiendo en conversación, y poniendo en juego todo su talento, la arrancó, en fin, expresiones que no le dejaban duda de las ruines miras de la pobre doña Isabel. Entonces él, después de manifestarla un cariño y una ternura de hijo, después de hacerla mil protestas de que moriría de amor si ella no consentía en aquel matrimonio, porque él contra su voluntad no hacía nada; después de otra porción de cosas por el estilo, con la ma-

yor delicadeza posible, y con tanta que yo tengo para mí que ni la merecía ni la necesitaba doña Isabel, sino que era hija de que el pundonoroso Rafael no concebía cómo se hacían ciertas cosas; con toda esta delicadeza, pues, empezó a hacer promesas de alguna cosa más positiva que el cariño.

No quiero entrar en los pormenores de la conversación: basta saber que en aquella conferencia quedaron acordes Rafael y doña Isabel y contratada por esta buena tía su querida sobrina. Pero ¿no fué más bien en vista de las buenas cualidades de Rafael que por otra cosa por lo que cedió doña Isabel? ¿Hubiera cedido también a un hombre perverso por el mismo precio? No, señor; es preciso confesarlo: a un hombre perverso le hubiera llevado más, porque algo había de valer el sentimiento de hacer infeliz a su sobrina.

Algunos apurillos pasó todavía Rafael, porque estaba muy falto de dinero y se había cerrado en no pedir un cuarto a nadie, sin que para esto bastaran los consejos de don Ramón; pero estos apuros todos fueron pequeños y graciosos, que podrían divertirnos un rato si yo no tratara de acabar pronto, diciendo sólo lo puramente necesario.

Después que doña Isabel estuvo ya de parte de nuestro joven, todo fué cuesta abajo, porque el tutor de Inés era casualmente amigo antiguo de su tía. Ni le perjudicó su pobreza, porque Inés ya la sabía hacía mucho tiempo. Es decir, sabía que no tenía lo que se llama bienes de fortuna, porque él fué esto lo primero que la dijo apenas imaginó casarse; pero lo que es de su pobreza en detalle, de su patrona, de su mala casa, de sus apuros de dos o tres pesetas, de eso no la dijo ni una palabra. La falta de bienes de fortuna tampoco la importó mucho después, porque, como ella decía, su sobrina era rica por los dos, y él era un muchacho de muchísimas esperanzas, y sobre todo, noble y de muy buena familia.

En fin, después de todo arreglado, se casaron Inés y Rafael sin bulla y sin jarana, porque había dado Rafael cierto aire de indiferencia a aquel matrimonio, no en cuanto al amor, sino en cuanto a esas tonterías que suelen hacerse cuando la gente se casa.

Después de ya casado fué cuando, sin contarla pormenores, se lo dijo a Luisa, que siguió todavía viviendo en aquella casa algunos días, hasta que Rafael, por fin, después de haberla dicho cuatro mentiras que la probaban la necesidad que había de hacer aquello, dispuso que ella y don Ramón, que desde luego se prestó a acompañarla, tomaran la diligencia de Andalucía, estuvieran por allá ocho o diez días y se volvieran después, escribiéndole su llegada para salir a recibirlos. Todo esto no era absolutamente necesario, pero cuando Rafael lo hacía, bien sabría por qué. Luisa, con su carácter angelical y con su costumbre de seguir los caprichos y rarezas de su hermano, aunque rabiaba de curiosidad, se tuvo que contentar con la esperanza de que sabría con el tiempo todas estas trapisondas. Empezaron, con efecto, ella y don Ramón su viaje, del que bien pronto estuvieron de vuelta, y fueron recibidos por Rafael, Inés y su tía. Luisa fué a casa de su hermano, y don Ramón se volvió a la suya, porque nunca quiso admitir las ofertas que Rafael le hizo para que fuera a vivir con él. Un día, de allí a algún tiempo, fué a verle el millonario Rafael, y le pidió por todos los santos del cielo que aceptase una considerable suma de dinero.

—Lo más que haré—le respondió don Ramón—será gastar con un poco menos de enoconmía unos cuantos miles de reales que acabo de heredar; si algún día me falta dinero, cuente usted con mi palabra de caballero, se lo pediré a usted.

No quiso ofender Rafael su pundonor haciéndole más instancias.

Lo que hizo don Ramón fué, como quien ya estaba en más anchuras, mudarse a una casa buena, cerca de la de nuestro muchacho, donde comía algunos días y tomaba todos el café. No sé a punto fijo si siguió o no disfrutando de la mesa de su amado hermano un domingo sí y otro no. Lo que sí hizo fué renunciar generosamente a la peseta diaria, conociendo que esto era en perjuicio de sus sobrinitos, a quienes su padre quería entrañablemente.

IX

Pasó algún tiempo sin que nada de particular sucediera, hasta que en uno de los últimos bailes de máscaras se encontró Luisa, sin saber cómo, con Carlos en uno de los ángulos del salón.

Este Carlos es aquel Carlos que no tendrá nada de particular que hayan olvidado los lectores que con tanto temor de Dios, creyendo firmemente que Rafael y Luisa eran marido y mujer, se atrevió contra un matrimonio, y encontró una viuda honrada que, estando en la misma creencia, se atrevió también a dar una carta del amante a la para ella inocente esposa de su huésped, pues como acabados de llegar entonces nuestros jóvenes, ni sabía la buena mujer quiénes eran ni quiénes dejaban de ser.

La carta aquella había seguido su curso ordinario, pero aun cuando con ella habían tomado un poco más de carácter los amores, sin embargo, no hubo tiempo para que crecieran mucho, porque a lo mejor tuvo que marcharse Carlos, y aunque muy enamorado, no tuvo más remedio que dejar en Madrid su corazón y su querida, sin despedirse tan siquiera de ella, merced al trato excepcional entre los amigos hombre y mujer, que varía un tanto cuanto del trato del hombre con el hombre.

Acababa, pues, ahora Carlos de llegar, y lo primero que había hecho, apenas sacudido el polvo del viaje, había sido irse a las máscaras, donde, por su fortuna, la primera mujer que vio fué Luisa. No era el fuerte del buen muchacho amar de todo corazón y de buena fe, pero en esta ocasión, apenas se encontró con Luisa cuando le dió un vuelco el corazón, sintió una especie de frío nervioso y no tuvo tiempo, en medio de su éxtasis, para otra cosa sino para que se le entrase toda entera en el alma la delicada imagen de la hermosísima Luisa. No sé si a ella la sucedió lo mismo; lo cierto es que los dos se miraban suspensos y no se acordaban de que las personas bien educadas se dicen algo cuando están juntas.

Por fin, Carlos, sacando fuerzas de flaqueza y venciendo lo que para él en otro cualquiera hubiera sido cobardía de señorito tonto, empezó a hablar, y habló tan mal, pero con tanta expresión, que no quiera Dios que yo me meta a decir aquí lo que él dijo allí con los ojos y con todo el semblante más que con la boca; yo, pobre de mí, que no tengo más ojos que enseñar a mis lectores que los de mis garrapateadas letras.

El baile seguía. Rafael estaba cenando con una porción de amigos que no se hubieran alegrado poco de ver a Carlos; pero él, que estaba tan ocupado, tuvo buen cuidado de huir de ellos, y no habiendo tenido la fortuna de ser visto, antes de tenerla se envolvió en un dominó, y échele usted galgos. Luisa estaba con Inés, que, como mujer casada y virtuosa y joven, estaba enteramente a disposición de su hermana, que se sentaba y se levantaba cuando quería. Eran las dos muy bonitas para que las faltasen moscones; pero todos, en fin, viendo y respetando la tenacidad de nuestro

dominó, se fueron con sus bromas al lado de Inés y hicieron un gran favor con sus risas y su murmullo a Carlos, y yo creo que también a Luisa, que hablaban entre tanto como si estuvieran solos.

Yo no sé lo que se dirían, pero muy marcada debía estar la simpatía entre ambos, porque había hasta en el sonido de sus acentos de un acorde de amor maravilloso. ¡Felices los cantantes, que, sin divertir a nadie, se divierten ellos en tan sentido dúo!

Seguía, en tanto, el baile, en el cual mucha gente habría más fastidiada que la de nuestra historia.

Llegó, por fin, Rafael al corro de su mujer y de su hermana, y entonces Carlos llamóle aparte, quitóse la careta y, dejando ver un rostro lleno de entusiasmo y de hermosura, porque es de saber que el amor es gran cosmético y el mejor afeite que se conoce, le dió un abrazo estrechísimo, que fué contestado con placer, y sin andarse en más rodeos le dijo:

—¡Chico, se acabó! Estoy decidido a casarme con tu hermana. ¿Me la das?

Echóse a reír a carcajada tendida Rafael y le contestó:

—¡Pues no te la he de dar! Tú serás quien no la tomará, enemigo declarado del matrimonio.

—¿Qué quieres apostar a que me caso?

—dijo Carlos, poniendo las dos manos sobre los hombros de Rafael—. Ea, ¿hacemos una apuesta?

—Pues, señor, cástate enhorabuena, que aunque tú no eres muy de fiar, sin embargo, me parece que una mujer tan linda y hermana mía te ha de poder sujetar; además de que, chico, nosotros hacemos buenos casados, a pesar de todo. Pero, oye, ¿ella te quiere, eh? Ya yo me presumía algo de esto. Y, vamos, dime, ¿cuándo has venido? Cuéntame, cuéntame.

—Chico, mira, no estoy para cuentos; dame una prueba de amor dejándome hablar con tu hermana, y no digas a nadie que estoy aquí, porque me molestaría ahora cualquier amigo tanto como una vieja.

Le apretó la mano Rafael, volvióse a poner la careta Carlos, y el uno cogiendo el brazo a Inés y el otro a Luisa, anduvieron por allí viendo cómo seguía el baile, que seguía bastante bien.

X

Pues, señor, he aquí que tenemos colocados a los dos hermanos, y a los dos muy bien, porque Carlos era un título riquísimo de Castilla, que aunque tenía padres, es bien seguro que no se opondrían a este casamiento, porque querían mucho a su hijo, y con sólo verla querían también a Luisa, por aristócratas que fueran, como no fueran avaros, que no lo eran, y sí padres amantísimos de su hijo.

Todo este fortunón se debía en la mayor parte al bueno del sastre, que "trrrín trrrín, tris tras", dale que le darás con sus tijeras, seguía indiferentemente el camino de la vida.

Todo iba a las mil maravillas, y ya era seguro que no había sido una calaverada del momento la proposición de Carlos.

Una sola cosa pequeñísima en medio de tantas grandes sucedía, y era, nada para el caso, que tenía una tosecilla ligera la hermosa Luisa de resultados de un constipadillo que cogió la noche aquella de las máscaras. Para curársela de una vez se metió en cama por uno o dos días, pero ya había estado un mes enferma sin que Carlos la hubiese dejado apenas un momento, cuando un día en que estaba a su cabecera se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blanquísima y casi transparente mano por los aromados rizos de Carlos, dijo con acento modulado sua-

visísimamente y con toda la celestial ternura de la esposa del "Cantar de los cantares": "¡Cuánto amor! ¡Carlos, Carlos mío!" Le dió un beso y se murió.

Quedó por un momento Carlos como bajo la influencia de un sueño tejido con hilos mágicos de idealidad y de transparencia, por el espíritu vagaroso de aquella mujer dulce y amorosa como un suspiro, que sin duda acariciaba todavía el alma arrobada de Carlos, mientras su cuerpo inmóvil caía inclinado sobre los amados labios, los cuales nada habían perdido de su delicado color. Salió, en fin, de aquel estado, para caer en el dolor más sobrio, en la más desalentada desesperación y en la mayor amargura y el más grande desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, a tocar los bienes ligeramente y de pasada!

Fueron muy profundos los dolores de Carlos para que yo pueda contarlos uno por uno, y tan grandes, que ante ellos se pierden los de Rafael, que estaba loco de pesar, y los de Inés, por lo que se quedarán mis lectores sin noticia circunstanciada de lo que estos desgraciados padecieron, y si quieren sentir con ellos, sentirán más en un minuto que se coloquen en su posición que en cinco horas de lectura interesante. Sólo contaré los hechos que bastan para probar la naturaleza de sus desgracias.

Carlos, atolondrado, alegre, al parecer no muy tierno, que hasta entonces no se había enamorado de ninguna mujer, una vez probada la compañía que en el mundo hace al hombre el amor no pudo acostumbrarse a marchar solo por este fastidioso arenal, donde tan pocos consuelos halla el que no los lleva dentro de sí mismo o en el corazón de una mujer querida.

Es verdad que hay una edad en que el hombre no ve en el amor la felicidad; pero Carlos estaba justamente en la época en que se ve en el amor la felicidad, toda la felicidad, el único objeto de la vida; cuando se tiene un corazón tan lleno de deseos como vacío de goces si le falta amor, ¡amor!, eso que es tanto y que no es nada, lo mismo que el alma del hombre.

Carlos no dormía, no lloraba, no hablaba; sólo se ocupaba en responder en lo íntimo de su corazón cariñosamente a una mirada que allí habían dejado impresa los ojos suaves, amorosos y espirituales de Luisa. Rodaba por su cabeza la figura alta, delicada, vaporosa, de su querida, andando con aquella negligencia que tan misteriosamente convidaba al amor, a seguir el inseguro compás de sus pasos cuando vivía, cuando pasaba por delante de los ojos de Carlos lo mismo que ahora por su imaginación.

Yo no sé si sabiendo lo que esto podía atormentarle habrá alguien que se niegue a rezarle un Padrenuestro, detestándole como a un impío suicida; yo, por mi parte, le rezaré trescientos, para que, si ser puede, salve Dios esta pobre alma de la pena eterna a que la condujo tan sin ella saberlo un pobre sastre que, sin saber lo que hacía, puso a Rafael y a Luisa en disposición de que todas estas cosas sucediesen; porque si no hubiese sido por él, es casi cierto que Rafael, aunque se hubiera desojado sobre sus traducciones, no hubiera pasado de ser un pobretón indecente; no se hubiera casado, y, sobre todo, no hubiera vuelto a ver acaso Carlos a Luisa, la que tampoco hubiera ido al baile en que cogió el mortal constipado, ni cosa que lo valga. Al fin, yo no diré que la culpa del sastre fuera tan positiva que se le pudiera formar causa; pero mediata o inmediatamente, de su taller habían salido las penas que aguaron la felicidad de Rafael, los atroces tormen-

tos del pobre Carlos, la profunda pena de sus padres, que no volvieron a tener un día alegre, y, en fin, tantas cosas como ahora mismo estarán sucediendo de resultados de esto.

El bueno del sastre, entretanto, "trrin trrin, tris tras", con sus tijeras, a sus levitas, a sus fraques, a sus chalecos y a sus pantalones.

Un sastre dió la felicidad a Rafael. ¡Tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre. ¡Pobre género humano! Eso que llamas felicidad es una cosa que puede deberse a cualquiera; pero la verdadera felicidad sólo se debe a Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres! ¡Cuando él quiere que uno sea feliz, le hace tonto, y se concluyó!

XI

Como es costumbre generalmente recibida por los que se proponen algún objeto en sus obras encerrar en los últimos renglones el resultado de lo que ellos creen que han dicho, y como yo no me propongo ningún objeto en mis obras, sino el de malgastar mi tiempo, y como los últimos renglones de esta cosa parece que dicen que la felicidad está en ser tonto, añado por postdata estas líneas, para advertir a los que lo sean que no vayan a creer que esto es lo que se deduce de todo lo escrito. De todo lo escrito no se deduce nada, ni puede sacarse ningún fruto malo ni bueno, porque todo lo escrito está escrito al buen tun tun, sin ningún "gran pensamiento fundamental", sin ningún sistema, ni filantrópico ni misantrópico, ni nada; al fin, escrito para entretener, no para enseñar, porque a ser éste mi objeto, tendría que aguarde a que los años y el estudio madurasen mis ideas, y entonces haría un gran servicio a la sociedad, y si tenía toda la ciencia y toda la profundidad necesarias para imitar algún modelo de estas obras filosóficas que enseñan y dirigen, escribiría, no un cuento, sino un libro de los niños, que, aunque de lejos, seguiría, en cuanto mis fuerzas me lo permitieran, los luminosos principios y las sublimes cuanto sencillas ideas de algún libro de estos que hay ya escrito, y que, a mi entender, hará la felicidad futura de esta nación, así como la de todas, si a sus diversas lenguas se traduce.

Conque quedamos en que ni digo ni quiero decir nada de bueno ni de malo en este cuento, cuya única intención es la de añadir paja al inmenso montón de obras que no sirven para otra cosa sino para matar tiempo, enemigo tan fastidioso, por lo menos, como los ratones, y contra el cual, lo mismo que contra éstos se han inventado prodigiosamente variadas, infinitas de ratoneras, se han inventado infinitas de pasatiempos, entre los cuales están los literarios, y entre éstos, sin más pretensiones que las que pueda tener en mecánica el autor de una ratonera de mala muerte, coloco yo esta dosis de letras, de palabras, de oraciones, de períodos, de párrafos y capítulos, tóxico bastante para matar un par de horas de tiempo, si el que use de él se aviene a matarle sin provecho propio y sólo por matarle.

Nadie ha pensado en sacar partido ninguno de los ratones muertos, porque muertos ellos y limpia la casa, es todo uno, y ésta es la ventaja que se busca, y no la de aumentar la ración de carne en la olla. Perseguido, pues, por mí el tiempo, como se persigue a los ratones y nada más, claro está que si aquel a quien yo dé esta receta casera—léase lo anteriormente escrito y mataránse un par de horas, y es probado—, se encuentra con que habiendo hecho uso de ella, efectivamente ha matado ese tiempo, aunque sin instruirse, tiene tanto derecho para quejarse como el que después

de ver limpia su vivienda de indecentes animaluchos de que para nada le servirían se lamentara.

Agonías de la corte

AGONIA PRIMERA

No vayal a creer los lectores, al leer este título, que pienso bajo él decirles que está Madrid agonizando, como no falta quien lo diga de la nación entera, amenazada, según algunos espíritu atrabiliarios y no del todo contentos, de una porción de males que no vemos la mayor parte de los españoles, que tenemos, por lo menos, tan buen juicio como el que estos espíritus tenían antes de haberle perdido por desgracias particulares. Tampoco crean que las agonías de que quiero escribir les han de poner a ellos en la de leerme con cierta miedosa repugnancia, semejante a la que pudiera producirles la visita a un hospital. Nada de eso: mi objeto no es otro sino el de sacar partido del modo particular de morir que se puede emplear en la corte, que, como la vida que en ella se hace, es algo más variado que el que suele emplearse en ciudades menos populosas, donde la vida es más clara y la muerte menos oscura. Lo que pienso, pues, publicar con este título no es otra cosa sino algunos modos de morir, entre los cuales, como conocen los lectores, los habrá más o menos gratuitos, y hasta puede haber alguno que haga reír a carcajadas, y que si no produce este efecto, más será por falta de estilo mío que porque en el fondo no tenga él tanta sal y tanto donaire como la cosa más alegre.

Como hasta ahora no se ha observado que nadie haya muerto sin vivir de una manera o de otra, puede que alguna de estas agonías toquen de refilón alguna parte de la vida del moribundo y pique, por consiguiente, en historia. Filosofía y talento es lo que le pido a Dios, que buena falta me hace, y como él me lo conceda, de mi cuenta corre hacer de las agonías de la corte una lectura sabrosísima y entretenida. Y ahora, sin pensar mucho en el modo mejor de empezar, y sin curarme de que sea mejor o peor la primera agonía que yo cuente que las otras que iré contando, porque, al fin, mis agonías han de tomarse una con otra y a ojo de buen cubero, voy a enterar a los lectores de los últimos instantes de la vida de un buen hombre que, a haber muerto en otros tiempos, mejor cuenta le hubiera tenido, y a quien la poquedad de ánimo y la confusión de la corte han hecho morir con tanta oscuridad que nadie sabría una palabra de tal cosa si, afortunadamente, no estuviera aquí yo para alumbrarla.

La casa del tío Nicolás es una casa muy mala, y el tío Nicolás es, por lo menos, tan malo como su casa. Toda ella se reduce a un cuarto que sirve de cocina y de despacho, porque el tío Nicolás, por ser algo, es zapatero de viejo y marido de su mujer, y en aquel cuarto suele trabajar, cuando trabaja, y en aquel cuarto, enfrente del hogar, debajo de una ventanilla, tiene su cama, y encima de ella, colgados en una soga, unos cuantos chalecos, pantalones y zagaleros de su mujer, en bastante mal estado para que vistan a la soga más que a sus curiosos dueños. Otro cuarto a éste inmediato es también de la pertenencia de estos buenos inquilinos, pero a la sazón está ocupado por una malísima cama, por una silla de esas sin respaldo de los zapateros, por una pila de agua bendita corrompida ya por no haber sido renovada en mucho tiempo, por un crucifijo de marfil amarillento y viejo, por dos melones colgados en el techo, por tres o cuatro chancletas viejas que andan rodando por el suelo y por un pobre hombre que está muriéndose en la paz de la soledad que, afortunadamente, reina en aquel cuarto. ¡Gran fortuna para un enfermo no tener ruido ni quebraderos

de cabeza con el alboroto de una familia imprudente! Ni el tío Nicolás ni su mujer se cuidaban una gran cosa del enfermo, y la última era sólo la que entraba, con la ternura que distingue al bello sexo, a darle, sin saber si al enfermo le convenía, un caldo, sustancioso no, pero tan cargado de grasa, que después de haberle tomado parecía que nada podía apeteecer el paciente, en cuyos labios, fríos ya con la proximidad de la muerte, quedaba congelada, a impulsos del aire húmedo que por aquel cuarto corría, toda la grasa del pesado caldo, con lo que el enfermo hasta postres tenía, que le duraban de caldo a caldo, conservándole en la boca un delicioso sabor, aunque un poco frío, de aquella apetitosa crasitud.

Las noches pasaban en un profundísimo silencio alrededor del moribundo; nadie le molestaba, y si hubiera podido dormir, para qué quería más; pero no pegaba los ojos, y hasta deseaba con anhelo en algunos momentos, cuando su mal le afligía mucho, que alguien entrase por aquel sosegado cuarto; pero nadie entraba ni nadie respondía a su deseo. Verdad es que esto le sucedía por cortedad de genio, porque lo mismo el tío Nicolás que su mujer le tenían dicho que no tenía más que dar una voz, y al momento subían, cuando necesitase algo. Muchas veces necesitó mucho, y hasta llegó a querer llamar, y llamó; pero su voz estaba muy débil y se helaba en el aire, y luego, desde el cuarto del matrimonio hasta el del enfermo, que estaba un piso más alto, había veinticuatro escalones, todo lo cual, unido a ser el enfermo corto de genio, y al refrán de que "genio y figura, hasta la sepultura", hizo que hasta bajar a ella pasase las noches solo y los días poco acompañado. Afortunadamente, no fueron muchos, y la enfermedad, sin ser aguda, fué breve, razón por la cual no la ayudó ningún médico, porque el tío Nicolás y su mujer habían pasado sin él por trances más apurados. Una sola vez pidió el enfermo un facultativo, pero le respondió su huésped, suavizando la voz consoladoramente:

—¡Músté qué Dios! ¡Para qué quiústé meico? ¡Maldita la falta que hace!

Y el enfermo reponió con débil aliento:

—¡Bien!—y se quedó sin médico.

Juguete de sus pasiones, había este pobre hombre que ahora se está muriendo abandonado el pacífico hogar de un honrado notario eclesiástico que en su casa de una ciudad de provincia había dado caritativa acogida al bueno del reverendo padre fray yo no sé qué cuántos, porque su nombre no ha pasado a la historia, cuando éste se encontró exclaustrado de la noche a la mañana y huérfano a los cincuenta años de edad. Nuestro buen padre, adornado con todas las prendas de un santo varón, lleno de candorosa inocencia, alejado del mundo, acostumbrado a la importancia que su jerarquía de provincial le daba en el convento, y bondadosamente prendado de algunos períodos, efectivamente, buenos de sus sermones, sacó a lucir al mundo un carácter que todo lo bueno tenía menos lo que necesita un hombre para "manejarse". No seré yo el que se meta a querer pintar con sus verdaderos colores ni el cariño que toda la familia del notario cogió al buen religioso ni el trastorno que en ella hubo el día fatal en que éste, en su asiento de galera, tomó el camino de Madrid, llevado por su deseo de hacer carrera y lleno de una ambición evangélica: tan inocentes eran sus pretensiones y tan inocentes las fuerzas con que contaba para salir adelante en su vida de corte.

Llegó a ella por fin, y paró en el mesón en que paraba la galera, mesón que, como todos los de su clase, era indecente, pobre y habitado por chusma más indecente aún, aunque no tan pobre. Diéronle al buen religioso un cuarto chico, irregular, con mal suelo y peor techo; blanqueado con cal y limpio como una patena no sólo de porquería, sino también de adornos. No le pareció del todo mal este cuarto a nuestro modesto padre; pero, a pesar de esto, hubiera, in-

dudablemente, cambiado de posada si, al aconsejarse, para hacerlo con tino, de la mesonera, que era ni más ni menos que una de estas morenas hacendositas y agudas como la punta de una lanceta, no le hubiera ésta asustado diciéndole que lo que es en la corte, por menos de tres o cuatro duros no podría vivir como no fuera en otro mesón, "peor que el mío—como ella decía—, porque bien sabe Dios que la ley que yo cojo a mis huéspedes no se la coge nadie. En ese mismo cuarto—añadía—he tenido a un señor oidor que vino aquí a pretensiones y estuvo un año, y le cogí tanto cariño como una madre, y todavía me escribe todos los correos y se acuerda de mi trato y de lo que hice por él."

Parecióle todo esto muy natural al inocente religioso, y el ejemplo del señor oidor le hizo creer que todo el que no pudiera resistir los enormes gastos de una corte tendría en ella una habitación como la suya.

—Como ésta, ¿eh?—le decía la patrona—, ya quisieran.

—Y yo, para mí, ¿para qué necesito más?—respondía, ya convenido en todo, el inocente padre—. En poniendo en este cuarto, debajo de la cama, algunas manzanas, colgando en las vigas del techo algunas mazorcas de maíz y teniéndole curioso con algunas estampas que traigo yo para pegarlas a las paredes, quedará un cuarto muy cuco y muy recogido.

No habían pasado dos horas desde que el huésped había manifestado estos deseos cuando ya la diligente mesonera había tendido sobre unas pajas, debajo de la cama, hasta seis o siete libras de manzanas y había colgado en las vigas del techo, además de dos mazorcas de maíz, tres racimos de uvas y cuatro pepinos sembrados de granos de cebada, que ya habían echado sus tallos y estaban verdes y hermosos que no había más que ver. Púsole, además, una rincónera, la cual, por ser hecha de la tabla de un pesebre, cubrió con un retacito de una colcha encarnada, adornándola, además, con una botella que encima puso, en cuyo cuello se sostenía un hermoso ramillete de plumas de pavo real, y en un santiamén quedó el cuarto tan a gusto del padre como el padre a gusto de la patrona.

Quien así vivió durante seis meses, no tiene nada de particular que muriese como íbamos contando, para lo cual sólo le hacía falta quedarse sin dinero y entregado a los recursos de su pobre carácter. No tardó esto en suceder más de medio año, cuyo tiempo pasó nuestro buen hombre aturcido con las grandezas de la corte, mareado con su movimiento y sin comprender, por consiguiente, cómo en ella se vivía. Todo su amor propio de predicador se perdía en el aire, como se habrían perdido la mayor parte de las palabras de sus sermones, y se convertía en humildad y pobreza de espíritu ante las más miserables de las personas con quienes tenía que entenderse para sus negocios. Toda esta timidez había sido nacida de la idea que él había formado de los enormes caudales de todos aquellos que en la corte vivían en otra parte que en un cuarto como el de su mesón. Las palabras ligeras que su patrona había dejado caer sobre él hablando del gasto diario de una persona en la corte fueron, indudablemente, las que, grabándose firmemente allá en lo íntimo de su poco experimentado pecho, hicieron acaso la desgracia de este infeliz.

Por ellas se quedó contentísimo en el mesón, y por quedarse en el mesón y por decir que estaba allí muy contento fué despreciado y tenido en menos por una persona, la única para quien había traído una recomendación, y que podía haberle servido de mucho, la cual salió del cuartito del religioso llena de cal, medio atufada con el olor de las manzanas y renegando y riéndose al mismo tiempo del fraile cochino, grosero y mal criado que tan contento vivía en aquel chiribitil. Aquella maldita frase de "porque yo, para mí, ¿para qué necesito más?", dicha de muy buena fe al que vino a visitarle, probó a éste que, efectivamente, nada más necesitaba, y que era

uno de tantos hombres sucios, cínicos y egoístas que para nada sirven sino para dar mal olor a las habitaciones. Negose, pues, desde allí en adelante a su recomendado y se olvidó completamente de sus pretensiones.

¡Oh desgracia, desgracia, y por cuántos caminos llegas a tomar posesión del que señalaste por tu víctima! A un hombre tan corto de genio como nuestro padre ex provincial, esta falta de protección en quien él traía puestas todas sus esperanzas le acoquinó de tal manera, que bastó para hacerle renunciar bien pronto a sus planes; pero por pronto que este cambio se efectuó en un hombre tan bendito y tan indolente como él, ya se había pasado el medio año que hemos dicho, y en este medio año habían pasado todas sus medias onzas de oro de su bolsillo al de los mesoneros, que en cambio lo habían tratado como a cuerpo de rey. Escribió entonces nuestro hombre al notario su amigo diciéndole su situación y pidiéndole al mismo tiempo el dinero necesario para volverse a su pacífico y amistoso hogar. Loco éste de contento, así que recibió la carta se la leyó a toda su familia, y remitió al momento al pobre religioso hasta unos seiscientos reales, con el encargo de que si algún dinero le sobraba, se llevase de la corte alguna de las muchísimas cosas de gusto que en ella habría. Recibido este dinero, al momento dispuso su viaje el desengañado religioso; pero le estaba reservada al triste una mala fortuna, de la que ciertamente no era digno. Le estaba reservada nada menos que la desgracia de morir sin auxilio humano ni divino, con una muerte tal, que ni por sueños amenazaba al santo varón. Peripecias hay en la vida humana que de pequeñas en pequeñas causas llevan a los hombres desde su ordinario y común estado de maquinellas despreciables y egoístas hasta el sublime de la dicha o del infortunio. Por una de estas peripecias llegó a encontrarse en una posición sublime el prosaico y vulgarísimo padre ex provincial, que ni sabía lo que eran peripecias ni cómo, pasito a pasito, se camina muchas veces al verdadero sublime. Todo el toque estuvo en que el día antes de ponerse en camino cayó enfermo, y todo el toque de que esta enfermedad le llevase adonde le llevó estuvo en que ni los mesoneros eran buena gente ni mediana tan siquiera, y en que él era un pobre hombre que desde que entró en Madrid se redujo al estado de un niño, porque no le cabía otra cosa en la cabeza, y sin voluntad y atortolado, obedecía a la pícara de la mesonera, que era mala como lo es la gente villana cuando no la da por ser buena, con la maldad más impía y más grosera que han inventado los hombres, si es que no nos la ha regalado Dios.

Al día siguiente de caer enfermo le propuso la huéspeda, que maldita la gana ni la disposición que tenía para asistirle, que se levantara, puesto que todavía podía hacerlo, y que ella le traspararía la cama a casa de unos vecinos, compadres suyos, que le tratarían como de la familia, y que esto se lo decía por su bien y para que no le molestara la bulla del mesón.

—Señora—la dijo él, que siempre la llamaba así, con cierto respeto de educación fina, el pobre teólogo—; señora, bien, bien está; vamos a ver, a ver si puedo moverme.

—¡Vaya si puede usted!—replicó la patrona, y en un abrir y cerrar de ojos le incorporó en la cama—. Vamos—proseguía mientras le iba vistiendo con precipitación, como quien viste a un pelele—, no se avergüence usted porque yo le vista: un enfermo no tiene nada. ¡Ea, tan guapo! ¿Qué es eso? ¿Se tambalea usted? Vamos, quieto aquí en esta silla, que voy a traer un caldo capaz de volver la vida a un muerto. ¡Y guardadico que le tenía yo para usted!

A poco rato volvió, y que quieras que no, hizo tomar su caldo, que estaba sazonado como una gloria de Dios, al obediente huésped, y a la calle con él.

Sostenido por un mozo de mulas, llegó por fin a casa de los vecinos, a quienes ya

había hablado la mesonera, que eran el tío Nicolás y su mujer, y allí, el infeliz, que había hecho un grande esfuerzo en su debilidad, quedó medio desmayado. Cuando volvió en sí se halló acostado en la misma cama que tenía en el mesón, que había hecho traspasar la mesonera de su casa a la de los vecinos, y a poco rato entró ésta, y habiéndole ajustado la cuenta de la cama, halló, o, por mejor decir, hizo hallar a su buen huésped que del dinero que la había entregado el día en que cayó enfermo, que fué todo lo que el infeliz tenía, no la quedaban ya sino diez duros para atender a su enfermedad.

—¡Bien está, está bien, señora!—dijo el pobre enfermo—. Guarde usted ese dinero y váyame usted cuidando, que Dios se lo pagará.

—Eso haré yo con mucho gusto—respondió la patrona, y dando cuatro duros a su vecina, su fué, diciéndola que como aquél era tiempo de fiestas, porque estábamos a fin de año, no podría volver por allí en cuatro o seis días—. ¡El demonio del hombre!—añadió—. ¡Pues no ha ido a ponerse malo en mal tiempo! ¿Para qué quería yo más castañas de Navidad que tener enfermo en casa? Ea, Ambrosia—que así se llamaba la vecina—, adiós, y echa hoy un trago más a la salud del enfermo. Es un infeliz; harás lo que queiras de él sin que te diga esta boca es mía.

Bien conocido le tenía la mesonera: en los cuatro días que el pobre vivió asistido por el tío Nicolás y su mujer, empezando por la asistencia, pasó sin chistar, privado de todo recurso, sin más desahogo que la exclamación hecha maquinalemente y sin intención de "¡Sea todo por Dios!", que era su muetilla favorita.

Estaba, pues, en el estado en que hemos dicho al principio, solo y sin amparo, y encomendado al cariño de sus nuevos patronos, el día de Nochebuena. Serían las nueve de la noche cuando entraron en su cuarto el tío Nicolás y su mujer a advertirle que si necesitaba algo aquella noche, no se cansara en llamar, porque ellos iban a casa de unos parientes donde habían reunido sus colaciones, a soltar una cana comiendo y bebiendo en alegre compañía.

—¡Bien está, está bien!—fueron las últimas palabras del enfermo, que apenas habían pasado dos horas cuando, empezando a sentir un dolorosísimo trastorno en todo su cuerpo, vió convertirse su enfermedad, hasta entonces tan apacible, en la agonía más cruel que ha pillado a nadie a solas y cara a cara. Yo entiendo muy poco de medicina, y no sé explicar de otra manera a los lectores esta violenta y mortal crisis de aquella enfermedad sino por aquello de que a este pobre hombre le llegó su hora. Cómo él se las compuso con la muerte yo no lo sé; pero es de presumir que se las compusiera de mala manera y variando algo su bendito carácter, porque amaneció con la cara de muerto de muy mal humor y con los puños cerrados y con las piernas descompuestas, como el que anduvo, sin duda ninguna, a coces y a puñetazos con sus dolores y con su abandono.

Con la mayor indiferencia del mundo se encontraron al muerto por la mañana los cuidadosos patronos, que volvieron a su casa más alegres que unas pascuas con el vinillo y la cena. Algo les molestaron las diligencias con que se ocuparon una porción de gentes de Policía, que suelen siempre ocuparse más con los muertos que con los vivos, antes de poder enterrar el cadáver. Por fin salió éste de casa del zapatero, en cueros vivos, y así, desnudo como su madre le había parido, volvió a entrar en la tierra de que había sido criado, sin pretensiones, sin bulla y tan ensilencio, que ésta es la hora en que ni el notario ni ninguno de sus amigos, después de tantos años, saben una palabra de esta agonía, que sólo donde el bullicio y la indiferencia de los hombres tiene su asiento podía haber pillado a todo un ex provincial, sin más defecto que el de ser un pobre hombre, a pe-

sar de haber llegado a ser fralle de campanillas.

Séale la tierra tan ligera como insulsa y poco interesante es su historia.

AGONIA SEGUNDA

I

La fiel copia de unos papeles que llegaron a mis manos, sin saber cómo ni cuándo, y que, como el lector verá, se reducen a una especie de historia o, por mejor decir, a un trozo de historia de un quidam, que en ellos quiso escribir algo de su vida, me va a servir de argumento y de agonía para este mi segundo opúsculo histórico-mortuario, que, copiando al pie de la letra los papeles que arriba llevo dichos, empezará así:

"¡Si Dios quisiera que la poca educación que me dieron mis padres, que Dios tenga en su santa gloria, me pudiera servir de algo, bien sabe el cielo que con este recurso haría yo llorar con esto que de mi vida voy a escribir!"

Perdóneme el lector si meto la hoz en mies ajena para decir que así en este extravagante comienzo de historia como en su continuación no he podido menos de advertir muchas veces cierta confusión y falta de lógica, que forman un contraste muy singular con la sensatez y formalidad que, según el sosiego de su estilo, debían ser las principales prendas del que escribió lo que vamos a leerle. Puede nacer esta confusión, como él parece quererlo indicar en el principio tan oscuramente, acaso de que Dios no querría que la poca educación que recibió de sus padres le aprovechara para escribir fácilmente, trasladando sus ideas al papel con la suficiente claridad. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la historia no está bien contada ni bien escrita, si hemos de atenernos a lo que, según parece, deben ser las buenas historias.

"Yo—sigue diciendo el que, bien o mal, al fin la cuenta—he sido siempre muy desgraciado, y nunca he merecido mi desgracia; pero el mal de los otros me ha consolado, aunque siempre los he querido como está puesto en razón que nos queramos los semejantes. Nunca me ha sucedido mayor desgracia que la última. El amor es en la buena filosofía fuente de grandes bienes y de grandes males; aunque se le llamara río, tan bien dicho estaría como fuente, y porque para mí lo ha sido, y muy caudaloso y muy corriente y moliente, corriente de males y moliente de bienes, que todos me los ha reducido a polvo vano, por eso estoy yo así y por eso tengo mal humor desde esta última desgracia, y esto basta. Grande es la voluntad de Dios, pero no se la ve, y esto, si se reflexiona, es natural, porque todas las buenas prendas de Dios son invisibles, como su Providencia paternal, que es espíritu puro. Necesito muchos consuelos, y por eso los busco más en la religión, que es donde deben estar, que no en el mundo, porque ya se murió mi padre, y por eso quiero entretenerme escribiendo su suerte, que ha pasado sin ser sentida, y por eso la he sentido yo mejor que nadie, porque estaba muy cerca y nadie me ayudaba ni hacía ruido.

"Vinimos aquí porque aquí, como hay mucha gente, como que es la corte, todos viven mejor que en otras partes, porque están a la sombra del rey. Algunos reyes dan poca sombra, porque son chicos, y otros la dan mala, como la de la higuera, y otros no dan sombra ninguna, sino que, arrojando rayos de viva luz, hacen desaparecer toda sombra de sus reinos; pero, al fin y al cabo, más calienta el sol que ellos. Es mucha confusión la de una corte, y no sabe uno lo que pensar a punto fijo. Mi padre era muy conocido en el pueblo en que antes habíamos vivido; pero aquí en Madrid nadie le llegó a conocer, ni tampoco los vecinos que vivían en la misma casa, y esto es muy raro, porque eran lo menos trece familias; es verdad que estaban todas tan encerradas, que yo tampoco llegué a cono-

cer a nadie; puede que todos se quejaron de lo mismo. Yo me había enamorado allá en el pueblo antes de esto que voy contando. Lucía era hija de una pobre viuda que había sido mujer de un compañero de mi padre. Mi padre la aborrecía de todo corazón, cosa extraña, porque era mi padre el hombre más dulce y más cristiano que Dios ha echado al mundo. Lucía y yo nos conocimos, o, por mejor decir, la conocí yo a ella, guiado por el amor. Había yo salido una noche de diciembre, el día 7, llevado por mi melancolía, a dar cuatro vueltas por un paseo muy solitario que había y debe haber aún en mi pueblo; la noche no estaba oscura, y sólo una neblina cenicienta era la que hacía que no fuera una noche clara y hermosa. En otras muchas cosas tenía yo que pensar aquella noche; pero apenas me vi solo y lejos de lo que todo el día me había estado atormentando, cuando todas las partículas abstractas de mis innumerables pensamientos se reunieron en cuerpo, y de lo que no era otra cosa que desperdicios de pensamientos útiles, formados por deseos vagos que a cada pensamiento le sobraban, vinieron a hacer el pensamiento más inútil que hoy día, porque entonces no pensé así, creo que puede apoderarse de un muchacho todo entero, porque no se apodera este pensamiento sólo de su cabeza o de su corazón, sino de todo él, desde los pies hasta la cabeza. El pensamiento del amor se apoderó de mí de tal manera, que no me acuerdo ya de lo que entonces me divertí.

"A la verdad que me hacía mucha falta una mujer. ¡Cosa más rara! Al trasluz de la neblina alcancé a distinguir enfrente de mí, y a alguna distancia, cerca de la fila de casas contiguas al paseo, una figura blanca, seguida de una cosa negra, que, saliendo de ella misma, no parecía sino que a cada paso perdía de su blancura la figura aquella, y convirtiéndose en negra, dejaba un rastro de este color, que es lo que las sucede en el camino de la vida a las figuras más blancas a cada paso que dan. Me acerqué corriendo, llevado más que nunca por mis ideas de amor; como en el espacio que tenía que atravesar di tres o cuatro tropezones, cuando llegué cerca de la figura ya ésta iba a entrar en una de aquellas casas; pero no entró antes de que yo tuviera el gran placer de distinguir que era una mujer esbelta, de deliciosas formas, con el cabello suelto, que era la cosa negra que la seguía, y vestida de blanco, lo que me dió tanto frío en el tiempo que hacía, que me rebujé con fuerza en mi capa. Luego discurrí que mejor hecho hubiera estado no abrigarme yo tanto y ofrecerla la capa. Entró aquella mujer en la casa, y yo me quedé solo y con mis ideas de amor a la puerta. El frío me hizo mudar de posición, y comencé a pasear. Hasta entonces, mis pensamientos no se habían fijado en ningún objeto; pero como aquella mujer vino tan a propósito a presentar a mis ojos la imagen, sobre poco más o menos, de lo que mi imaginación andaba buscando, desde aquel momento todas mis ideas formaron en torno de ella un círculo y cada una la pedía lo que la hacía falta. Pedido de mil distintas maneras, lo que todas ellas pedían era amor. Otras ideas tenía yo que hubieran seguramente pedido otra cosa; pero éstas no entraron en coro, como era muy natural que sucediera, por ser yo entonces más joven y no poder pensar más que en una cosa, con un olvido completo de todo lo que no tuviera relación con ella.

"Para eso ahora no puedo pensar en una sola cosa ni de una sola manera, sino que cada idea se enreda en otras y me las saca enredadas, como dicen que sucede con las cerezas, aunque, a decir verdad, un día que de una cesta quise robarla algunas a mi madre, fiado en esto que se dice de las cerezas, y por hacer el hurto con más delicadeza, tiré sólo del palito de una, y una me salió, lisa y coloradita como unos cielos. En las cositas más pequeñitas va acostumbándose poco a poco la suerte a ser

juguetera y mala, cosa muy natural, en razón de que en eso se diferencia la suerte perra de otra porción de suertes sin nombre de animal de que se compone la fortuna. Sin pensar en otra cosa que en aquella mujer me quedé tan frío, que, según creo, estuve allí paseándome casi toda la noche. Dormí bien, y por la mañana amanecí con una idea nueva que me convertía en todo un hombre.

"Era cosa de casarse, porque yo necesitaba amor y mi corazón no podía ya vivir sino unido a otro, y además, para eso ha nacido el hombre; cosa muy natural en razón de que ha nacido para todo lo que hace, y eso lo hace casi siempre el hombre, por más que nadie sabe cómo se las compone para hacerlo. Se lo dije a mi padre, que me preguntó con quién, y como yo no lo sabía, no me dijo ni sí ni no ni me habló una palabra de nuestra pobreza. Salí al momento y me fui a la casa donde había entrado la noche antes aquella mujer. Llamé, me abrieron y subí. El cuarto era tan bajo de techo, que cuando entré, al tiempo de estirarme un poco para decir con dignidad lo que yo llevaba pensado en vez de saludo, que era esta frase: "Mis intenciones son buenas; quiero casarme", pegué con la cabeza en una viga y me hice bastante mal.

"—Mayor fortuna no podía entrar por las puertas de mi casa—dijo la madre de Lucía—; tu padre, hijo mío, era compañero del de mi hija, y por cierto que no se ha portado bien con la pobre viuda de su amigo íntimo. Pero, hijo mío, ¿dónde has conocido tú a Lucía? Yo te he visto muchas veces por ahí, y te he mirado mucho; pero nunca he observado que nos mirases tú. Vamos, está visto: los jóvenes nos la pegáis como queréis a los pobres viejos.

"Yo creo que no es más encendido el color de la grana que el que entonces salió a las mejillas de Lucía, que, vestida con el mismo vestido de la noche anterior, que no era enteramente blanco, y cosiendo enfrente de su madre, labor que sólo había interrumpido para tirar del cordel de la puerta, estaba tan hermosa, que no necesitó yo más que verla para enamorarme verdaderamente y darme a mí mismo la enhorabuena del tino con que mi instinto me había llevado a ciegas a encontrar mi felicidad. Saqué a la madre de Lucía de su equivocación y pinté como mejor pude el amor que había concebido tan repentinamente por su hija. Esta, ni me miraba ni se daba por entendida de ninguna de las satisfactorias expresiones que su madre me dirigía.

"Parece imposible que los matrimonios se hagan con tanta facilidad: a los quince días de esto ya había yo vencido, luchando casi a brazo partido con mi padre, y había adquirido la pacífica y santa posesión de una mujer, cosa muy natural, en razón de que había yo hecho más que nadie en este negocio. Me separé llorando de mi padre, que no quiso vivir con nosotros; esta separación me causó más dolor que placer me había causado mi unión con la nueva familia; pero no me duró mucho la suegra, que a los ocho días de enfermedad había ya concluido con todos nuestros recursos, sin que por eso la faltara nada en los veinte que estuvo en la cama. Todo el barrio sabía el apuro en que nos encontrábamos, y a todos los vecinos les hacíamos tanta gracia los dos recién casados, que no hacían conversación de otra cosa que del trance en que nos encontrábamos, que era, indudablemente, una de las cosas más notables que sucedían en la ciudad. Cada conversación de éstas tenía por resultado algún socorro, cosa muy natural, en razón de que no hay como hablar de las desgracias para socorrerlas.

"Aquí donde yo estoy ahora no se habla nada de nada.

"Entre las mujeres que en aquella desgracia nos ayudaron, lo menos encontré cuatro tan buenas como mi madre. Hay mucha gente buena en el mundo en los sitios en que hay poca.

"Nada le faltó a mi suegra, a no ser la vida. Murió sin que nosotros nos separá-

semos de su cabecera, rodeada de tres o cuatro antiguas amigas suyas y espiritualmente consolada por su confesor, que lo había sido muchos años y la quería íntimamente, como a su hija de penitencia. Murió mi suegra felizmente, y tanto, que hasta el obispo se interesó en su muerte, y gracias a los pasos que dió el confesor con un cura amigo suyo, gran familiar de su Ilustrísima, de su mismo bolsillo hizo el obispo una limosna para hacer a mi suegra un entierro bastante decente, que no hubiera la pobre disfrutado si no hubiera sido por tantas relaciones como, en medio de nuestro aislamiento y pobreza, teníamos en la ciudad. Lucía lloró mucho, y estaba tan hermosa en su dolor, que me hizo llorar a mí, y todavía me acuerdo de los buenos ratos que pasé llorando. Entonces volví a reunirme con mi padre.

"¡Ay de mí! Todas estas cosas, que por ser de mi amor he recordado, están muy lejos de ser lo que yo quiero escribir; pero es cosa muy natural que me haya distraído algo de mis penas, en razón de que todos son sentimientos, Lucía y mi padre. Era bueno, muy bueno, y mejor para mí; un poco viejo, algo alto era, pero yo bien alcanzaba a abrazarle, y en uno de estos abrazos le hice consentir en venirse conmigo a Madrid. Lucía se alegró infinito de esta determinación, y aunque a nadie le importe que nosotros viniéramos contentos, a mí me hubiera importado que mi padre hubiera venido con más alegría, como es muy natural, en razón de que yo era quien le traía.

II

"¿Con qué esperanzas venía yo a la corte? Con ningunas. ¿Con qué recursos contaba para vivir en ella mejor que en otra parte? Con muchos: con todos los recursos de la paciencia y con todos los tesoros del sufrimiento con que cuenta el que ha vivido, vive y sabe que vivirá mal en todas partes y en todas partes entregado a lo que buenamente pueda sucederle.

"Lucía vino muy alegre, cosa muy natural, en razón de que cuanta más gente la viera mejor para ella, porque era muy hermosa. El placer de enseñarse es sentido y apetecido por todas las cosas bellas de este mundo, y el pavo, que es un animal bastantes estúpido, y que allá, a su modo, debe ser muy bello y estar muy en ello, no bien se ve delante de gente cuando se hincha de placer, y goza él solo mucho más que todos los que le miran, en hacer la rueda. Yo también vine alegre, porque Lucía lo estaba, y no me metía yo en más averiguaciones. Para ponernos alegres con alegrías ajenas no hay como no buscarlas el origen, que puede ser tristeza pura para quien le busca, y más pura cuanto más le interese la persona que se ríe. Mi padre no venía muy alegre, porque era un hombre muy metido en sí, y luego había vendido una casaca de uniforme y siete cruces cuando procuramos hacer todo el dinero posible para salir de nuestra ciudad.

"El hombre más limpio que yo he conocido era mi padre; tenía su capricho en unas cuantas prendas que conservaba casi nuevas en su baúl. Toda la ropa de su uso era más vieja que él, y en toda ella no había más que una mancha debajo de un botón de una levita de uniforme. No se veía la tal mancha, cosa muy natural, en razón de que estaba cubierta con el botón; pero más espíritu de vino le tiene costado a mi pobre padre que el que me sería necesario para limpiar toda la porquería de todos los hombres que se han ensuciado en esta época, con los cuales no gastaría yo ninguno, porque valen menos que la levita de mi padre.

"Así que yo corrija un folleto de política que me ha salido muy mal escrito, veremos quién yo soy; pero esto no viene bien aquí, y al folleto me remito.

"Yo toco un poco de violín, y mi padre conocía a algunos generales. Como para el

cultivo de las bellas artes no hay como una corte, y lo mismo para el cultivo de buenas relaciones, yo, con las ilusiones de artista, y mi padre con las suyas de alcanzar algo; yo mediante una justa y esperada retribución de mi trabajo sobre las cuerdas, y él mediante una justa y esperada memoria de los que le habían visto en otro estado, uno y otro, si bien se mira, teníamos al venir a Madrid algún objeto que podía hacer las veces de esperanza, cosa muy natural, en razón de que cualquiera cosa sirve para servir de esperanza. A los cuatro días de nuestra llegada ya vivíamos en nuestra casa; yo no sé a punto fijo sino que estaba tan alta y tenía tan pocos cuartos que había de bajar, que debía ser bastante mala; pero era mejor que esta en que ahora vivo, porque como ahora estoy yo solo y no compongo familia, no necesito tantas comodidades. Yo arreglé mi violín, Lucía se hizo un vestido nuevo, de un color tal, que hubiera escandalizado en una provincia, pero que en la corte no pasaba de ser un medio color. A mí me gustó mucho, y al pagar los reales vellón de su importe dije, lleno de alegría: "¡Anda con Dios, que bien los vale!" Mi padre, por su parte, empezó a dejarse el bigote, que, entrecano y caído, después que le creció, daba a su cara el último chafarrinón que podía pedir una fisonomía militar. Por una casualidad tuve yo la fortuna de ver a todos los generales que mi padre vió, y en todos ellos hallé simples particulares, que ni aun con su grado y todos podían ser graduados de otra cosa. Cuando yo iba a comunicarle esta idea a mi padre me expresó el mismo pensamiento con otras palabras, y los dos nos hallamos de acuerdo en este punto, y él renunció a todas sus esperanzas, visto lo poco que valían sus conocidos, y trató de olvidar su antigua vida, y poco a poco la olvidó tan bien y se entregó a una tan nueva, que nunca lo hubiera yo creído. No lejos de nuestra casa había un café, cuya poca numerosa parroquia apenas le abandonaba en todo el día. Dos militares viejos, y más que viejos, avejentados por la mala vida, cada uno con su correspondiente bastón de espino pintado de amarillo, el uno con levita y tricorno, malas prendas las dos y con más lustre de grasa que de cepillo, y el otro con casaca y morrión, estrecha y lamida de faldas la casaca y ancha y campanuda la imperial del morrión; el uno con botines de paño y el otro sin ellos, y los dos con los pies metidos en unos zapatos fuertes como de tabla por las suelas, bien cosidos y sin puntas, porque encerraban la del pie en redondo; amigos íntimos los dos, los dos militares eran los que a las doce de la mañana, en todos tiempos, se sentaban los primeros, cada uno a un lado de una de las cinco mesas que había en el café, que era más chico que la tabla de muestra que tenía encima de la puerta. Esto de estos dos militares no lo he escrito yo, que lo he copiado de una sátira de un dentista que era también parroquiano del café y se divertía algunas veces en hacer burla de todos los que se reunían en aquella mesa, cerca del mostrador, debajo de un reloj de la cueva. Este dentista, que tendría unos sesenta años y muy poco que hacer en su oficio, era también del corro, que además de él y los dos militares, se componía de un relojero, cuya tienda estaba al lado, dirigida por un hijo suyo, y de un copiante de música que había sido corista hasta los cincuenta años en muchos teatros extranjeros, sin encontrar en ninguna parte, como le decía el dentista, la honradez de canto que en España.

"Toda esta gente estaba en aquel café hasta las dos o las tres de la tarde, y volvían, unos antes y otros después, hasta muy tarde por la noche. Mi padre se acostumbró a ir allí, y bien pronto lo olvidó todo aquel círculo de amigos, que pasaban su tiempo olvidando sus penas y soltando una cana cada día, a favor de una mixtura que bebían que les hacía hablar con gusto y con calor de cualquier cosa,

aunque siempre con decoro, porque hacía allí su oficio la educación de los militares de graduación, que eran tres con mi padre. Se cubría seis o siete veces todos los días la mesa de vasos llenos por mitades de agua caliente y de vino del más barato; sacaba el dentista un pomito del bolsillo del reloj, que le servía para esto, y echaba en cada vaso unas gotitas de un líquido de color de naranja muy encendido, y con esto, aquel vino malo, mezclado con agua, cogía tanta fuerza y un sabor, aunque no bueno, tan picante, que se convertía en una excelente bebida espirituosa. El dentista ejercía gran influencia en el corro, y éste era el premio del gran servicio que hacía proporcionando a sus amigos el placer de rejuvenecerse con un licor eficaz, que no le costaba más que tres o cuatro reales diarios, a escote entre todos los compañeros. De cada pieza de dos cuartos se le rebajaba, además, al dentista un ochavo, y con esto decía él que aún le sobraba dinero para la confección de su portentoso elixir. Estaban bien avenidos entre sí estos buenos amigos, que, quitadas algunas libertades que se tomaba el dentista, a quien todo se lo permitían con gusto, porque era muy oportuno, por lo demás, en las pocas veces que yo acompañé a mi padre entre aquellos señores, nunca observé que se faltaran al respeto debido, y aun en los momentos de más efervescencia en la conversación y de más alegría, ocasionada por el abundante licor, nunca se oponían uno a otro sin que precedieran algunas palabras de buena educación, como éstas, por ejemplo: "Lo que es eso, perdone usted, caballero don Antonio, pero no puedo menos de no creer del todo lo que usted dice", etc.

"Como todos ellos eran viejos, y como yo andaba procurándome por todos los medios posibles algún empleo de mi conocimiento del violín, ya fuera ajustándome como músico en alguna parte o ya adquiriendo relaciones para que me llamasen a tocar donde pudiera ser necesario, dejaba que mi padre pasase sus horas con sus nuevos amigos, con los que cada vez iba ligándose más, perdiendo poco a poco sus antiguas costumbres y adquiriendo otras nuevas, y hasta otra manera de pensar, y yo, entretanto, pasaba las mías en mi casa, ejercitándome en tocar el violín, con dos objetos: el principal, para adquirir soltura y fuerza en el brazo derecho para el penoso manejo del arco, y luego, para alegrar algo a Lucía, a quien yo quería más que a todo el mundo. Yo estaba alegre sólo con tenerla a ella, y eso que ella estaba siempre de mal humor. Más que mis caricias la alegraba mi música, y mientras yo tocaba ella no se reía ni nada, pero perdía el ceño, y su frente tersa y blanca estaba tan hermosa, que así la hubiera yo querido ver siempre. Con esto, apreciaba yo cada día en más mi arte y admiraba la gran influencia de la música en el mundo, cosa muy natural, en razón de que mientras yo tocaba no veía mala cara en mi mujer, que llenaba todo mi corazón. No había yo podido todavía ni tan siquiera concebir esperanzas fundadas de ganar algo en mi arte, porque no sabía cómo, y yo habían pasado en esto algunos días, y pronto íbamos a tener muchísima necesidad de algún dinero.

"Mi padre estaba siempre muy contento; en su café pasaba su día, y me aconsejaba que hiciera lo que él, porque la vida debía pasarse así, y me decía que a él le habían abierto los ojos desde que estaba en la corte, y había tenido la fortuna de caer entre amigos de experiencia, y no como nosotros, que no habíamos visto el mundo más que por un agujero.

"A mí me daba pesadumbre el cambio de mi padre, que siempre olía a la bebida del café y había dejado de cepillar su ropa con tanto cuidado como antes, limpiando muy raras veces la mancha de la levita, que era ya más grande que el botón; pero todo lo daba por bien empleado, porque le veía pasar bien, cosa muy natural, en razón de ser yo su hijo. Una noche que me dijo Lucía que saliera un rato y la dejara en paz

con su mal humor me afligió ya tanto, porque ésta era la primera vez que advertí que era algo áspera de carácter, que me fui al café a buscar a mi padre y a tener allí un rato de sociedad. Había muy buena conversación, y todos tenían muy buen color, y a mí me dió mucha tristeza el ver tan colorada la cara de mi padre. Estaban hablando de una boda de un pariente del relojero, que se iba a celebrar al día siguiente.

—Aquí está mi hijo—dijo mi padre al verme entrar—, que se ha casado contra mi voluntad, y lo que es ahora me alegro, y lo mismo me da de una cosa que de otra. ¿No es verdad?—preguntó, sin dirigirse a nadie, y haciendo dar a los ojos una vuelta muy particular y poniéndolos casi en blanco; escupió, y lamiéndose los bigotes se quedó riendo con mucha sorna, con la cabeza la deada y con una mano levantado y vacilante en medio de la mesa.

—¿Y quién se opone al amor, como se prueba con las obras de los buenos maestros?—dijo deseguida y sin punto ni coma, el copiante de música, con una voz algo bronca.

—Se opone la misma Naturaleza, si lo consideramos detenidamente, y con aquel... con aquel...

—No pasó de aquí uno de los dos militares, que cogió el vaso, en tanto que el dentista, riéndose y mirándole, le contestaba:

—Usted no tiene naturaleza; pero por eso no podemos negar que existe...; y si usted la conociera como yo, que tengo motivos...

—Caballero don Francisco—le interrumpió el otro militar—, perdóneme usted, pero ¿no ha de tener naturaleza el señor don Antonio?

—Sí, natura—respondió el dentista—, don Antonio es natura; pero el amor... ¡quái!... Yo no sé... Déjelos usted que se casen, señor don José, que esto es todo, y eso es bueno.

—Yo—dijo el relojero—lo que quiero es que se casen, y tanto lo quiero, que yo mismo he de pagar la música de la boda.

—Caballero—le dije yo entonces—, aquí hay un violín, y aunque yo no tenga más gusto que el de conocerle a usted por amigo de mi padre, si a usted le parece, yo iré a tocar a esa boda, porque el violín...

—El violín lo llena todo—interrumpió el copiante de música—; quien dijo instrumentos, dijo violín, y en eso puedo hablar.

—Todos hicieron mil elogios de las bodas, de los violines y de mí y de mi padre, y yo me puse muy contento porque vi en todo esto el principio de mi carrera y la esperanza de algún provecho.

—Este primer gozo que había tenido desde mi llegada a Madrid me lo agué un accidente que le dió a mi padre, que le hizo caer en aquel mismo momento de la silla al suelo. Turbóseme la vista, creyéndole muerto, y apenas oía las diversas opiniones que manifestaban todos acerca de lo que aquello podía ser.

—Mi elixir no produce jamás esos efectos, y perdóneme ustedes, señores, pero esto es un accidente apoplético. Hijo mío, no hay que quedarse tonto, sino espabilarse y a casa con papá. Yo le ayudaré a usted a llevarle. Vamos andando.

—Y el dentista y los demás amigos de mi padre le cogieron, y yo los guíé hasta nuestra casa, que estaba muy cerca. Así que llegamos le pusimos en la cama; el dentista, después de haberle examinado, se decidió con valor, porque dijo que si no iba malo, a hacerle una sangría, y con un cortaplumas que le prestó el copiante de música le abrió una larga incisión en una vena, que gracias a lo bárbaramente herida que había sido, dejó salir alguna sangre, que dió, sin duda, alivio a mi pobre padre y a nosotros esperanzas de que acaso viviría.

—¡Alabada sea la voluntad de Dios!—sigue diciendo el que escribe lo que copio—; pero no he pasado en mi vida una noche más alegre que ésta en que mi padre estuvo a dos dedos de la muerte. A la alegría que sentí así que mi padre, aliviado por la

sangría, empezó a respirar tranquilamente, se unió el contento que me daba el hallarme entre sus amigos, que pasaron la noche en casa, porque, sentados una vez a la mesa, donde cenaron algunas frioleras que yo mismo salí a comprar, se enredaron en conversación, y con ella y con su habitual bebida, que sin costarme mucho duró toda la noche, gracias al elixir del dentista, a unos dormidos y a otros despiertos, y con la risa en los labios, a todos nos cogió la mañana, después de una velada que se pasó con cuentos preciosísimos que contó el dentista, y que celebramos todos. Yo soy tan amante de la sociedad, que al ver reunida en mi casa esta tertulia se me ensanchó el corazón, viendo, además, que mi padre de un momento a otro se ponía mejor, hasta llegar a reírse a carcajadas a lo último de la noche de las gracias que se le ocurrieron al dentista sobre lo milagroso del cortaplumas del copiante, que, según él decía por bromo, había sacado sangre de donde la mejor lanceta del mundo no hubiera podido sacar más que agua caliente y vino con algunas gotitas de su espíritu, llamado por él en aquel momento, con unos gestos que nos hicieron reír a todos, el verdadero néctar ambrosíaco o ambrosía nectarizada, sublimar racional y económica del doctor Embriagabeodolopon el Persa.

Tanto gusto le dió a mi padre la alegría del dentista, que incorporándose en la cama y con los brazos abiertos le llamó con la voz cortada por la risa, y después que le tuvo estrechado al pecho, en donde había venido el dentista a caer con paso trabado y poco firme, estuvieron los dos casi apretados, riéndose y revolcándose por la cama, hasta que los dos, cansados, se quedaron dormidos, mientras nosotros, en la mesa, nos entreteníamos en poner al copiante de música el botín de uno de los dos militares por alzacuello, porque se iba a hacer alguna escena, de muchas que sabía, de abate, músico gracioso, bufo cantante con voz de pecho simple y con voz de pecho doble, para todo lo que pudiera ocurrir en los trece primeros sostenidos, guturalmente considerados, con relación a la armonía instrumental de las notas nones.

—Cualidades, señores—nos decía—sin las cuales no hay posibilidad de verdadero bufo, sobre todo en la ópera semiseria.

—En lugar de hacer la escena, siguió hablando y disputando con los dos militares y con el relojero, hasta que, alzando a éste la visera de una gorra de nutria, que no se había quitado en toda la noche, vió que estaba dormido y con la boca entreabierta, dejando ver sus únicos tres dientes, largos y negros, que siempre le salían fuera de la boca, apoyándose sobre el labio inferior, pero que ahora se le veían todos, porque tenía recogido el labio superior, como que el sueño le cogió riéndose.

Y poniendo aquí punto final a este capítulo, dejo con dolor a mis lectores en la penosa incertidumbre en que yo estaba de esta historia cuando, como a ellos les sucede ahora, iba yo leyéndola renglón tras renglón, sin que ninguno de ellos, ni muchos reunidos, me contentasen gran cosa.

III

—De mucho le valió en aquella ocasión al pobre don José la esperanza que yo tenía fundada en la música de la boda de su sobrino, porque se trataba de avisar al dentista nada menos que para que, aprovechándose del sueño de aquel bendito, le arrancase en un periquete y con inteligencia los tres únicos dientes que le quedaban. Yo anduve bastante listo en servir al pobre relojero, y como quien no hace nada, y sin ser notado, le hice salir de su sueño con una jarra de agua que le eché por los cabezones. ¡Pobre don José! Se puso a llorar como un niño y se marchó a su casa diciendo que desengaño más grande no le había recibido en su vida. Todos los demás amigos salieron lo mismo de mi casa, uno a uno y quejándose de sus compañeros. A

mí se me bajó el corazón a los talones, y me dormí en la misma cama de mi padre. Uno y otro estuvimos durmiendo todo aquel día, sin despertar hasta el siguiente, según a mí me parece, porque no lo sé a punto fijo; tanto me atolondraron el sueño y Lucía. ¡Lucía, Lucía! Como las mujeres son tan ingeniosas, y tan graciosas, y tan divertidas, y tan amigas de pegar chascarrillos, yo no sé, pero cuando yo desperté sentí ruido en el cuarto, que estaba a oscuras; fui a la ventana y la abrí, y estaba amaneciendo, y a la poca luz que entró vi que, como si entonces viniera de otra parte a la cama, se echaba en ella con cierta precipitación mi querida Lucía. ¡Pobrecilla! Me dijo que toda la noche nos había estado velando como a unos niños.

—¿Qué noche?—la pregunté yo.

—¿Qué noche ha de ser?—me contestó ella—. Esta noche.

—Al fin me confundió, haciéndome una sola noche de la que yo pasé tan jovial con los amigos de mi padre, que a mí me parece que se marcharon todos después de salido el sol, y de la que acababa de pasar, que para mí era otra, aunque con lo que ella me dijo perdí mi cuenta, y no fué ya para mí aquella noche, ni una ni otra, ni otra ni una, ni ninguna, porque todos los sesos se me devanaron con lo que mi mujer me decía; porque, eso sí, más amor que yo no la tendrá nadie, por su modo de expresarse.

—Mi padre, que estaba también despierto, se echó fuera de la cama, y en un momento se vistió con tanta ligereza como si nada hubiese tenido, quejándose sólo de la herida de la sangría, de la que renegaba, diciendo que más vale una gota de sangre de un hombre honrado que diez años de vida, y que el dentista era un bárbaro y, lo que él más sentía, un mal amigo. Aquel día no salimos de casa a hacer la compra, porque aún nos quedaban algunos restos de la cena aquella tan alegre. De ellos comió mi padre con excelente apetito una buena parte para desayunarse, y luego se marchó más alegre que unas pascuas, dejándome a mí también muy alegre y convenciendo a Lucía de que Dios se había interesado por nosotros para sacar a nuestro padre de tan grave enfermedad tan bien y tan pronto como podíamos desear. Lucía, que al fin era mujer y, por lo mismo, maliciosa, daba a la enfermedad de mi pobre padre un nombre que yo no repetiré, porque siempre ha sido mi máxima: cuanto más honres a tu pobre padre, más pecados la limpias a tu madre, y aunque mi padre era ya viudo, y con él no venía ya bien este refrán, yo quería, he querido y quiero siempre honrarle, lo mismo cuando podía esto traerla cuenta a mi madre que cuando ya no, porque tanto a uno como a otro los he querido lo que nadie tiene necesidad de saber.

—¡Vaya un rato malo que pasé así que mi padre se marchó! Estos son secretos de mi corazón, y no quiero decirlos. Cuando uno ama, cualquier cosa le da un mal rato, y cuantos más malos ratos, mejor: señal de más amor. ¡Muchísimo amor pasó por mí aquella mañana! Lucía adoraba en mí, y ella misma me lo dijo; pero una cosa muy rara, que debía ser exceso de amor de parte de ella, que no hay cosa peor que los excesos en todo, una cosa muy rara me quitó a mí el buen humor para todo el día. ¡Lucía, Lucía! Bien decías tú que yo era un hombre muy apasionado, y que necesitaba, para quitarme este defecto, de una mujer como tú, amante tiernísima, eso sí, mucho, pero muy prudente, muy encogida, muy serena, la misma serenidad, enamorada locamente de mí, sin perder el juicio y sin dejar de ser una serenidad como una gloria. ¡Lucía, Lucía! ¡Cuánto te he querido! ¡Y sin caer nunca en que la mía era una pasión que me cegaba!

—No, pues no he de ser yo el que vaya ahora a ponerse acaso malo escribiendo de esto, que en cambio bien me divertí la noche de aquel día. A cosa de cuatro o seis horas de haber salido mi padre de casa volvió con el relojero, que entró pidiéndome perdón de no haber podido conocer, a cau-

sa de su mucha edad, que le había disminuído algo el talento, que, a no ser yo, ninguno podía haberle hecho el beneficio de echarle una jarra de agua por los cabezones. Yo le respondí:

—Señor don José, no hay de qué; yo hice lo que debía y nada más.

—Don José me aseguró que me estaba agradecidísimo, porque ya le habían dicho sus amigos la graciosa diablura, cosa muy natural en medio de una broma que querían hacer con él. Más guapo que nunca venía mi padre, que me traía unas cuerdas de violín y un poco de pez grilega para el arco. A ninguno se le había olvidado la boda del sobrino del relojero, y así es que se celebraba precisamente aquella noche. Lo que yo me alegré cuando me lo dijeron nadie lo sabe, porque ya no tenía más que unos cinco reales y dos cuartos segovianos. Mucho me entristeció lo que mi padre me dijo, llamándome aparte:

—¿Ves estas cuerdas? ¿Ves esta pez? Pues todo es prestado. A pagar, hijo mío, a pagar.

—Le di todo mi dinero, y él me dijo que le guardaba para él.

—Las cuerdas y la pez, hijo mío—me decía lleno de amor—, se pagarán con lo que tú toques, de lo que tú toques. ¡Artista, pícaro artista!—añadía—, vas a sacar dinero de un palo viejo a fuerza de... "tirirrin, tirirran, tirirrin, tirirran"—y hacía unos ademanes muy propios de quien toca el violín, que los tengo yo en la uña, porque es mi gloria.

—Vamos, toda la gracia de su juventud le había vuelto a mi padre al ver que iban a dar fruto los conocimientos de su hijo. Loco de contento estaba. Me dirigí al relojero y le pedí licencia para componer en su misma presencia el instrumento que había de tener el honor de anunciar a su sobrino su gloria amorosa con sus sonidos fuertes y darle una idea de la dulzura conyugal con otros más dulces que el canto de las aves, propios de mi violín.

—Díome, por supuesto, esta licencia que yo le había pedido con tan fina educación, y entonces descolgué mi violín, le puse cuerdas nuevas y le dejé corriente para la noche. Rogóme don José que tocara alguna cosa, y yo, en un momento, despabilé un par de contradanzas. Nos despedimos hasta la noche, y yo, rendido de fatiga con tantas brillantes esperanzas como me abrumaban, me tumbé en la cama dando suspiros de gozo. ¡Qué día aquel tan feliz para mí! Todo me le pasó dejando que me rodaran por la cabeza todas las cosas alegres que yo sabía ejecutar con mi violín, que eran muchas, y para una boda, más. ¿Qué tenía yo ya que temer? La suerte mía se había cambiado completamente, y empezaba a darme a ganar alguna cosa por medio de las bellas artes. Ya empezaba yo ser algo en el mundo, y no en el mundo así como se quiera, sino que iba a darme a conocer en una corte, donde con solo un violín y mi buen gusto podía ganar dinero hasta cansarme, porque lo que es de tocar no me cansaba yo ya, que para eso había trabajado tanto en robustecerme el brazo derecho. Todo esto me salió verdad, todo estaba bien pensado, porque yo nunca he sido ligero de carácter; pero yo, en todo lo que pensaba de felicidad, unía siempre conmigo a Lucía y a mi padre, y esto es lo que ahora me atormenta más. ¡Qué corazón tan bueno el mío, si no fuera por la fatalidad de que nunca me ha dado cosa alguna de esas de que se dice: eso lo da el corazón, me lo dió el corazón! A mí entonces no me daba nada el corazón, ni luego he observado que me dé nada tampoco.

—Por supuesto, que yendo yo a tocar a una boda, había de llevar a Lucía para que bailase, cosa muy natural, en razón de que marido y mujer para eso han nacido. Se puso Lucía encima todo lo que pudo. ¡Cuidado si todo la venía bien! ¡Qué lástima que la pobre no hubiera sido mujer de un príncipe, y con eso se hubiera puesto más y mejor! Al fin, hizo lo que pudo. ¡Pobre

de mí, que me alegro de sus alegrías, y sea lo que sea!

—Muchísimo me gustó cuando la vi vestida con todo lo mejor que tenía. ¡Válgame Dios, qué mujer tan hermosa! Cuando uno tiene una mujer así, es cosa de ir a ponerse muy pronto loco, y cuanto más hermosa, mejor para eso, porque tienen todas un corazón que si se pudiera ver daría gusto de puro uso. La hermosura se ha hecho para todos, cosa muy natural, en razón de que para eso sirve. Yo también me vestí, y la pregunté a Lucía que si estaba bien, y me dijo que a ella siempre le parecía lo mismo. Se lo agradecí mucho, porque llevaría yo un traje muy agradecido, que había sido de mi padre, menos una corbata de seda azul celeste, con una hebilla muy hermosa de grande, y muy reluciente, y un chaleco de flores que parecía un jardín de naturales que estaban. ¡Qué bonito era aquel chaleco! ¡Cuántas cosas buenas llevo perdidas en este mundo! ¡Maldito sea...! No quiero decir un disparate; Dios me lo perdona.

—Vino mi padre, que había comido por allá, y me dijo que ya era hora de ir a la boda, y que mi mujer estaba convidada. Todo se la iba a Lucía en mirarse a un cachillo de espejo que teníamos, cosa muy natural, en razón de que nunca acababa de verse. Cuando yo cogí mi violín no pude contenerme, y en un abrir y cerrar de ojos toqué una porción de cosas, porque ligereza como la mía yo no sé, pero creo que pocos la tendrán. Cuando íbamos a salir vino un caballero todavía mejor puesto que yo, que nos dijo:

—Ea, señores, vamos—y echó a andar con mi mujer de braceté, y mi padre y yo detrás, con mi violín en una funda de damasco muy fino, que era una lástima que no estuviera limpio y sin tantos corcusidos. ¡Lo menos llevaba yo treinta violines en el corazón, que me le iban alegrando y rasgando! Lucía y aquel caballero, que yo no sé si era de la familia del relojero, iban, que Lucía parecía una mariposa inocente de puro alegre. Llegamos a buena hora, porque no he probado nunca licores más exquisitos que los que allí se bebían. Por fin se empezó el baile y la jarana, y entre todos éramos tres músicos, uno con una flauta, poca cosa, otro con un clarinete, peor todavía, y yo, que llenaba solo toda la sala de sonidos. Había muchísima gente; pero, por lo que observé, en aquel baile no sucedía lo que en los de mi ciudad, en que todos los danzantes se conocían. Allí no; pero, como me dijo el relojero, ésa es la gracia que tiene la corte, además de que él era un hombre de mucho mundo. A pesar de mi buena constitución, y eso que yo he tenido siempre una encarnadura que nada se me ha enconado, Lucía no se cansaba de bailar con el mismo caballero que la había acompañado, y ya se me caía el brazo de tanto darle al arco hacia arriba y hacia abajo sobre las cuerdas. Mi padre estaba jugando, y llevaba ganados una porción de cuartos, que tenía en un montón delante de sí. En un descanso que nos dejaron a los músicos, me fui yo donde jugaban, le cogí a mi padre un puñado de cuartos y gané lo menos treinta y seis reales en un cuarto de hora, que si me dejan, yo no sé lo que hubiera hecho. Cuando volví a tocar, ni el inventor del violín hubiera tocado mejor que yo. Además, estaba yo muy contento porque no veía bailar a Lucía, que debía estar por allí descansando. Poco me duró el gusto, porque a poco rato la vi entrar por la puerta como si viniera muy cansada. Al momento pensé si habría otro cuarto de baile por allí. Como las mujeres son el mismísimo enemigo en ligereza de carácter, y de pies, y de todo, dije para mí: "Vamos, la infeliz ha estado, sin duda, cansándose más, mientras yo creía que estaba descansando." ¡Malditos sean los bailes! Lo que yo temía era que se me pusiese mala, que no hubiera sido mal apuro para curarla. Pero nada; por fortuna, bailara lo que bailara, cuando nos fuimos del baile a nuestra casa durmió perfectamente,

con aquel sueño tan sosegado y tan angelical que siempre la daba, y luego se levantó como si tal cosa. Yo no sé si Lucía habrá pasado luego mejores noches que aquella, cosa muy natural, en razón de que la pasó en mi presencia, y luego hace ya una porción de tiempo que no sé cómo lo pasa; pero yo, y especialmente mi padre, no hemos vuelto a pasar ninguna más alegre entre una reunión tan escogida. Yo seguí desde entonces mi carrera de músico; pero en unos bailes se armaban rifias de puñetazos, en otros de cuchilladas, y esto me quitaba siempre el gozo que yo siento cuando me entrego a las delicias del violín. ¡Ay, si yo hubiera pensado siempre con la malicia que pienso ahora, puede que no sintiera ahora lo que siento, cosa muy natural, en razón de que no me hubieran enseñado a ser malicioso las cosas que Dios me ha enviado para abrirme los ojos! Loco de contento me tenía Lucía, que, como yo ya ganaba algunos cuartos, porque, como yo había pensado, lo mismo fué darme a conocer en una boda que principiar a coger fama en la corte, estaba cada vez más hermosa, y ni yo mismo sé cómo se compraba tantas cosas bonitas; pero luce mucho el dinero de las artes liberales en mujer de artista.

—Lo que sentía yo mucho era que por más que de día en día conocía yo que tocaba mejor, se pasaba el tiempo sin poner arreglo en la casa ni hacer un círculo de relaciones de familia de las que había tenido en mi ciudad, cosa muy natural, en razón de que todo se me volvía hablar cada día con dos o tres personas desconocidas en la corte; eso sí, lo que es esto, es más variado que no siempre lo mismo, y por eso gusta tanto.

—Mi padre no se acordaba de nada; seguía yendo al café, y además, por pasar mejor el tiempo, se había aficionado un poco a ser jugador, que ¡cómo era posible que si hubiera seguido viviendo en nuestra ciudad y entre sus amigos, que todos eran tan pobres hombres como él, hubiera hallado este recurso tan descansado para ganar los cuartos! Vamos, lo que es si hubiéramos podido echar raíces en medio de tanta confusión, bien se podía decir que nos había venido Dios a ver con soplarnos en la corte. Así seguimos una porción de tiempo, y ya me iban a mí pareciendo cada vez más naturales los mil apuros que cada día pasábamos, sin que nadie los supiese más que nosotros tres, y no porque nosotros no tuviéramos ganas de contarlos, sino porque habíamos aprendido el trato del gran mundo, y ya sabíamos que no había más tío pásame usted el río, digámoslo así, que no pedir nada a nadie, ni dar tampoco cuando a uno le pedían, y aprender a juzgar de los otros por uno mismo; que al fin y al cabo, con ninguno de los que veíamos teníamos nada que ver, ni ellos con nosotros, como que eran relaciones de corte, donde cada uno a su negocio y Dios en el de todos, y no tiene poco que hacer.

—El talento y la hermosura de Lucía cada día eran mayores, y yo estaba lleno de gozo sólo con esto, a pesar de que la reconocía muy superior a mí y tenía que obedecerla casi en todo, porque despejo como aquél yo no le he visto. ¡Con qué gracia hacía burla de todo nuestro modo de vivir y con qué dignidad se enfurecía de verse precisada a vivir en un piso tan alto, que no tenía más que tres cuartos, y que no estaba adornado, entre todos, más que con treinta muebles, contando con un calentador de cama que habíamos traído de nuestra casa, y que era de la familia desde el tiempo de nuestros abuelos! Esto me daba a mí muy malos ratos; pero el amor me los quitaba, y todo lo daba por bien empleado, porque Lucía esperaba salir muy pronto de aquel estado, y cada día que pasaba se la llevaban los demonios, como si su esperanza se hiciera cada vez más vehementemente con la proximidad de cumplirse. Se había cambiado enteramente el carácter de Lucía, y no parecía sino que mientras yo no había adelantado un paso y sentía y pensaba lo mismo ahora que antes,

ella se me había adelantado muchas leguas, lo mismo con el alma que con el corazón. Por otro estilo, y allá a su manera, lo mismo le había sucedido a mi padre, y yo estaba aturdido de ver el efecto que en ellos había hecho el trato de gentes, mientras yo siempre en mis trece. Lo único que había ganado con la confusión de los bailes en que había tocado eran unos cuantos reales sacados de la fuerza de mi brazo derecho, que era un águila con el arco sobre el violín, y de la agilidad de los dedos de la mano izquierda, que andaban y se reproducían como si fueran las patas de un cien pies sobre las cuerdas. En lo que Lucía había adelantado yo no sé cómo se llama, porque todas eran cosas del alma, que acaso pasarían al cuerpo sin divertirlo yo. En lo que mi padre había adelantado, también era en cosas de discurrir, que tampoco sé cómo se llaman. Lo único que tiene una expresión material y que se entiende, porque es cosa de tripas, cerda, madera y manos, es lo que yo puedo decir de mí, que había adelantado prodigiosamente en tocar el violín, hasta poder estar días enteros dale que le darás, sin cansarme y tocando todo lo fuerte que se quisiera! ¡Cómo había yo de haber podido entonces escribir todas estas cosas! Los adelantos de mi padre, y sobre todo los de Lucía, son los que, por los resultados que produjeron, me han aguijado a mí el talento en disposición de hacerme brincar, como lo voy notando con la idea que me ha dado de escribir todo esto, que lo que más siento es no poder explicarme mejor.

"Mientras yo me descuidaba de todo lo que no fuera Lucía, mi padre y mi violín, el que de nada se descuida, que por lo visto es el tiempo, me estaba preparando unos cuantos sucesos, pocos, nada más que dos, para quitarme el cuidado de dos de las tres cosas que me gustaba a mí cuidar.

"Para empezar bastó un día, y bien sabe Dios que se concluyeron todos mis asuntos.

"¡Aquí sí que no sé cómo escribir todo lo que pasó por mí; pero si yo mismo no procuro decirlo de cualquier modo que sea, no hay medio humano de que se llegue a saber, porque todo me lo pasó solo como en un desierto! ¡No es nada; no, no es nada; no es más sino que, por decirlo de una vez, yo soy el hombre de mejor corazón del mundo, y me le han machacado de dos porrazos, que todavía no se puede mover! Yo he nacido para el amor, y ya he dicho que le he encontrado en Lucía, y lo que yo la quería nadie es capaz de figurárselo ni yo soy capaz de decirlo. Y después de lo que me ha sucedido, por mucho que a mí me guste el amor, ¿adónde voy yo a parar con mis buenos sentimientos? ¡Lucía, Lucía, Lucía! ¡Me estaría una semana entera llamándola si supiera que había de venir! ¡Ay, sin llamarla tanto tiempo me uní con ella para siempre, y la iglesia pareció entrar en el trato! ¡Lucía, Lucía! ¡Conque no ha de valer nada todo aquello que se hizo para que no se pudieran romper nunca aquellos lazos? El amor me hace perder la razón, y no quiero echar la sogá tras el caldero, como suele decirse.

"¡Yo no sé, Lucía, por qué te he de adorar así, después de que mi amor, que me hacía vivir casi más para tí que para mí, no me ha servido de nada! Di, Lucía, di, ¿no lo sabías tú, no lo sabías, y todo consiste en eso? ¡Ay! ¡Eso no me quita a mí el dolor, ni le alivia, ni nada, nada!

"Un día vino mi padre todo amoratado y con la lengua trabada, echando más maldiciones que las que yo le había oído en toda su vida, porque él era un hombre muy bueno que no juraba. Se tumbó en la cama, y sin preguntarle nada conocí lo que tenía.

"Siempre que mi padre se ponía así no tenía yo más consuelo en el mundo que Lucía, que aunque no me decía nada consolador ni nada absolutamente, como era tan hermosa, daba alegría por lo menos a un lado de mi corazón, ya que el otro estuviera llorando por mi padre.

"Aquel día Lucía andaba de un lado para

otro, muy inquieta, sin que yo supiera por qué. Cuando estábamos creyendo que mi padre dormía, sentimos que el pobre se quejaba y lloraba. Corrí al momento, y—me acuerdo como si fuera ahora mismo—tenía mi padre toda la cara trastornada y más fría que un hielo. Me asusté mucho, porque el corazón me estaba diciendo que aquello no era lo que yo pensaba. Era y no era. Era, porque yo no he oído nunca cosas más raras que las que decía mi padre, y no era, porque cuando se pasó aquello fué otra cosa muy diferente, y más para mí todavía que para él.

"Mientras duró el día, dándole agua caliente, porque otra cosa no había en casa ni dinero, que estábamos esperando que mi padre trajese alguno; dándole agua caliente, me aseguré bien de que no le quedaba ni una gota de otro licor en el cuerpo.

"Por la noche, que yo esperaba que ya estaría bueno, se puso tan malo, que yo me fui corriendo a buscar a sus amigos para que vinieran a socorrernos en aquel apuro. Los encontré en el café, pero hacía ya mucho tiempo, según me dijeron, que mi padre no era amigo suyo. A mí me cogió de susto la noticia, porque a mí se me figuraba que, además de todo, no hay por qué no ser amigo de un hombre enfermo. Todos los antiguos amigos de mi padre estaban tan macilentos y tan derrotados, que no me importó mucho que no vinieran a casa, que yo creo que no vinieron porque yo, entre lo que les dije, les dije también que no tenía ni un maravedí. ¡Cuidado si se habían ido hundiéndose todos aquellos amigos tan alegres! Bien es que a nosotros nos había sucedido lo mismo, cosa muy natural, en razón de que el hundirse se cae de su propio peso cuando no hay sobre qué sostenerse.

"¡Grande apuro era el mío, porque, después de todo, me afligía mucho no tener un solo maravedí para socorrer ni a mi padre, y esto me tenía vuelto el juicio, y nunca me pareció tan grande como entonces la corte, que no parecía otra cosa que un arrenal de muchas leguas! Al fin, yo no sé explicarme, ni sé cómo estaba cuando volví a casa. Me encontré solo un momento, con mi padre en medio del cuarto, porque sin duda se había caído de la cama. Estaba frío, enteramente como un muerto. A fuerza de darle friegas con las manos y de echarle mi aliento volvió un poco en sí, y después le arropé bien. Entonces me acordé del otro pedazo de mi corazón, y no le encontré por ninguna parte, porque Lucía no estaba allí. La bendije mil veces y lloré por ella, la pobrecilla, que sin duda había ido a buscar auxilio, sola y de noche, sabe Dios adónde. Toda la noche estubo mi padre en una continua agonía, y yo sin atreverme a dejarle un momento y dándole besos, la mitad para él y la otra mitad para Lucía, a quien yo estaba aguardando como a un ángel, como que eso era entonces para mí. No vino en toda la noche, y yo desfallecí y estuve desmayado. Mi padre me dió un abrazo tan apretado que me hizo volver en mí, y me dijo:

"—¡Hijo mío, adiós, adiós! ¡Yo me muero! ¡Sigue tu carrera, tu violoncito, y nada más, que no hay más en el mundo para los que como nosotros han venido... ¡Ay!

"Yo, que vi a mi padre que se moría por momentos, eché a correr por la escalera y empecé a decir a todos los vecinos que se moría mi padre. Unos me decían que dichoso el que acababa de una vez, y una mujer me dijo que así se la habían muerto a ella dos criaturas en aquella misma casa, sin saberlo nadie. Aquella casa toda ella era un hospital de pobres. ¿Quién había de ayudarme? Solo me volví al lado de mi padre, y me abracé con él, y me volví a desmayar de hambre. ¡Cómo he de escribir yo esto! ¡Ni sé lo que me sucedió! ¡Vuelta otra vez la noche, y entraba la luna por una ventanilla! Yo apenas sentía nada más que el frío del cuerpo de mi padre. ¿Adónde estaba Lucía? ¡Yo solo, solo, tanto tiempo solo, y mi padre muriéndose tanto tiempo, y nada, sin consuelo! ¡Bien, bien,

Lucía! ¿No te amaba yo? ¡Más que a mi vida!... ¡Y a mi padre también, mucho, mucho! ¡Yo no puedo escribir esto! ¡Quién sabe el daño que me hizo mi padre cuando se murió! Con la agonía, me clavó las uñas en la espalda y me mordió con un beso más frío que la nieve. Me asusté mucho, y con un esfuerzo que hice me salí de entre sus brazos, y se cayó rodando al suelo. Entonces amanecía, y ya estaba muerto, y todo esto me había sucedido a mí solo, y eso que había tanta gente. Como un alimento me sirvió el dolor del cadáver de mi padre. ¿A quién quería yo entonces ya? ¡Lucía, Lucía! ¡Yo no sé decir esto! ¡No puedo escribir, porque el corazón se me muere! Anduve por el cuarto como un loco, y encontré un papel que decía:

"Querido Francisco: Me parece que porque tú seas un buen hombre y porque tu padre, con este trato de aquí, se haya olvidado de toda su honradez y se haya hecho un borracho, no he de ser yo víctima, como si fuera una infeliz que no hubiera salido nunca de casa de mi madre o de la tuya. Quédate con Dios y gobiérnate con tu padre, que ahí le dejo bien compuesto. Ya ves la confusión de la corte; no me busques, porque no me encontrarás, y aunque me encontraras, has de saber que he aprendido yo mucho de otra gente que vive aquí hace ya muchos años, para vivir bien contigo, que no sirves para esto, y debes marcharte a tu pueblo y vivir allí con otros como tú. Cada uno debe buscar lo que le conviene. Si me persigues, que no lo creo, porque creo que me quieres, te expones a lo que te haga el que me defiende, y me ha prometido defenderme de ti y de todos. Adiós, y sigue mis consejos, Francisco. Tu Lucía.

"P. D. Créeme que no puedo menos de hacer esto."

"¡No escribo más, no puedo escribir más! ¡Qué carta, Dios mío! ¡Ya me quedé más solo todavía que aquella noche! ¡Y de un golpe, así, tan bárbaramente! Eché a correr por las escaleras y seguí corriendo por ahí! Así ando ahora todavía... ¡Las dos partes de mi corazón!... ¡Esto hace mucho tiempo!... ¡No volví a ver a mi padre!... ¡Qué bulla, qué bulla! Yo no sé lo que harían de él... ¡No he vuelto!... ¡Dios mío!... ¡Ay, ay! ¡¡No sé más!!"

Y éstas, ni más ni menos, son las últimas palabras del que tan confusamente escribió este pedazo de historia. Como desde luego puede cualquiera conocerlo, el infeliz que escribe, de resultas, sin duda, como él dice, de los dos porrazos que le habían machacado el corazón, no estaba muy allá de juicio, que es de lo que más se necesita para escribir correctamente y con propiedad. Está, por consiguiente, esta historia envuelta en una neblina de extravagancias que la embrollan, ni más ni menos que el bullicio de la corte debía embrollar el entendimiento de este hijo y esposo desgraciado, antes de que acabasen con él para siempre, las miserables consecuencias de su venida a Madrid, donde, desenvuelto el talento natural de su mujer y calificada la filosofía de su padre, la primera le abandonó por razones superiores a todo, y sobre todo a su marido, y el segundo, después de haberse entregado con alegría al desorden y a la pobreza, se le murió en los brazos en medio de una agonía desesperada. Yo ya sé que esta historia no tiene interés ninguno ni cosa particular que llame la atención; pero la he copiado creyendo de buena fe que todos los lectores serán como yo, que me entretengo con cualquier cosa, con tal que el que me quiera entretener cuente con mi indulgencia; que a no contar yo con la de los que me leyeren, a buen seguro que no iría a dar un mar rato a nadie sólo por dársele y por amor simple a las letras humanas.

Revista literaria

NOVELAS Y CUENTOS

Obras publicadas y que se hallan a la venta en todos los quioscos a TREINTA CENTIMOS

NUMERO Y TITULO DE LA OBRA	AUTOR	GENERO
1. Un asunto tenebroso.....	H. de Balzac.	Novelosa.
6. Avatar (El secreto del mago).....	T. Gautier.	Misteriosa.
12. Historia de un quinto de 1813.....	E. Chatrian.	Novelosa.
14. La isla del tesoro.....	Stevenson.	Romántica.
16. El maestro de escuela.....	F. Soule.	Novelosa.
19. Historia de mi vida.....	A. Chejov.	Novelosa.
20. Mariuja (La maldición de Koorotora).....	Bret Harte.	Romántica.
21. La señorita de Marañón.....	C. Nodier.	Misteriosa.
49. El viudo Lovel.....	Thackeray.	Novelosa.
31. La nariz de un notario.....	E. About.	Humorística.
33. Un héroe de nuestro tiempo.....	Lermontov.	Novelosa.
35. La hechizada.....	B. d'Aurevilly.	Misteriosa.
36. Miss Pinson (Juventud y bohemia).....	A. de Musset.	Romántica.
37. El sueño de Makar.....	V. Korolenko.	Novelosa.
38. La mano encantada.....	G. de Nerval.	Misteriosa.
39. El príncipe marqués de Letorière.....	Eugenio Sue.	Folletinesca.
43. Una conspiración en el Louvre.....	J. Méry.	Folletinesca.
44. El violin de Cremona.....	Hoffmann.	Misteriosa.
45. La florita Mala Sombra.....	A. Theuriot.	Romántica.
46. Los prisioneros del Caucazo.....	J. de Maistre.	Aventuras.
52. El hombre sin sombra.....	Chamisso.	Misteriosa.
54. El diablillo.....	A. Kuprin.	Novelosa.
56. El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde.....	Stevenson.	Misteriosa.
58. El condado de Londres.....	Ainsworth.	Folletinesca.
59. Juan de la Roca (La fatalidad vendida).....	Jorge Sand.	Romántica.
60. La virgiana (Tragedias bolshéviques).....	Lebedinski.	Novelosa.
61. La última cigüeña.....	F. Urabayen.	Novelosa.
62. El desierto.....	G. Hauff.	Aventuras.
63. Targui en los Alpes.....	A. Daudet.	Humorística.
65. Colón (Venganza corsa).....	P. Mérimée.	Romántica.
66. Pobres.....	Dostoievski.	Novelosa.
67. Las tribulaciones de Tíjon Illich.....	I. Bunin.	Novelosa.
69. El condado de Wakefield.....	Sienkiewicz.	Romántica.
70. Los lagos de los lagos.....	O. Goldsmith.	Novelosa.
71. El negro negro.....	Mayne Reid.	Aventuras.
72. Fábrica de criminales.....	Walter Scott.	Novelosa.
73. La señorita de la Selglière.....	Paul Feval.	Romántica.
74. El perro Caracho.....	Sandsau.	Novelosa.
75. Oración sencilla.....	G. de la Serna.	Romántica.
76. Aventuras de Arturo Gordon Pym.....	G. Flaubert.	Aventuras.
77. Escenas de la vida bohemia.....	E. A. Poe.	Romántica.
78. La letra escarlata.....	H. Murguier.	Novelosa.
79. Cressy, o La niña de los placeres de oro.....	Hawthorne.	Romántica.
80. Ojo de Halcón.....	Bret Harte.	Aventuras.
81. El cura de Tours.....	F. Cooper.	Novelosa.
82. El hombre del perro negro.....	H. de Balzac.	Folletinesca.
83. El secreto del badi rojo.....	P. du Terrail.	Policíaca.
85. Trilby, o El duendecillo de Argail.....	M. Boué.	Misteriosa.
86. Mis prisiones.....	C. Nodier.	Novelosa.
87. Regina.....	S. Pallico.	Romántica.
88. La novela de una momia.....	Lamartine.	Misteriosa.
89. El amigo Fritz.....	T. Gautier.	Novelosa.
92. Diario de una mujer.....	E. Chatrian.	Romántica.
93. El perro endemoniado.....	O. Feuillet.	Aventuras.
94. Atala, o Los amores de dos salvajes.....	Cap. Marryat.	Romántica.
95. Oubrovsky el bandido.....	Chateaubriand.	Novelosa.
96. Zadig, o El destino.....	Puchkin.	Satírica.
97. Cristianos y moriscos.....	Voltaire.	Histórica.
98. El Diamante Luna.....	Estebanez.	Policíaca.
99. El caballero Mauprat.....	W. Collins.	Folletinesca.
100. Los novios.....	Jorge Sand.	Histórica.
102. El diario de Satanás.....	A. Manzoni.	Humorística.
103. Nochebuena.....	Andreiev.	Costumbres.
104. Stelio, o Los diablos azules.....	N. Gogol.	Humorística.
105. La procesión de los días.....	A. de Vigny.	Humorística.
106. El nombre invisible.....	W. F. Flórez.	Fantástica.
107. El marido de plata.....	Wells.	Humorística.
108. El asesinato del fuerte Medbury.....	Stendhal.	Policíaca.
109. Leyendas de la Alhambra.....	Limnellus.	Histórica.
110. Zalacain el aventurero.....	W. Irving.	Novelosa.
111. Radiante, o El joven irresistible.....	Pio Baroja.	Novelosa.
112. El pobrecito hablador.....	A. Robert.	Satírica.
113. La muerte de un tío vivo.....	Larra.	Fantástica.
114. Don Juan.....	Stevenson.	Novelosa.
115. El rey de las montañas.....	Azorin.	Aventuras.
116. El lazarrillo de Tormes.....	E. About.	Picaresca.
117. La viuda del ahorcado.....	Anónimo.	Costumbres.
118. La pista de un crimen.....	C. Branco.	Policíaca.
119. El cabecilla Destuches.....	W. Collins.	Aventuras.
120. Luz de domingo y La caída de las Llamas.....	B. d'Aurevilly.	Novelosa.
121. Un muerto en el umbral.....	R. P. de Ayala.	Policíaca.
122. La derrota de los pedantes.....	M. Kennedy.	Satírica.
123. Las aventuras de Tom Sawyer.....	Moratin.	Aventuras.
124. Azul.....	Mark Twain.	Poesías.
125. Kolstomero.....	Ruben Darío.	Histórica.
126. El paje de Luis XIV.....	L. Tolstol.	Folletinesca.
127. Faras Bulba.....	P. du Terrail.	Novelosa.
128. Una colonia sobre un volcán.....	N. Gogol.	Aventuras.
129. El camino de Varennes.....	F. Cooper.	Histórica.
30. Un veterano.....	A. Dumas.	Costumbres.
31. La primavera de la vida.....	R. Molna.	Novelosa.
32. Los hermanos Carvajales.....	G. In.	Histórica.
33. Tres mujeres.....	T. de Trueba.	Romántica.
34. Los cazadores de ballenas.....	F. Canella.	Aventuras.
35. Vidas difícilmente ejemplares.....	Mayne Reid.	Novelosa.
136. El ilustre hechicero.....	F. Urabayen.	Costumbres.
137. Farrano el Conquistador.....	C. Gorbayev.	Fantástica.
138. El fin trágico del último zar.....	R. Cummings.	Reportaje.
139. Amor se escribe sin hache.....	Casas Gancedo.	Humorística.
140. El fantasma de Canterville.....	J. Poncela.	Humorística.
141. Los cohetes de la verbena.....	Oscar Wilde.	Costumbres.
142. La serpiente verde.....	P. de Répide.	Fantástica.
	J. W. Coctie.	Fantástica.

Debe usted adquirir todos los números publicados, y así podrá encuadernarlos por grupos de 26 obras completas con nuestras tapas especiales, que se venden al precio de 1,50 PESETAS, formando de esta manera interesantes volúmenes de 832 páginas. También puede solicitar de nuestra Administración el envío de las novelas o tapas que desea, que se le servirán sin aumento de precio. Únicamente agregará 55 céntimos para gastos de reembolso cuando no se incluya el importe del pedido o éste no alcance la suma de DIEZ PESETAS.—Larra, 6. Apartado 4003. MADRID

NUMERO Y TITULO DE LA OBRA	AUTOR	GENERO
143. Arras por fuera de España.....	A. Herculanio.	Histórica.
144. Vida y hazañas del señor Collin.....	F. Heller.	Policíaca.
145. Aladino, o La lámpara maravillosa.....	Anónimo.	Fantástica.
146. La sirena rubia.....	F. Camoa.	Novelosa.
147. Odios de raza.....	Paul Feval.	Folletinesca.
148. Don Juan, o El convidado de piedra.....	Mollere.	Comedia.
149. Las capeas.....	Eugenio Noel.	Costumbres.
150. Un crimen.....	A. Chejov.	Costumbres.
151. Mi amigo el chofer.....	Williamson.	Romántica.
152. Humo.....	I. Turgeniev.	Novelosa.
153. Las brujas españolas.....	P. Mérimée.	Fantástica.
154. Últimas cartas de Jacobo Ortiz.....	H. Foscolo.	Romántica.
155. Canción de Navidad.....	C. Dickens.	Costumbres.
156. La danza del corazón.....	J. Frances.	Novelosa.
157. Sonata de Primavera.....	Valle-Inclán.	Satírica.
158. Lirio del Valle.....	H. de Balzac.	Romántica.
159. La Gitaniella.....	Cervantes.	Ejemplar.
160. Mi prima Filis.....	Mrs. Gaskell.	Costumbres.
161. "La Salamandra".....	Eugenio Sue.	Folletinesca.
162. Tres almas de Dios.....	F. Caballero.	Romántica.
163. La abadesa de Castro.....	Stendhal.	Folletinesca.
164. Héroe.....	Dicenta (Hijo).	Histórica.
165. Cavalleria rusticana.....	Juan Verga.	Costumbres.
166. La aventura del albañil.....	W. Irving.	Leyendas.
167. Los que no fuimos a la guerra.....	W. F. Flórez.	Humorística.
168. La babucha del profeta.....	Hata Parah.	Policíaca.
169. El estudiante de Salamanca.....	Espronceda.	Poética.
170. El mandarín.....	Eça de Queiroz.	Humorística.
171. Sabel, la buena esposa.....	F. Iscar Peyra.	Costumbres.
172. La Montaña Perdida.....	Mayne Reid.	Aventuras.
173. El alcalde de Zalamea.....	C. de la Barca.	Dramática.
174. El hijo del Tiziano.....	A. de Musset.	Romántica.
175. El amigo Chirel.....	F. Camba.	Costumbres.
176. Sherlock Holmes, derrotado.....	Mark Twain.	Policíaca.
177. Las fortunas de Diana.....	Lope de Vega.	Folletinesca.
178. El arco de plata.....	A. Dumas.	Novelosa.
179. Las flechas del amor.....	Alberto Insua.	Costumbres.
180. Los estudiantes.....	N. Garin.	Folletinesca.
181. La mujer de los dos maridos.....	E. Braddon.	Romántica.
182. El Don Juan de Vireloup.....	A. Theuriot.	Histórica.
183. La señorita de Scuderi.....	Hoffmann.	Reportaje.
184. Un error judicial.....	Luis Amado.	Aventuras.
185. Los bisontes blancos.....	Aimar.	Novelosa.
186. Trágica aventura de baile de máscaras.....	A. Houssaye.	Folletinesca.
187. El espejo cóncavo.....	J. M. Braña.	Cuentos.
188. Anuchka, la joven rebelde.....	Tu guaniev.	Romántica.
189. Los hijos.....	M. Guedilla.	Novelosa.
190. Los amores de una envenenadora.....	E. Gaboriau.	Folletinesca.
191. La vuela de la locura.....	J. de la Cueva.	Cuentos.
192. La maja y el torero.....	T. Gautier.	Romántica.
193. El conquistador de los Trópicos.....	Fajares.	Novelosa.
194. La Sonata a Kreutzer.....	Toistol.	Costumbres.
195. Don Opando o Unas elecciones.....	Estebanez.	Policíaca.
196. El secreto de miss Clara.....	W. Collins.	Novelosa.
197. Varenka Olesova (Un amor trágico).....	M. Gorki.	Misteriosa.
198. El Monte del Diablo.....	Bret Harte.	De guerra.
199. Sin novedad en el frente.....	Remarque.	Romántica.
200. Liliana. (A través de las estepas).....	Sienkiewicz.	Satírica.
201. La mujer de otro.....	Dostoievski.	Humorística.
202. El archidiablo Belfegor.....	Maquiavelo.	Policíaca.
203. La Torre de los Siete Jobabados.....	E. Carrere.	Romántica.
204. Doble error.....	F. Mérimée.	Humorística.
205. Las mujeres todavía.....	Alfonse Karr.	Dramática.
206. Los siete ahorcados.....	L. Andreiev.	Misteriosa.
207. Los endemoniados de Jaca.....	J. de Burgos.	Policíaca.
208. La perla negra.....	V. Sardou.	Romántica.
209. El idilio de un enfermo.....	Paiaico Valdes.	Aventuras.
210. La aventura del teniente Yergunof.....	Turgeniev.	Humorística.
211. La herencia del tío.....	M. Twain.	Folletinesca.
212. Oliverio Twist.....	C. Dickens.	Fantástica.
213. El rey de los ratones.....	Hoffmann.	Folletinesca.
214. Voz de ultratumba.....	Toistol.	Aventuras.
215. La Atlántida.....	P. Benoit.	Ejemplar.
216. El casamiento engañoso.....	Cervantes.	Romántica.
217. Los veteranos del Imperio.....	E. Chatrian.	Policíaca.
218. El Club de los Suicidas.....	Stevenson.	Novelosa.
219. Cárcel de seda.....	F. Camba.	Folletinesca.
220. La venganza del muerto.....	A. Houssaye.	Romántica.
221. El marqués de Villemer.....	Jorge Sand.	Aventuras.
222. Los bandoleros de Nueva España.....	Mayne Reid.	Romántica.
223. El brazalet de rubies.....	A. Kuprin.	Folletinesca.
224. La marquesa de O.....	E. Kleist.	Humorística.
225. Relato inmoral.....	W. F. Flórez.	Misteriosa.
226. "Jettatura" (El mal de ojo).....	T. Gautier.	Dramática.
227. Macbeth.....	Shakespeare.	Humorística.
228. Los caballeros las prefieren rubias.....	Anita Loos.	Policíaca.
229. Intrigas diplomáticas.....	Berndorff.	Picaresca.
230. Los mejores cuentos.....	Boccaccio.	Misteriosa.
231. Manicomio.....	A. H. Gata.	Policíaca.
232. Deuda aplazada.....	C. S. Foster.	Romántica.
233. La casita solitaria.....	A. S. Pushkin.	Histórica.
234. La reina sin nombre.....	Hartzenbusch.	Romántica.
235. Un drama de amor.....	A. Dumas.	Humorística.
236. El muerto y su adulterio.....	Antonio Robles.	Folletinesca.
237. La cortina escarlata.....	D'Aurevilly.	Satírica.
238. La novela de un camarero.....	I. Gmelioff.	Romántica.
239. Brujas, la Muerta.....	G. Rodenbach.	Romántica.
240. Simón Verde.....	F. Caballero.	Policíaca.
241. La venus mecánica.....	J. Diaz Fdez.	Psicológica.
242. La voz del muerto.....	Edgar Poe.	Policíaca.
243. Buscar tres pies al gato.....	Alfonse Karr.	Humorística.
244. Un nihilista.....	Turgeniev.	Romántica.
245. Memorias de un suicida.....	J. Belda.	Humorística.
246. El jefe indio.....	F. Cooper.	Aventuras.
247. Cartas de Fadrique Mendes.....	E. de Queiroz.	Satírica.
248. El pescador y su alma.....	Oscar Wilde.	Misteriosa.
249. La viuda.....	O. Feuillet.	Folletinesca.
250. Cuatro de Infantería.....	Johannsen.	De guerra.
251. Una historia vulgar.....	I. Gontcharof.	Satírica.
252. El fantasma gris.....	Bret-Harte.	Romántica.
253. El abuelo Lebigre.....	E. Chatrian.	Satírica.
254. Historias de aparecidos.....	W. Irving.	Fantástica.
255. El seductor.....	Zamacois.	Romántica.
256. Los buscadores de oro.....	G. Aimard.	Aventuras.
257. Las cuatro hermanas.....	F. Soulié.	Folletinesca.
258. Sonata de Otoño.....	Valle-Inclán.	Romántica.
259. Asesinada en la jaula de oro.....	S. Spewack.	Policíaca.
260. La venganza de una hija.....	P. Feval.	Folletinesca.
261. El salvaje.....	S. Rueda.	Poética.
262. Genio y Figura.....	Juan Valera.	Satírica.
263. La señorita Lucifer.....	X. de Montepin.	Folletinesca.
264. Un idilio campestre.....	B. Auerbach.	Romántica.
265. El prisionero de Zenda.....	A. Hope.	Aventuras.
266. Confusión.....	Hugo Conway.	Misteriosa.
267. La protección de un sastre.....	M. Santos A.	Romántica.